

Los enemigos de la democracia

Germán Carrillo García

Universidad de Granada

España

Resumen: Este ensayo pretende reexaminar y en cierto modo aspira a revitalizar el inagotable debate sobre la crisis de las democracias contemporáneas. La tesis fundamental es que las teorías de la crisis en general y las de la democracia en particular, desde las ya clásicas de Frankfurt hasta ciertas corrientes neomarxistas y poskeynesianas, han subestimado como fuerzas socialmente estratégicas a la tríada capital, capitalistas y mercado (y su dinámica expansiva virtualmente ilimitada), al mismo tiempo que han confiado excesivamente en la capacidad política de gobernabilidad del Estado normativo y de las instituciones supranacionales (relativizando, de paso, el *tour de force* que existe entre ambos niveles de gobierno). La ciencia política y la sociología predominantes continúan, por regla general, paralizadas en incalculables intentos de modelizar las preferencias de los electores y de los partidos, y en subrayar encarecidamente las «guerras culturales» en los campos de batalla políticos, ensombreciendo, de ese modo, los contingentes vínculos y las contradicciones históricas que hay entre el mundo de las ideas, las sensibilidades individuales y colectivas y las relaciones económicas. El liberalismo «moderado» y cosmopolita del procónsul de Washington, Francis Fukuyama, sigue dominando el discurso público de un amplio espectro político. Para este politólogo, mientras que en las democracias capitalistas el incrementalismo del resentimiento y la furia social se debe al frustrado anhelo de reconocimiento y a un sentido de humillación de la ciudadanía política, en el resto del mundo, los gobiernos autoritarios y el «imperialismo rojo» continúan frenando el lógico desarrollo de la democracia liberal. Se concluye con cuatro ideas generales que desentonan con este discurso político dominante; primero, el malestar de las instituciones democráticas y de la democracia en general es el resultado de una decadencia global de las sociedades posindustriales; segundo, el ascenso meteórico y ecuménico de partidos políticos de extrema derecha, chovinistas y xenófobos (los émulos de la democracia liberal) no es un accidente de la historia, su origen arqueológico debe buscarse entre los restos de ruinas sociales que ha dejado a su paso el terremoto neoliberal. Tercero, las condiciones de inestabilidad e incertidumbre de la década de 1970, iniciadas en Estados Unidos y pronto extendidas por todo el mundo, crearon las condiciones subyacentes objetivas para que las fuerzas subjetivas de las ideas neoliberales fueran capaces de influir directamente sobre el conjunto de la sociedad. La «democracia del consumidor» de von Mises y la «justicia de mercado» de Hayek, tan extraordinariamente dominantes en el mundo actual, eran ideas demasiado secas, demasiado impenetrables, que requerían ser destiladas y mezcladas

DOI: <https://doi.org/10.6018/reg.576071>

<https://revistas.um.es/reg>

ISSN electrónico: 2697-0511

apelando a valores tradicionales tales como la religión, la familia o el nacionalismo, con el fin de penetrar y cubrir los niveles inferiores de la estructura social. El éxito de la batalla de las ideas neoconservadoras se debió, precisamente, a esta síntesis política, verificando además la estéril y secular oposición entre la superestructura ideológica y política y las bases materiales para la reproducción social. Y, por último, invocar a los pensadores de la Ilustración y particularmente al cuerpo de ideas liberales para apoyar las medidas antisociales de los regímenes neoliberales, ignorando, además, la enorme distancia que separa sus modelos teóricos de nuestra realidad supone, cuanto menos, un anacronismo y una tergiversación ahistórica.

Palabras clave: Crisis Democrática; Liberalismo; Neoliberalismo; Ideologías; Hegemonía; Crisis Global.

The enemies of democracy

Abstract: This essay aims to reexamine and in a certain way to revitalize the inexhaustible debate on the crisis of contemporary democracies. The fundamental thesis is that theories of crisis in general and those of democracy in particular, from the classic Frankfurt theories to certain neo-Marxist and post-Keynesian currents, have underestimated the triad of capital, capitalists and market (and their virtually unlimited expansive dynamics) as socially strategic forces, while at the same time they have relied excessively on the political capacity for governability of the normative state and supranational institutions (relativizing, in passing, the tour de force that exists between both levels of government). Mainstream political science and sociology continue, as a general rule, to be paralyzed in incalculable attempts to model voter and party preferences, and to emphasize strongly the «culture wars» on the political battlefields, thereby overshadowing the contingent links and historical contradictions between the world of ideas, individual and collective sensibilities, and economic relations. The «moderate» and cosmopolitan liberalism of Washington proconsul Francis Fukuyama continues to dominate public discourse across a broad political Spectrum. For this political scientist, while in capitalist democracies the incrementalism of resentment and social anger is due to a frustrated yearning for recognition and a sense of humiliation of political citizenship, in the rest of the world, authoritarian governments and «red imperialism» continue to hold back the logical development of liberal democracy. This paper concludes with four general ideas that challenge the dominant political discourse; first, the malaise of democratic institutions and of democracy in general is the result of a global decadence of post-industrial societies; Second, the meteoric and ecumenical rise of extreme right-wing, chauvinist and xenophobic political parties (the rivals of liberal democracy) is not an accident of history; its archaeological origin must be sought among the remains of social ruins left in its wake by the neoliberal earthquake. Third, the conditions of instability and

uncertainty of the 1970s, which began in the United States and soon spread throughout the world, created the underlying objective conditions for the subjective forces of neoliberal ideas to directly influence society as a whole. The «consumer democracy» of von Mises and the «market justice» of Hayek, so extraordinarily dominant in today's world, were ideas too arid, too impenetrable, which needed to be distilled and mixed by appealing to traditional values such as religion, family or nationalism, in order to penetrate and cover the lower levels of the social structure. The success of the battle of neoconservative ideas was due, precisely, to this political synthesis, also verifying the sterile and secular opposition between the ideological and political superstructure and the material bases of social reproduction. And, finally, to invoke the thinkers of the Enlightenment and particularly the body of liberal ideas to support the antisocial measures of the neoliberal regimes, ignoring, moreover, the enormous distance that separates their theoretical models from our reality is, to say the least, an anachronism and an ahistorical misrepresentation.

Keywords: Democratic Crisis; Liberalism; Neoliberalism; Ideologies; Hegemony; Global Crisis.

I. LÍNEAS DE RUPTURA

I.1. La política de los extremos

El mundo es «más democrático que nunca», proclamaba un informe sobre la situación mundial de dicha forma de gobierno al finalizar la primera década del siglo XXI. El número de países que podían ahora ser considerados como democráticos, o al menos gobernados por algún modelo de democracia representativa, se había triplicado desde mediados de la década de 1970. En aquel momento no habían más de tres decenas de países con democracias representativas localizados en Europa occidental –cuyo número se había incrementado con la transición política de Portugal (1974), España (1975) y Grecia (1974)–; en el continente americano, que al finalizar aquella década dejaría atrás las sanguinarias dictaduras militares del Cono Sur; y en el Lejano Oriente, donde Japón había prosperado bajo la tutela de la democracia capitalista estadounidense, y la India, la democracia de baja intensidad más grande del mundo. Expresado de otro modo, en 1975 el número aproximado de personas que vivían en regímenes democráticos no sobrepasaba el 36 por ciento de la población mundial, casi medio siglo después más de la mitad de la población, esto es, unos cuatro mil millones de personas se hallaban bajo alguna modalidad de gobierno parlamentario representativo. Por tanto, si atendemos meramente al principio cuantitativo, no puede afirmarse que el

mundo de los primeros años del nuevo milenio fuera menos democrático con respecto al pasado y mucho menos si era comparado con la carnicería humana del periodo de las guerras industriales del siglo anterior¹.

Sin embargo, y de forma paradójica, al mismo tiempo que emergía la «tercera ola» de democratización, tal como la describiera de forma un tanto entusiasta Samuel Huntington², es decir, la extraordinaria expansión global de las democracias liberales durante los últimos años del siglo XX –abaladas por sistemas parlamentarios y elecciones libres y regulares para el gran público como fórmula de gobierno representativo–, la política de la democracia parecía hundirse en las simas oceánicas del autoritarismo. Hasta los optimistas más recalcitrantes que habían visto en el derrumbamiento del comunismo soviético (1985-1991) el clímax de la evolución histórica, comenzaron ahora a cuestionar sus postulados y a reflexionar sobre un periodo en el que las incertidumbres y los enemigos de la democracia liberal parecían haber regresado del ominoso pasado.

Eric Hobsbawm, como en tantas ocasiones, observó con notable antelación el debilitamiento de los sistemas democráticos que tan exitosamente habían arraigado durante los años dorados de la segunda posguerra: «Nadie predijo, ni esperó, que la democracia se revitalizaría después de la guerra y mucho menos que al principio de los años noventa sería, aunque fuese por poco tiempo, la forma predominante de gobierno en todo el planeta». Para aquellos que se dedican al estudio de lo sucedido en el periodo de entreguerras, el derrumbamiento de los «sistemas políticos liberales» constituye una «breve interrupción en su conquista secular del planeta». Pero lamentablemente, conforme nos aproximamos al nuevo milenio –concluía el historiador– las «incertidumbres que rodean a la democracia política no parecen ya tan remotas». Cabe la posibilidad de que el mundo se esté acercando lenta pero inexorablemente a un periodo de la historia en el que «sus ventajas no parezcan tan evidentes como lo parecían entre 1950 y 1990». Su predicción fue correcta.

El colapso soviético dejó una vasta región política sumida en la incertidum-

1 Véase «The global State of Democracy 2019. Addressing the Ills, Reviving the Promise», International Institute for Democracy and Electoral Assistance (IDEA), International IDEA, Strömsborg, Stockholm 2019.

2 Para Huntington las señales del cambio comenzaron en Portugal el 25 de abril de 1975. El golpe de estado «cuidadosamente diseñado por jóvenes oficiales que lideraban el Movimiento de las Fuerzas Armadas», depuso al dictador Marcello Caetano e hizo que las multitudes salieran a las calles aclamando a los soldados y colocando claveles en sus armas. «Durante los quince años siguientes, esta ola democrática abarcó el globo entero»: en torno a treinta países de América Latina, Europa y Asia reemplazaron gobiernos autoritarios por sistemas democráticos parlamentarios o por democracias tuteladas. Huntington, sin embargo, invirtiendo o retorciendo la historia hace de la política exterior estadounidense un enemigo acérrimo de las dictaduras, y solo ocasionalmente cita las injerencias norteamericanas en el exterior. Su conclusión, por tanto, no podía ser otra: en América Latina y en Asia, «el ejercicio del poder norteamericano contribuyó a la democratización; en Europa oriental, el retroceso del poderío soviético tuvo similares efectos». Véase Samuel Huntington, *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*, Paidós, Barcelona, 1994, pp. 17-19, 33, 99.

bre, pero también destruyó el sistema internacional que había funcionado como estabilizador de las relaciones interestatales desde el final de la segunda posguerra, revelando al mismo tiempo la fragilidad de los sistemas políticos nacionales que se apoyaban en el gélido equilibrio de la Guerra Fría. «El futuro de la política era oscuro, pero su crisis al finalizar el siglo XX era patente»³. Se trataba de una crisis orgánica que lógicamente afectó a todas las esferas de la sociedad, y no solo al Mundo Libre, o al liberado del experimento comunista. La crisis del desarrollismo del Tercer Mundo se manifestó crudamente en forma de guerras civiles, hambrunas, un terco crecimiento de la desigualdad y un incremento generalizado de la deuda; factores que dejaron despejada la pista para la penetración del neoliberalismo del «Consenso de Washington» y la imposición de diversas formas antidemocráticas de mercado. Asimismo, los intentos de exportar irreflexivamente las pautas y procesos democráticos por parte del *Imperium* estadounidense y sus aliados, como testimonia la historia de los países situados en los márgenes del mundo, no ha dejado de extender el descontento social y político. De hecho, allí donde la diversidad cultural e institucional (o el mero recuerdo del pasado colonial) rechazaba o mantenía cierta distancia con la democracia liberal, con demasiada frecuencia la fuerza de la armas era empleada para persuadir a sus detractores. Nada más aleccionador que la historia de violencia y opresión que durante la mayor parte del último tercio del siglo XX prefiguró el orden internacional que siguió a la Guerra Fría.

La hegemonía imperial financió, cuando no armó directamente hasta los dientes, a regímenes autoritarios como aliados para defender la democracia, la paz mundial y la libertad (de mercado) a cualquier precio. Así, mientras Iraq había sido transformado en un consulado corporativo del capital privado estadounidense en nombre de la democracia y de los derechos humanos tras derrocar al régimen opresor de Saddam Hussein, Arabia Saudí, Emiratos Árabes o Israel permanecían vinculados con Washington y la OTAN para aplastar cualquier subversión en Oriente y para tutelar a estados revoltosos como Libia, Siria o el pobre Yemen. Los amigos y enemigos de la democracia podían variar tanto como los intereses geopolíticos. En cualquier caso, si el *establishment* capitalista sentía que sus intereses eran vulnerados, o podían serlo, por la corrección de la política democrática, de forma inexorable se imponía la justicia de mercado. Sería suficiente, como hace Neil Davidson, repasar «las actividades antidemocráticas apoyadas y en algunos casos promovidas por

3 Véase la que sigue siendo la mejor guía del registro histórico de los orígenes de nuestro tiempo en Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 147 y 20. Publicada por primera vez en inglés en 1994.

Estados Unidos en los territorios más próximos, limitando nuestras consideraciones a los dirigentes elegidos democráticamente cuyos nombres comienzan por la primera letra del alfabeto», es decir, Allende en Chile, Árbenz en Guatemala y Aristide en Haití, para confirmar dicha tesis⁴.

Por su parte, las democracias capitalistas durante el ápice de la globalización de los años noventa fueron abandonando la política democrática para ir consolidando formas de gobierno que desplazaban progresiva e insensiblemente las decisiones políticas de las autoridades públicas (sobre todo las que afectaban a la esfera económica) del común de los electores. En este desplazamiento desempeñó un papel fundamental el *tour de force* entre los Estado-nación y las estructuras supranacionales –Unión Europea, Banco Central Europeo, Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, *inter alia*– resuelto a favor de estas últimas con el apoyo casi siempre incondicional de los primeros. ¿Cuál fue el resultado? Mientras la democracia se iba extendiendo globalmente, las opciones que ofrecía para la ciudadanía política parecían albergar un sentido proporcionalmente inverso. Sin alternativas al trayecto de la deriva neoliberal de mercado, la voluntad popular expresada en el sufragio universal parecía haber quedado reducida a un acto inocuo. De hecho, el acusado descenso en la participación electoral en la mayor parte de las democracias capitalistas desde la década de 1980, en contra de lo que afirmaban las «teorías revisionistas» de la década de 1960, no se debía a una satisfacción social generalizada con el sistema político y económico, al contrario, era un «signo de resignación»⁵. La sociedad civil comenzó a sentirse fuera del tiempo y desarraigada de las comunidades de vida tradicionales; ahora, las identidades comenzaron a ser definidas en oposición a aquellos que no formaban parte del grupo⁶. Había llegado la hora de la política de los extremos.

Aunque desde las décadas de 1960 y 1970 las teorías neomarxistas de la crisis, especialmente las de la Escuela de Frankfurt, habían pronosticado un futuro poco halagüeño para las sociedades del «capitalismo tardío», lo cierto es que en casi todas ellas se podía hallar una subestimación del capital como un «actor político y una fuerza social estratégica», al mismo tiempo que una sublimación de la «capacidad política del gobierno para planificar y actuar». Es decir, la crisis no era un problema de economía política provocada por la tríada capital, capitalistas y mercado, sino de «legitimación social y cultural». De este modo, las teorías de la democracia o las del Estado corrieron un tu-

4 Véase en la *magnum opus* de Neil Davidson, *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*, Pasado & Presente, Barcelona, 2013, p. 19.

5 Véase Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*, Katz Editores, Buenos Aires, 2016, pp. 62-63.

6 Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, cit., pp. 20-22.

vido velo sobre «una parte clave del legado de Marx». Las excepciones a esta formulación fueron raras, pero, sin duda, elocuentes. En *The Fiscal Crisis of the State* (1973) James O'Connor, con utillaje del «marxismo ortodoxo» y del estructuralismo, observó los signos premonitorios de una crisis en el horizonte de las democracias occidentales. Antes o después, el «choque subyacente» entre las dos funciones elementales del Estado capitalista consistentes en la acumulación de capital y su legitimación distributiva, sería inevitable⁷. Sin embargo, los límites del Estado de Bienestar que planteaba O'Connor, con sus estabilizadores sociales y sus derivadas problemáticas en forma de sobrecarga gubernamental y gobernabilidad democrática, todavía no habían llegado. Solo cuando el *ethos* del capitalismo de Estado finalizó a principios de la década de 1980 se hizo cada vez más evidente que el capital no era un actor secundario en el entramado político y social. Por todo ello, la desintegración de los sistemas democráticos no podía, como no puede, ser interpretada coherentemente sin considerar con rigor la batalla emprendida por la naturaleza acumulativa del capital desde el vuelco neoliberal, y su esfuerzo por quebrantar los límites políticos impuestos durante el precedente periodo keynesiano⁸.

Desde la hecatombe financiera y fiscal de 2008 y sobre todo a partir de 2016, momento en el que se produjo la victoria electoral de Donald Trump y la del referéndum a favor de la salida (*brexit*) por parte del Reino Unido de la Unión Europea, en el ambiente intelectual y político occidental, aunque no exclusivamente, comenzó a vislumbrarse un nuevo *zeitgeist*. La decadencia, vocablo desterrado del discurso político y mediático desde hacía años, había regresado con una apariencia más cruda. Para los países del Sur global, la crisis era un estado casi invariable de su dramático devenir histórico. Pero en la fortaleza occidental las cosas habían sido diferentes. Ahora, ante los estupefactos ojos de los contemporáneos, se estaba produciendo una drástica caída de las instituciones democráticas hacia simas todavía insospechadas y una voladura moral de la política pública. Era evidente que el mundo se hallaba ante una regresión en la optimista perspectiva de progreso, en la conquista de la libertad y en el compromiso con la dinámica

7 Véase en la inagotable fuente de inspiración de Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction. Perversity, Futility, Jeopardy*, The Belknap Press of Harvard, University Press Cambridge, Massachusetts, and London, England, 1991, pp. 116-117.

8 Como afirma correctamente Streeck, las teorías neomarxistas de la crisis elaboradas por la Escuela de Frankfurt hace cuatro décadas «fueron superiores a otras de la época» para identificar la debilidad del «capitalismo social». Pero no llegaron a entender «sus causas y por lo tanto la dirección y dinámica del inminente cambio histórico. Su enfoque excluyó la posibilidad de que el capital, y no el trabajo, cancelara la legitimidad del capitalismo democrático que había tomado forma» durante los años dorados de posguerra. Realmente, la historia de los años que siguieron a la crisis de 1970 es la «historia de la huida del capital del sistema de regulación social impuesto en contra de su voluntad a partir de 1945». Véase Wolfgang Streeck, *Comprando tiempo*, cit., pp.17-19, 25-32.

del desarrollo general de las sociedades. En esto, el consenso era casi unánime. Por el contrario, no podía afirmarse lo mismo con respecto a los campos teóricos y políticos en pugna por hallar las fuentes de dicha decadencia.

Aun así, a pesar de la vasta proliferación de estudios intensamente discordantes sobre la crisis del liberalismo político y en general de los sistemas democráticos, hay al menos dos supuestos centrales escasamente impugnados, aunque raramente coincidentes y casi siempre presentados como antitéticos. El primero, atribuye casi exclusivamente las causas de la crisis general de las sociedades contemporáneas al incrementalismo de la pobreza y la desigualdad dentro de países y entre regiones que se ha producido de forma alarmante desde la década de 1980. Desde esta perspectiva, la rabia y el *ressentiment* sociales están arraigados en una distribución desigual de las virtudes del crecimiento económico de la utopía neoliberal y de la globalización de los mercados financieros. El segundo presupuesto, incurriendo en el mismo régimen de exclusividad, imputa el malestar social y el declive de las instituciones democráticas a la insensibilidad mostrada, y ocasionalmente atemperada, por las democracias liberales hacia la secular aspiración humana de reconocimiento y dignidad. Aquí, la crematística mantiene una influencia decreciente comparada con la constante antropológica de la búsqueda del individuo de un lugar en el competitivo espacio social. Como escribió un apóstol del liberalismo «moderado» y defensor de esta última corriente: «La próxima vez que le des dinero a un sintecho pero no le mires a los ojos, piensa que estás aliviando la necesidad material, pero no reconoces la humanidad que compartís el mendigo y tú»⁹. Sentencias de este tipo, por otro lado tan antibrechtianas, evocan las palabras de Jürgen Habermas acerca del escepticismo del progreso contemporáneo: «Vivimos en un tiempo posrevolucionario y posheroico; ya 1968 cambió de género la revolución... de ópera a opereta». La nueva modernidad neoliberal ha tomado la deriva de un «proceso sistémico que avanza por sí mismo y en el que no cabe ya intervenir». Es el desencanto de un tiempo en el que no hay alternativas¹⁰.

Las líneas de ruptura teóricas, *prima facie* irreconciliables, se hallan sin embargo profundamente arraigadas en la subestimada interrelación histórica que hay entre el subsuelo económico y la superestructura política e ideológica, es decir, –en palabras de Gramsci– en el «conjunto complejo y contradictorio» e inevitablemente dialéctico que supone la carga del progreso¹¹. Más prosaicamente, la

9 Francis Fukuyama, *Identity. The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*, Farrar, Straus and Giroux, New York, 2018, pp. 82-84.

10 Jürgen Habermas, *En la espiral de la tecnocracia*, Editorial Trotta, Madrid, p. 48.

11 Antonio Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1971, pp. 46-47.

dinámica del capital y la exacerbación del resentimiento u otras expresiones de anomia social no constituyen dos esferas independientes, por el contrario, en el contingente hilo de la historia existe un indisociable vínculo entre el mundo de las ideas, las sensibilidades individuales y colectivas y las relaciones económicas. Bajo estas consideraciones, el propósito de las líneas que siguen es un intento de poner en relación las tensiones históricas entre capitalismo y democracia. Tensiones que fueron apaciguadas temporal y geográficamente durante la segunda posguerra mundial en gran parte de Occidente, donde la dinámica destructiva de la guerra vindicó el viejo anhelo republicano de la igualdad de la ciudadanía política ante la Ley, mientras el crecimiento económico y los estabilizadores sociales del Estado de Bienestar, con sus variaciones nacionales, hicieron de las expectativas materiales algo más que una promesa. Ciertamente, la historia del turbulento siglo XX puede escribirse en términos de genocidio, guerra y devastación, colonialismo y otras formas de explotación del Tercer Mundo, pero también, como afirma Therborn, en «avances humanos históricos en el nivel y la esperanza de vida, la democracia, la libertad, la emancipación sexual y de género y la descolonización». Sin embargo, cuando concluía aquel siglo esa dinámica se había detenido¹². Desde entonces, la democracia liberal, al menos allí donde existe tal forma de gobierno, parece haber quedado reducida a un simple tropo del vocabulario político de talla única del capitalismo neoliberal, al mismo tiempo que en el inquietante escenario internacional se ha producido un extraño renacimiento del viejo arsenal ideológico de la Guerra Fría.

I.2. ¿Déficit thymótico o Imperium?

Pocos meses después de la caída del Muro de Berlín surgió la voz más citada con su interpretación de la caída del contraejemplo soviético y, con ello, lo que parecía el fin de las alternativas al capitalismo liberal, Francis Fukuyama. Desde aquellos años, este politólogo se erigió en el procónsul del liberalismo de Washington y en el más popular entre los sectores intelectuales neoconservadores de la política. Nadie mejor que él ha representado el segundo presupuesto planteado en las líneas introductorias. Así, en *Identity*, cuyo subtítulo es algo más que clarificador: *The Demand for Dignity and the Politics of Resentment* (2018), Fukuyama explica a sus lectores los síntomas del deterioro de la salud democrática cuyas manifestaciones más explícitas pueden observarse en el asombroso auge de los nacionalismos, el racismo y los populismos (especialmente de izquierdas). Sin dejar de mencionar la enorme desigualdad económica expe-

12 Para una visión sociológica, histórica y comparativa de las vibrantes posiciones de la izquierda, sus rivales y sus alternativas, véase Göran Therborn, «The World and the Left», *New Left Review*, 137, 2022, pp. 23-73.

rimentada desde hace cuatro décadas, Fukuyama mantiene cierta prudencia a la hora de acusar al neoliberalismo (citado tangencialmente en dos ocasiones) y, sobre todo, de imputar a la brecha económica como principal encausada del malestar democrático. «El aumento de la política de la identidad en las democracias liberales modernas –afirma lacónicamente– es una de las principales amenazas a las que se enfrentan, y, a menos que seamos capaces de volver a los significados más universales de la dignidad humana, estaremos condenados a prolongar el conflicto». ¿Dónde localiza *Identity* las fuentes sociológicas de esta exacerbación de la política de identidad contemporánea? En las tensiones y contradicciones –irresueltas por las democracias liberales– entre el *thymós* o el inevitable anhelo del reconocimiento de la dignidad humana, la *isotimia* o exigencia de respeto bajo las mismas condiciones que el resto de la sociedad y, por último, la *megalitimia* o el delirium humano de superioridad. Aunque la crematística ha allanado el camino del malestar democrático, es en la genealogía socrática de la tensión entre *razón* y *pasión*, o en las pulsiones freudianas entre los deseos del *ello* y la racionalización del *ego* donde reside el conflicto central para Fukuyama. Entonces, ¿cómo evitar las tensiones macrosociales y reequilibrar las tendencias irreflexivas del interior? El Imperio de la Ley del Estado de Derecho (*Rechtsstaat*) y la responsabilidad democrática constituyen el *cantus firmus* de la democracia liberal moderna, características que en *Identity* se contraponen a cualquier forma de autoritarismo del pasado y del presente. Para Fukuyama no hay duda alguna: los émulos del modelo liberal han fracasado de forma estrepitosa. Si el socialismo realmente existente desapareció con el fin de la historia, las «dictaduras relativamente benevolentes» como la China de Xi Jinping (2013-) o el legado de Lee Kuan Yew (1959-1990) en Singapur, se han levantado sobre una política «paternalista» y sustancialmente desviada de las virtudes del liberalismo. ¿Cuál es el patrón común de restricciones e incentivos, con limitadas excepciones, que guía a los países enumerados en *Identity* carentes del modelo democrático liberal?

En unos casos como Irak o Afganistán existe un reconocimiento explícito de la intervención estadounidense como restricción democrática. Pero salvando estos escollos de la política exterior de Bush ya expuestos en su anterior obra *America at the Crossroads* (2006), Fukuyama ofrece un análisis del nacionalismo sustancialista: el déficit thymótico y la frustrada isotimia se han combinado dramáticamente con la expansión de una autonomía individual nietzscheana que ha ocupado el vacío individual y colectivo dejado por el declive del cristianismo en las sociedades occidentales a lo largo del siglo XX. De este modo, la autonomía individual llegó a finales de aquel siglo al extremo del «individualismo expresivo» que excluía e incluso repudiaba sistemáticamente los va-

lores compartidos. Se produjo, así, un desvanecimiento del horizonte moral, surgiendo en su lugar una «cacofonía» de sistemas de valores e identidades en conflicto. El corolario de esta decadencia moral no fue otro que una sociedad insegura y «alienada» que había olvidado la identidad de su «verdadero yo». En estos argumentos hay una línea invariable y casi indiferenciada desde el *Fin de la historia* (1992) con respecto al nacionalismo, a saber, allí donde existe un desequilibrio thymótico las políticas nacionalistas exacerbarán inevitablemente la rabia y el resentimiento social. Esta visión psicologista del mundo, no obstante, hace de la «identidad» un término vago como pocos otros y «válido para cubrir cualquier cosa, un atajo que elude el rigor de la explicación»¹³.

Así, la lista contemporánea de líderes nacionalistas díscolos, acusados de practicar una «política del resentimiento», comienza con Vladímir Putin y Donald Trump y continúa con una enumeración de «líderes populistas» tales como Viktor Orbán en Hungría, Recep Tayyip Erdoğan en Turquía, Rodrigo Duterte en Filipinas y Kaczynski en Polonia. En el caso estadounidense, *Identity* reconoce una relación orgánica con el pasado: Trump es el producto de una decadencia histórica, institucional y moral, pero también ha sido parte responsable del malestar en la democracia. Desde esta óptica, el justo anhelo democrático de la mayoría social se halla restringido desde hace tiempo por la supremacía antidemocrática de la «vetocracia», es decir, la capacidad adquirida por un minúsculo sector elitario para «bloquear la acción colectiva». Con respecto al resto del mundo, Fukuyama acepta un saldo democrático positivo en los países de Europa del Este tras el derrumbamiento del comunismo soviético, pero es negativo en los países autoritarios que habían caído bajo el embrujo de la órbita china. El imperialismo rojo continuaba sobrecogiendo las sensibilidades de nuestro autor y, sin embargo, de forma paradójica, los altos rangos del Partido Comunista Chino disponían para su propia instrucción de

13 Como de costumbre Mike Davis lo planteó de forma admirable al analizar la contingente naturaleza del nacionalismo en el Marx de 1848: «La química política» que transforma el «interés sectorial en nacional» o bien crea «intereses nacionales» con el fin de apaciguar inclinaciones particulares en disputa, así como la naturaleza siempre inconstante de esos intereses, debe estudiarse rigurosamente desde una perspectiva capaz de afrontar el espinoso y complejo problema de las contradicciones encarnadas en la relación entre la «macroestructura socioeconómica (las relaciones de producción, las divisiones de clase, las formas de propiedad)» y los «sistemas internos» muy arraigados de «opresión racial, étnica o religiosa». Desde esta perspectiva teórica, históricamente interpretada, no pueden haber «divisiones categóricas». Más tajantemente, «no hay una muralla china entre la historia política del nacionalismo y las historias económica y social del Estado-nación». Véase Mike Davis, «La teoría perdida de Marx. La política del nacionalismo en 1848», *New Left Review*, 93, 2015, pp. 55-78. La mayor parte de los ríos de tinta vertidos sobre el océano de publicaciones desde la Gran Recesión de 2008 y la subsiguiente emergencia de gobiernos autoritarios y nacionalismos sustancialistas, ha desembocado ingenua o deliberadamente, como lo hace Fukuyama, en una prosa de «divisiones categóricas».

una edición privada de su *Political Order and Political Decay* (2014)¹⁴. Aunque arrepentido de su pasado neoconservador, sus acusaciones contra la política exterior estadounidense continúan siendo muy selectivas, casi siempre elusivas y desprovistas regularmente de realismo político.

En el trágico fracaso de las «revoluciones por la dignidad» desde Libia a Siria y Egipto –con la excepción de Túnez cuya debilidad democrática «pende de un hilo»– no hay rastro de la intervención exterior norteamericana. Anclado en el puerto ideológico de las dicotomías propias de la Guerra Fría, Fukuyama limita el fracaso de la Primavera Árabe a factores perturbadores endógenos: guerras civiles y gobiernos autoritarios incapaces de pacificar a sus sociedades e incomprensiblemente intolerantes con los valores democráticos occidentales. ¿Puede interpretarse rigurosamente la desestabilización política de Oriente Medio de una forma tan simple? ¿Cuál ha sido la dinámica de la hegemonía de Washington, eludida prudentemente en *Identity* y en general en la retórica reaccionaria, en esta parte del planeta? No se trata de una novedad. Los gobiernos rebeldes que se oponen a la hegemonía de la *Pax Americana* son derribados. El cambio de régimen supone la destrucción masiva del país y la pérdida de vidas, la escisión étnica y religiosa y, por último, la penetración de multinacionales que, como afirma Tariq Ali, se encargan frecuentemente de la «reconstrucción de ciudades bombardeadas por Estados Unidos y sus aliados europeos», cuando no se dedican a explotar los recursos naturales. La Primavera Árabe, cuantitativamente relevante pero políticamente frágil, no logró interrumpir esta «dinámica de destrucción». De ese modo, concluye Ali, «con el cadáver del nacionalismo árabe en estado de avanzada descomposición y la principal oposición, los Hermanos Musulmanes, desesperados por alcanzar un acuerdo con Washington, Estados Unidos se apropió fácilmente de los levantamientos de 2011 para consolidar sus propios objetivos en la región»¹⁵. En *Identity*, por el contrario, la rabia social que estalló en Yemen, Libia, Siria, o en el archipiélago del gofo Pérsico, Baréin, tiene su origen en el resentimiento y en la humillación sufrida a manos de unos gobiernos autoritarios.

En Libia no hay una sola palabra dedicada a las fuerzas armadas desplegadas por la OTAN que desestabilizaron en 2011 al anterior aliado de Occidente, Muamar Gadafi, lo que desencadenó una década ominosa en este país del norte de África. Para Yemen no hay tampoco insinuaciones al despliegue hegemónico del *Imperium*. Se trata lisa y llanamente de un «Estado fallido», al

14 Neil Davidson, «Is Social Revolution Still Possible in the Twenty-First Century?», *Journal of Contemporary Central and Eastern Europe*, 23 (2-3), 2015, pp. 105-150, cita pp. 106-107.

15 Véase Tariq Ali, «El turno de Yemen», *New Left Review*, 111, julio-septiembre 2018, pp. 75-86.

igual que Libia. No hay mención alguna al *ménage à trois* militarista entre Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos y el incondicional apoyo –«diplomático, logístico y de los servicios de inteligencia»– suministrado por el Nobel de la Paz Barack Obama y su sucesor en la Casa Blanca, Donald Trump. La consecuencia de la escalada militar ha sido la devastación del país más empobrecido de Oriente Próximo, la destrucción de sus infraestructuras y el bloqueo de sus salidas al mar, obligando a la población (en torno a 27 millones de habitantes) de esta «montañosa y mayormente árida tierra» –que necesita importar el 70 por ciento de sus alimentos– a estar bajo los designios del nuevo imperialismo extranjero. Una guerra silenciosa que había exterminado al escribir estas líneas a más de un cuarto de millón de seres humanos, entre ellos miles de niños yemeníes que eran enterrados a causa del cólera. De igual modo, la tragedia de Siria queda reducida monolíticamente a la negativa del dictador Bashar al-Assad a abandonar el poder y a lanzar una guerra fratricida contra su propio pueblo. No hay referencia alguna acerca del suministro de armas por parte de Estados Unidos (con el seguidismo de Francia, Gran Bretaña, Arabia Saudí y Turquía) a los soldados de Al-Qaeda y a otras camarillas yihadistas para que combatieran al régimen baazista. Como resultado, en escasas semanas las revueltas populares quedaron marginadas. «Huyeron a países vecinos o intentaron llegar a Europa; muchos se ahogaron en el Mediterráneo. Con el respaldo de Moscú y Teherán y un extraordinario grado de apoyo local –habida cuenta de su historial– Bashar al-Assad se mantuvo en el poder»¹⁶.

¿Cómo podría resumirse la política exterior estadounidense y la de sus aliados en el turbulento Oriente desde las costas levantinas de Siria a las áridas tierras de Yemen? En *The Ideas that Conquered the World* (2002) Michael Mandelbaum, miembro insigne de la junta directiva del Washington Institute for Near East Policy y laureado por la revista *Foreign Policy* como una de las 100 mentes más brillantes del mundo por instruir a Estados Unidos en el arte de la hegemonía en tiempos difíciles¹⁷, escribió que el destino de la guerra de Iraq era sellar «la paz, la democracia y el libre mercado» allí donde no había «existido hasta ahora»¹⁸. Por los argumentos ofrecidos hasta aquí, podemos compartir, sin ningún género de dudas, la afirmación de Mandelbaum volviéndola del revés.

16 *Ibidem*, pp. 76 y 85.

17 Fue premiado por *The Frugal Superpower. America's Global Leadership in a Cash-Strapped Era*, Public Affairs, New York, 2010.

18 Michael Mandelbaum, *The Ideas That Conquered the World*, Nueva York, 2002, p. 412, citado en el sobresaliente análisis de Perry Anderson, *Imperium et Consilium. La política exterior norteamericana y sus teóricos*, Akal, Madrid, 2014, pp. 187-188.

¿Y América Latina? *Identity* realiza una acrobacia comparativa entre esta vasta y heterogénea región del hemisferio occidental, caracterizada por identidades en conflicto arraigadas en el pasado colonial, gobiernos corruptos y escasa o nula industrialización, cuyo desenlace ha sido una fatal «modernización sin desarrollo», y, por el contrario, el asombroso éxito económico del desarrollismo de Estado en China, Corea del Sur, Singapur o Japón. ¿Cuál ha sido el factor diferencial? En estos últimos, las fuertes identidades nacionales forjadas en el pasado produjeron unas élites que se centraron sin tregua en el desarrollo de sus economías nacionales en lugar de optar, como sí lo hicieron los sectores elitarios latinoamericanos, por su enriquecimiento personal. No cabe duda, como observó Hirschman en cierta ocasión, las élites latinoamericanas han sido secularmente reacias a dar algo para no perderlo todo. Sin embargo, de forma sorprendente, parece que para Fukuyama el imperialismo rojo y el capitalismo del *ethos* de Estado han dejado de ser adversarios de la democracia *à la* occidental. En *Identity* las variaciones son constantes como los amigos y enemigos en el tablero de juego geopolítico.

Pero Fukuyama advierte a sus lectores acerca de que la identidad nacional es un valor agregado positivo en el desarrollo económico hasta cierto límite. ¿Cuándo comienza el lado oscuro del compromiso nacional en el desarrollo económico? La respuesta no podía ser otra; fiel a la tradición liberal que dice haber leído escrupulosamente a Adam Smith, los límites de la función económica del nacionalismo terminan allí donde la identidad nacional se convierte en una excusa para poner en marcha la maquinaria económica proteccionista. De hecho, lo que no hay impreso en las páginas de *Identity* es que allí donde el comercio no ha podido actuar con libertad, la mano visible y violenta de los regímenes militares despejaba el camino para aplicar las Políticas de Ajuste Estructural. De este modo se llevó a cabo la venta masiva de los patrimonios industriales nacionales en todo el Sur global y particularmente en Latinoamérica durante la ominosa década de 1980 en nombre del «Consenso de Washington»; una devastación mucho más dilatada y sangrienta durante las dictaduras de los años setenta en Uruguay, en Chile –el laboratorio continental del experimento neoliberal– y en Argentina. ¿Realmente ha sido tan trivial en la historia de la región la tradición imperial estadounidense que no merece una sola palabra?

Desde los inicios de la Guerra Fría en 1948 hasta su finalización con el derrumbamiento soviético, Estados Unidos derrocó por lo menos a veinticuatro gobiernos latinoamericanos; cuatro de ellos mediante el uso directo de la fuerza militar norteamericana, diecisiete alentando a las fuerzas militares o políticas domésticas para que intervinieran sin la acción directa estadounidense,

por norma general a través de un *coup d'état*; y, al menos, tres derrocamientos estuvieron dirigidos directamente por la CIA. ¿Cuál fue el precio humano de este realismo trágico latinoamericano? Entre 1960, año en el que los soviéticos desmantelaron el sistema gulag del régimen estalinista, y el fin del imperio soviético, las «cifras de prisioneros políticos, víctimas de torturas y ejecuciones de disidentes políticos no violentos en América Latina excedió con mucho a las de la Unión Soviética y los Estados satélites de la Europa del Este». En el periodo citado, el «bloque soviético en su totalidad fue mucho menos represivo, si se mide en términos de vidas humanas, que muchos países latinoamericanos individuales»¹⁹. La conclusión inequívoca, sin embargo, es que durante toda la Guerra Fría, el Tercer Mundo se convirtió en un campo de batalla de guerras calientes e intervenciones militares, explícitas o encubiertas, entre soviéticos y norteamericanos por controlar el espacio geopolítico, con consecuencias desastrosas para los países situados en los márgenes del mundo.

El resto de la historia latinoamericana queda reducida en *Identity* a un «populismo de izquierda» en el que cohabitaron durante el cambio de siglo el venezolano Hugo Chávez, Lula da Silva en Brasil y los Kirchner en Argentina para, finalmente, ser sepultados todos por la «autoinmolación» venezolana de Nicolás Maduro. Y fin de la tragedia. El «mito de los orígenes» que «explica los más próximo por lo más lejano», como escribió mordazmente Bloch, termina revelándolo todo²⁰. En el pasado colonial se desataron las pulsiones internas de unas élites educadas a la europea, que hablaban la lengua de la metrópoli y sentían un «intenso conflicto interno entre las identidades adquiridas y las tradiciones indígenas con las que habían crecido». El diagnóstico es concluyente, un déficit secular de orgullo nacional impidió definitivamente la lógica y «natural» transición de la *Gemeinschaft* a la *Gesellschaft* y, de ahí, el gran salto hacia la modernización y la democracia al estilo occidental.

Hay, no obstante, excepciones en el relato sustancialista y moralizante de Fukuyama. Las «revoluciones por la dignidad» en Ucrania, a diferencia de los demonios internos que atormentaron a los países árabes o a los corruptos Estados latinoamericanos, fueron desencadenadas por un presidente, Víktor Yanukóvich, que gravitó peligrosamente hacia la órbita rusa menospreciando los vínculos con la Unión Europea. El politólogo no tiene dudas: «entre vivir

19 Véase John Coatsworth, «The Cold War in Central America, 1975-1991», en Leffler y Westad (eds.), *Cambridge History of the Cold War*, vol. 3, pp. 220-221, citado en Perry Anderson, *Imperium*, cit., p. 111. Para un análisis de la cruda y violenta crisis política y social desde la década de 1990 en El Salvador, Guatemala y Honduras, el «triángulo norte» de América Central, así como el relevante papel desempeñado por Estados Unidos, véase Liisa North, «The Historical and Contemporary Causes of 'Survival Migration'. From Central America's Northern Triangle», *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, vol. 1 (1), 2021, pp. 43-70.

20 Marc Bloch, *Introducción a la historia*, Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1982, p. 27.

bajo un gobierno moderno que trataba a las personas por igual como ciudadanos, y vivir bajo un régimen en el que la democracia era manipulada por los cleptócratas que se benefician a sí mismos tras una apariencia de formas democráticas», Yanukóvich eligió para Ucrania la opción equivocada. Desde esta perspectiva, los estallidos sociales que entre noviembre 2013 y febrero de 2014 hicieron temblar las calles de Kiev respondían a la errónea elección de Yanukóvich por la cleptocracia rusa. Dicho veredicto coincide con la cobertura política y mediática más convencional de Occidente y evoca una cierta historia nostálgica de la Guerra Fría. Sin embargo, la élite plutócrata surgida de los escombros del antiguo Imperio Soviético no es una ilusión o un sesgo cognitivo de *Identity*. Los *robber barons* consolidados sobre los restos del comunismo soviético encontraron un contexto político y jurídico favorable para el imperativo de acumulación capitalista. De hecho, cuando Borís Yeltsin asumió la presidencia tras la dimisión de Gorbachov el 25 de diciembre de 1991, Rusia comenzó una dramática transición hacia un modelo de capitalismo salvaje. Se otorgaron a toda una selecta clientela de cuadros de la *nomenklatura* política, a miembros del ejército, del Komsomol (la organización juvenil del Partido Comunista) y del KGB derechos sobre el gas y el petróleo, bienes raíces y minerales e infraestructuras a precios irrisorios. No obstante, la cirugía política que debía cambiar el rostro del agotado socialismo soviético para darle un nuevo *look* capitalista no contó únicamente con el apoyo de los cuadros políticos poscomunistas. En la conversión al credo neoliberal jugó un papel clave el asesoramiento de economistas norteamericanos, entre los que destacaron un profesor de macroeconomía de la Universidad de Columbia, teórico del «desarrollo sostenible» y abanderado de la lucha contra la pobreza, Jeffrey Sachs, y el economista y Secretario del Tesoro durante los últimos años del segundo Clinton (1997-2001), Larry Summers. No hubo una transición gradualista, se llevó a cabo una «terapia de choque» consumada con la privatización de la vasta economía estatal soviética. Probablemente entre 90.000 y 200.000 empresas públicas fueron desnacionalizadas en su totalidad hacia finales de 1993, y solo un 14 por ciento se había realizado con cierta transparencia pública, «la mayoría lo fueron bajo mano, en negociaciones marcadas por el signo de la corrupción». En ese momento se fraguó el espacio político para la captura de la riqueza económica y del aparato estatal en manos de un puñado de oligarcas como Román Abramóvich, Borís Berezovsky, o el que más tarde ocuparía el Kremlin, Vladímir Putin. La nueva elite plutócrata, por supuesto, no dudó en apoyar sin fisuras a Yeltsin dado que este garantizaba firmemente los lucrativos negocios de aquella.

La política de «terapia de choque» con el sello «Harvard Boys» dejó el nuevo rostro de Rusia desfigurado. Apenas cuatro años después de la caída del Muro

de Berlín (1989) el producto nacional se había desplomado un 50 por ciento; alimentos básicos como la carne y la leche se transformaron en artículos de lujo; la sanidad pública, vaciada económicamente, quedó restringida a la miseria. Una «nueva sociedad» había surgido: «más pobre, con mucha más desigualdad y dependiente de la explotación eficiente de los recursos naturales restantes». Muy pocos observadores se percataron de que la «restauración del capitalismo en la antigua Unión Soviética se cobró más vidas que las guerras de Iraq y Siria combinadas»²¹. Por su parte, los países que habían gravitado en torno al sistema solar soviético tuvieron la misma suerte: magnates enriquecidos de la noche a la mañana emergieron en Polonia, Bosnia, Rumanía, entre otros; y, por supuesto, en Ucrania. Dos antiguos ocupantes del Palacio Mariyinski, Pavló Lazarenko y la «ingeniera-economista» Yulia Timoshenko, amasaron increíbles fortunas practicando la venalidad, el latrocinio y la mendacidad, provocando que el nivel de vida de la mayor parte de la población ucraniana descendiera al abismo durante los últimos años de la década 1990. A pesar de haber dejado atrás el ominoso pasado, la era poscomunista no había traído la democracia tan anhelada, ni siquiera una economía de mercado de perfil occidental.

Por otro lado, los telares de la hegemonía nunca descansan. El «inmenso agujero negro» dejado en el corazón de Eurasia era una vasta masa territorial estratégica para Estados Unidos ahora que la Unión Soviética se había desintegrado. Este «vacío geopolítico» debía ser cubierto inmediatamente puesto que las élites postsoviéticas albergaban un crudo resentimiento debido a la disminución territorial histórica que había sufrido su extenso Imperio. Sin la menor duda, el «golpe más duro que habían recibido fue el de la independencia de Ucrania en agosto de 1991 y no acababan de resignarse». ¿Cuáles podían ser las maniobras más eficaces para contrarrestar las posibles tentaciones revanchistas de Moscú? Era preciso levantar un muro de contención en la franja territorial que abarcara desde Ucrania a Azerbaiyán y Uzbekistán, y especialmente había que ampliar la Alianza Atlántica hacia el Este²². El mérito de la expansión de la OTAN se lo llevó el demócrata Bill Clinton, incumpliendo de este modo las promesas que «se le habían hecho a Gorbachov»²³. Este peligroso juego de aproximación militar provocó una exaltación entre algunas voces antiguas del realismo político de la Guerra Fría. Una de ellas fue la de

21 Véase, respectivamente, James K. Galbraith, *El fin de la normalidad. La gran crisis y el futuro del crecimiento*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2018, pp. 223 y 53-54; la monumental obra de Josep Fontana, *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Crítica, Barcelona, 2017, pp. 500-504; y Göran Therborn, «Dinámicas de la desigualdad», *New Left Review*, 103, 2017, pp. 69-89, cita p. 85.

22 Perry Anderson, *Imperium et Consilium*, cit., p. 211.

23 Josep Fontana, *El siglo de la revolución*, cit., p. 503-504.

George F. Kennan. Si el 10 de abril de 1947 afirmaba ante la audiencia del Air War College de Washington que «probablemente diez buenos impactos con bombas atómicas» sería más que suficiente para «paralizar el potencial bélico de Rusia»²⁴, exactamente medio siglo después escribió en el *New York Times* que «expandir la OTAN sería el error más fatídico de la política estadounidense en toda la era posterior a la Guerra Fría». ¿Qué consecuencias presagiaba Kennan en su giro político wilsoniano si la OTAN persistía en su fatal dinámica expansionista? La respuesta fue lacónica: se inflamarían las «tendencias nacionalistas antioccidentales y militaristas» entre los rusos que a su vez provocarían un efecto «adverso en el desarrollo de la democracia» en aquel país²⁵.

Paradójicamente, sería la administración del citado Nobel de la Paz, Barack Obama (2009-2017), la que continuaría encarecidamente la tarea de ampliar la línea ofensiva de la OTAN, suministrando armamento a los gobiernos más reaccionarios del este de Europa con el fin de crear un *cordon sanitaire* en torno a Rusia, elevando así de forma extraordinaria el presupuesto estatal destinado a continuar engordando el complejo industrial-militar estadounidense y contribuyendo peligrosamente a intensificar las tensiones de una guerra caliente global. De hecho, la guerra de Ucrania comenzó cuando el gobierno de Obama respaldó en febrero de 2014 el derrocamiento del presidente Víktor Yanukóvich, instalando en el Palacio Mariyinski un gobierno antirruso. Yanukóvich había intentado conservar la neutralidad de Ucrania y no deseaba involucrar al país en la expansión de la OTAN hacia las fronteras rusas; una actitud que no agradó a Washington que años antes de la guerra había mantenido una fuerte presencia sobre el terreno político ucraniano. Durante las elecciones presidenciales de 2010 la administración Obama apoyó incondicionalmente a la citada cleptócrata Yulia Timoshenko (librada de prisión por pasar a la política activa), también conocida por sus conciudadanos como «vorovka» (el femenino de «la-

24 Hay que señalar en favor de Kennan que también contempló en su discurso una «solución pacífica». Como escribió C. Ben Wright, «antes de contemplar la guerra, Kennan prefirió ver agotadas las posibilidades de contención, ya que seguía creyendo que había una 'buena oportunidad' de una 'solución pacífica' para los rusos». Wright, C. «Mr. 'X' and Containment», *Slavic Review* 1976, 35(1), 1-31, cita p. 19. Ahora bien, el «extravagante Kennan» que cambiaba súbitamente de un estado de «autoestima eufórica» a la «autoflagelación atormentada», domésticamente, se declaraba a favor de «arrebatar el voto a los inmigrantes, a las mujeres y a los negros»; la democracia, decía Kennan, no era más que un «fetiche» y lo que se precisaba era una «transición constitucional hacia un Estado autoritario»; en política exterior, «puso en marcha algunas operaciones paramilitares encubiertas en la Europa del Este; defendió, cuando lo creyó necesario, la intervención militar de EEUU en la Europa meridional y en el Sudeste Asiático; recomendó prestar apoyo a las campañas coloniales francesas en el norte de África; supervisó las revocación de las reformas de Japón; aprobó la represión en América Latina; propuso ocupar Taiwán; y expresó su regocijo cuando Estados Unidos envió tropas a Corea». Véase Perry Anderson, *Imperium et Consilium*, cit., pp. 41-47.

25 Véase el conciso pero incisivo artículo «A Fateful Error» de George F. Kennan publicado en *The New York Times*, 5 de febrero de 1997.

drón»). Por su parte, Victoria Nuland, subsecretaria de Estado del gobierno de Obama, se halló fuertemente envuelta en los nombramientos del nuevo bloque de gobierno de Kiev, entre los cuales se encontraban «oligarcas prooccidentales, neoliberales, ONG defensoras de los derechos humanos, nacionalistas partidarios de la línea dura y elementos de extrema derecha». Como corolario a todo ello, Vladímir Putin tomó el control de la península de Crimea donde Rusia, por cierto, ya tenía el derecho de base para su flota y unos efectivos militares que Moscú consideraba ahora amenazados por el nuevo régimen prooccidental instalado en Kiev. Obama manifestó que se trataba de un agravio al derecho internacional y respondió aplicando sanciones²⁶. Cuando Joe Biden alcanzó la Casa Blanca en enero de 2021 las tensiones internacionales de la guerra ruso-ucrainiana se incrementaron de forma alarmante. Días antes, Putin había planteado tres demandas cuya negativa haría inviables las negociaciones de paz: Ucrania debería permanecer neutral y fuera de la OTAN; la península de Crimea debería seguir siendo el territorio natural –lo había sido desde 1783– de la flota naval del Mar Negro de Rusia; y, por último, la cuenca del Donets (Dombás) debería ser autónoma tal como quedó establecido en el Acuerdo de Minsk II de 12 de febrero de 2015. Con las demandas de negociación de Putin rechazadas rotundamente por el gobierno de Biden, Rusia invadió Ucrania en febrero de 2022, acercando peligrosamente a la medianoche las manillas del reloj del Apocalipsis del Bulletin of the Atomic Scientists.

El énfasis, que roza lo obsesivo, de Fukuyama depositado en la identidad conduce a sus argumentos tal como Freud escribió al «reino de la sustitución». Por ello, no se siente obligado a reclamar que la política estadounidense pasó por encima de las profundas divisiones étnicas y políticas que separan a Ucrania entre los que «odian a Rusia en el oeste» y los «rusos étnicos en el este y en Crimea». Tampoco creyó en la necesidad de explicar a sus lectores la retorcida, o natural, lógica de la expansión hegemónica estadounidense, su influencia económica y política en la región, indisociable, de ningún modo, de su poder militar²⁷. Finalmente, Ucrania un inmenso portal energético hacia el Viejo Mundo se convirtió en un campo de masacres en el que subyacían las tensiones geopolíticas, apenas esbozadas todavía, entre la decadente hegemonía estadounidense, el extraordinario ascenso del nuevo hegemón chino y la exacerbación

26 Véase Susan Watkins, «Cinco guerras en una. La batalla por Ucrania», *New Left Review*, 137, 2022, pp. 7-24.

27 Como ha dicho Jeffrey Sachs, a pesar de que en marzo de 2022 el presidente ucraniano Volodymyr Zelensky reclamó la neutralidad de su país y se involucró en negociaciones para alcanzar un acuerdo de paz mediado por Israel y su fugaz primer ministro Naftali Bennett (junio de 2021-julio del 2022), el triunvirato estadounidense formado por Biden-Sullivan-Nuland, flanqueado por Francia, Reino Unido y Alemania bloqueó las negociaciones de paz. Véase Jeffrey D. Sachs «What Ukraine Needs to Learn from Afghanistan», *New World Economy*, 13 de febrero de 2023. Disponible en: <https://www.jeffsachs.org/>

del nacionalismo ruso. Si bien Putin, antiguo aliado de Occidente, representaba ahora una clara amenaza como hombre fuerte, despiadado y dispuesto a sacrificar la economía rusa en nombre de un imaginario pasado imperial, Biden, una vez alojado en la sede del Imperio, no encarnó una influencia belicista de baja intensidad. A pesar de que la guerra en Europa Oriental haya sido suficientemente realista como para «distraer la atención», «¿quién puede dudar de la determinación de Biden de buscar la confrontación en el Mar de China Meridional, unas aguas mucho más peligrosas que las del Mar Negro?»²⁸. Y es que, una vez terminada la Guerra Fría, a pesar de disfrutar de una seguridad casi inquebrantable en sus propios dominios virtualmente ilimitados, la política exterior estadounidense se había aventurado, en el espacio geopolítico complaciente de la unipolaridad, en una tentativa temeraria de «dominación global», en dos estilos: la «neoconservadora» de Bush II y el «imperialismo liberal» de Bill Clinton y Barack Obama, aplastando cada uno de ellos al país en una serie de guerras expansionistas con unas consecuencias planetarias devastadoras²⁹. En el proceso, dado que el viejo continente debía ser la «cabeza de puente geopolítica esencial de Norteamérica en Eurasia» –tal como había escrito el diplomático y ardiente defensor de la expansión de la OTAN Zbigniew Brzezinski en *The Grand Chessboard* (1997)– Europa Central y Occidental había profundizado cada vez más su estatus de «protectorado norteamericano, con unos Estados aliados que recuerdan a los antiguos vasallos y tribunos»³⁰.

¿Cuál era el ambiente político e intelectual con respecto a la guerra ruso-ucrainiana? ¿Se trataba de una cuestión restringida meramente a la irresponsabilidad de unas élites políticas cuya actitud evocaba a los meses que antecedieron a 1914? Nadie mejor que Fukuyama podía representar el nuevo espíritu belicista occidental. En un artículo publicado en *Journal of Democracy* en septiembre de 2022, el politólogo afirmaba que la supervivencia de la democracia liberal dependía del éxito de la conflagración y de la rendición moral de sus enemigos. Si los «ucranianos no solo resisten contra Rusia, sino que derrotan al enorme ejército ruso, obligándolo a retirarse, las repercusiones positivas se sentirán en todo el mundo». La «derrota y la humillación de Rusia» contribuirían decididamente a quebrar la «narrativa» de las ventajas de los gobiernos autoritarios. La victoria sería, de este modo, una capitulación de los «populismos nacionalistas»

28 Véase Mike Davis, «Poutine, Biden, Xi... 'Thanatos triumphant'», *Al'encontre*, 9 de marzo de 2022. Disponible en: <http://alencontre.org/ameriques/americonord/usa/poutine-biden-xi-thanatos-triumphant.html>

29 Véase el imprescindible libro de Perry Anderson, *La palabra H. Peripicias de la hegemonía*, Akal, Madrid, 2018, p. 206.

30 Véase Zbigniew Brzezinski, *The Grand Chessboard*, Nueva York, 1997, p. 58, citado en Perry Anderson *Imperium et Consilium*, cit., p. 212.

de todo el mundo, desde «Viktor Orbán hasta Matteo Salvini, Marine Le Pen y Donald Trump» que han expresado sus simpatías y admiración por el «estilo de gobierno de hombre fuerte de Putin»³¹. Este moralismo interiorizado como un sistema de creencias inmutables, difundido por los niveladores del consentimiento público, fue impugnado insuficientemente en el ambiente intelectual de Occidente. En palabras de uno de los autores que encarna una excepción a la regla que acabamos de aludir, Wolfgang Streeck, en la «mente occidentalizada Putin y Xi, Trump y Truss, Bolsonaro y Meloni, Orbán y Kaczynski» eran exactamente lo mismo, todos «fascistas». Frente a ellos se había erigido un nuevo heroísmo que demandaba el sacrificio por las democracias occidentales³².

Y no había color político para abrazar la guerra. De izquierda a derecha se fue instalando un consenso sobre los «valores» comunes de la humanidad, propiedad exclusiva del excepcionalismo occidental. Ahora, frente a *ex Occidente lux* se encontraba, como en la exaltación imperialista de *fin-de-siècle*, la barbarie. Al igual que había sucedido durante los años previos a la Gran Guerra de 1914 que Eric J. Leed registró como un «sentimiento de repulsión» contra el orden burgués, una «liberación de la sensación de aburrimiento y vacuidad» que embargaba a las clases medias y altas, y la posibilidad de un regreso a la «acción y al sacrificio heroicos»³³, ahora, toda una generación que no había crecido en la guerra, como tampoco sus padres, cultivada en el arte del consumo conspicuo *tutto e subito* y en la satisfacción personal como el último objeto de deseo, se había lanzado a abrazar la carnicería humana como única alternativa. Así, mientras Europa se transformaba en un apéndice de la geopolítica de Washington, la guerra reactivó la economía estadounidense gracias al estímulo de los lucrativos negocios militares, acercando peligrosamente al Viejo Mundo al fatal error de 1914³⁴. Carl Schmitt supo captar admirablemente el lenguaje anfibológico de la política contemporánea cuando en el año de la Gran Depresión, bisagra entre las dos guerras industriales del siglo XX, escribió: «hoy hasta la más terrible de las guerras se libra en nombre de la paz, la más tremenda de las opresiones se impone en nombre de

31 Francis Fukuyama, «Why Ukraine Will Win», *Journal of Democracy*, Septiembre 2022. Disponible: <https://www.journalofdemocracy.org/why-ukraine-will-win/>

32 Wolfgang Streeck, «Cada vez más próximos, cada vez más cerca de la catástrofe», *El Salto*, 5 noviembre 2022. Disponible en <https://www.elsaltodiario.com/carta-desde-europa/guerra-ucrania-cada-vez-cerca-catastrofe>

33 Véase el fabuloso artículo de Eric J. Leed, «Class and Disillusionment in World War I», *Journal of Modern History*, 50 (4), 1978, pp. 680-699, citado en Albert O. Hirschman, *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*, Princeton University Press, 1982, p. 5.

34 La producción de medios de destrucción no era exclusiva de Estados Unidos, por supuesto, aunque su industria fuera la más productiva y expansiva. Dos años después de la crisis pandémica, según el Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI), el gasto militar mundial fue de 2,24 billones de dólares de los cuales el 56 por ciento correspondía al gasto combinado de las industrias militares de Estados Unidos, China y Rusia.

la libertad y la más horrorosa de las inhumanidades se comete en nombre de la humanidad»³⁵. No cabe la menor duda, parece que el déficit thymótico no es suficiente ni satisfactorio para comprender las dinámicas de la destrucción, el furor nacionalista, o la ira y el resentimiento de la multitud.

I.3. Crematística y «neoliberal turn»

Por las razones expuestas no es extraño que a pesar de que *Identity* no excluye de su relato al espectro de la desigualdad, esta permanezca subordinada a un mero epifenómeno de la pérdida sustancial de cohesión social que la correcta moral de la fe cristiana había proporcionado hasta su declive a finales del siglo XX. Es evidente que las credenciales del neoliberalismo no son contestadas en ningún caso. Sus daños colaterales, como la desigualdad y los «agravios» económicos surgidos desde el último medio siglo de globalización, son el justo precio que pagamos por la libertad y la democracia de mercado. Por tanto, aunque Fukuyama a veces es cáustico y casi siempre muy selectivo con las fuerzas económicas desencadenadas sobre el cuerpo social del capitalismo global, la *infraestructura* económica queda totalmente subordinada al *thymós*, a los «sentimientos de humillación y falta de respeto». Por eso, en sus páginas se puede leer que «gran parte de lo que creemos que se produce por motivación económica en realidad está enraizado en la demanda de reconocimiento y, por lo tanto, no puede satisfacerse simplemente por medios económicos»³⁶. No cabe duda, como escribió Freud en una lección profética contra la futura labilidad teórica del *rational choice*: «más allá de las simples transacciones mundanas se extienden los vastos dominios del inconsciente» y, por tanto, la parte del intelecto del cálculo racional no es más que «una entidad débil y dependiente, juguete e instrumento de nuestros impulsos y emociones»³⁷. Ahora bien, es muy probable que para los 40 millones de conciudadanos de Fukuyama calificados por la ONU dos años

35 Véase en Carl Schmitt, *The age of neutralizations and depoliticizations (1929)*, en *The concept of the political*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres, 2007, p. 95. Perry Anderson escribió en alusión al giro belicista de la política internacional, en nombre de los Derechos Humanos, que se había producido en el ápice de la globalización y su fuerza centrípeta por dar forma al mundo a imagen y semejanza del hegemon estadounidense: «La andrajosa por más que victoriosa bandera del Mundo Libre ha sido arriada. En su lugar se ha izado la bandera de los derechos humanos, es decir, ante todo, el derecho de la comunidad internacional a bloquear, bombardear e invadir a pueblos y Estados que le desagradan –Cuba, Yugoslavia, Afganistán, Iraq– y a alimentar, financiar y armar a Estados que le resultan atrayentes: Turquía, Israel, Indonesia, Arabia Saudí, Pakistán. En cuanto a los chechenos, los palestinos, los tutsi, los saharauis, los nuer y estirpes aun menores, en su mayoría sin Estado, la caridad –como el consejero de Seguridad Nacional de Clinton tuvo ocasión de observar– no puede, después de todo, ser ubicua». Véase Perry Anderson, «Internacionalismo: un breviarío», *New Left Review*, 14, 2002, pp. 5-24, cita p. 23.

36 Francis Fukuyama, *Identity*, cit., pp. ix y siguientes del prefacio.

37 Véase en Pankaj Mishra, *La política en la era del resentimiento. El oscuro legado de la Ilustración*, en Alba Rico, Santiago (et al.), *El Gran Retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia*, 2017, pp. 211-230, Barcelona, Seix Barral.

antes de la pandemia global como pobres y otros 5 millones que malvivían en un régimen de pobreza extrema en condiciones «propias del tercer mundo», la «simple satisfacción por medios económicos» no les resulte tan extraña y sea, de paso, un buen comienzo para reequilibrar su anhelo thymótico (ONU, 2018).

No es sorprendente, por otro lado, que en sus páginas brillen las nuevas estrellas del firmamento económico como Branko Milanović y su «gráfica del elefante», donde se dibuja la desigual distribución de la renta mundial entre 1988 y 2008 a pesar del incremento general de la productividad y la expansión de los mercados globales, y Thomas Piketty que en su popular *El capital en el siglo XXI* «demuestra» que la desigualdad «dentro de cada país» ha experimentado un crecimiento abrumador desde la década de 1980. Si Milanović suscribe la escalada de la desigualdad con los tópicos neoliberales: cambio tecnológico, globalización y oscilaciones seculares de Kuznets, Piketty lo hace con una enorme masa cuantitativa y una sofisticada e inmutable ley, sin embargo, no proporciona una guía sólida para la política, subestima el papel histórico del sindicalismo durante la constitución democrática de los Estados sociales de la segunda posguerra e integra «todas las formas de riqueza con valor monetario», ya tengan «uso productivo o no», aplicado «con la misma facilidad al pasado remoto y al presente, tanto a un campo labrado por campesinos en la Francia feudal como a una segunda vivienda en los Hamptons»³⁸. Para los flamantes fabianos del nuevo mundo posrevolucionario la desigualdad es un rasgo arquetípico de la naturaleza humana. Solo oblicuamente Fukuyama reconoce que en el «mundo desarrollado» han sido Estados Unidos y el Reino Unido –«los dos países que lideraron la revolución ‘neoliberal’ en favor del libre mercado»– donde la desigualdad ha sido más acusada. Sin embargo, a pesar de su declarada ruptura con el neoconservadurismo³⁹, en *Identity* las raíces de la crisis económica contemporánea no se hallan en los regímenes neoliberales, sino en el margen izquierdo de la política y en su secular y feroz búsqueda –ya olvidada tras el consenso neoliberal– de la justicia distributiva socioeconómica a través del poder de un Estado excesivamente intervencionista. Así, imputando la crisis a los estabilizadores sociales del Es-

38 Alexander Zevin, «¿Un Proudhon para posmodernos?», *New Left Review*, 127, 2021, pp. 61-86.

39 «He concluido –escribe Fukuyama en *America at the Crossroads*– que el neoconservadurismo en su doble condición de símbolo político y cuerpo de pensamiento ha evolucionado hasta convertirse en algo que ya no puedo apoyar». La asociación del neoconservadurismo con las políticas de la administración Bush llevó a Fukuyama a afirmar que había que redefinir la política exterior estadounidense para dejar atrás su abyecto legado. Véase *America at the Crossroads. Democracy, Power, and the Neoconservative Legacy*, Yale University Press, 2006, p. xxxi. En una crítica de esta obra, Perry Anderson concluye que aunque la sensibilidad de Fukuyama queda perturbada por la guerra de Irak y las políticas draconianas de Bush, permanece inmóvil frente a la defensa de la hegemonía mundial estadounidense. Véase «Inside Man», *The Nation*, 24 de abril de 2006.

tado de Bienestar al estilo socialdemócrata y rooseveltiano, siguiendo la estela neoconservadora, Fukuyama invierte la visión predominante entre ciertos sectores intelectuales críticos que detectaron hace ya tiempo las causas históricas de la crisis actual en el vuelco neoliberal de la década de 1970. En *Identity* la crisis de aquellos años se originó en unos «programas distributivos» que provenían de la era del New Deal durante los años treinta y de la Gran Sociedad de Lyndon Johnson tres décadas después, cuyos «incentivos perversos» estaban desalentando el ahorro, el trabajo y el «espíritu emprendedor», esto es, crearon un círculo vicioso que finalmente y de forma fatídica restringía aún más el «tamaño del pastel disponible para la redistribución»⁴⁰.

Sin embargo, ¿no se admite acaso en tales argumentos una virtual legitimación del programa de la derecha mundial contra las políticas típicamente keynesianas de la segunda posguerra? «Cualquier idea que ha permanecido oculta durante un tiempo –afirmó Albert O. Hirschman en *The Rhetoric of Reaction* (1991)– tiene buenas probabilidades de ser confundida con una idea original»⁴¹. La puntillosa selección de la historia que hace Fukuyama para reprobar los programas sociales de posguerra, imputándoles una responsabilidad desmesurada de la crisis socioeconómica, es cuanto menos retorcida. Un hilo genealógico lo lleva directamente hacia los espíritus conservadores que advierten en cualquier política pública de perfil social una serie de nefastas consecuencias. Una cita de una popular obra contemporánea del gobierno de Ronald Reagan (1981-1989) puede conectarnos con los argumentos moralizantes de Fukuyama. En *Losing Ground* (1984), del autoproclamado libertario Charles Murray, aparecen normativamente los argumentos más difundidos desde la década de 1980 contra el Estado de Bienestar. La analogía con *Identity* es fulminante, sobre todo cuando Murray afirma de forma categórica: «tratamos de dar más a los pobres y, en cambio, producimos más pobres. Intentamos eliminar las barreras para escapar de la pobreza y sin darnos cuenta construimos una trampa»⁴². Ahí hallamos el triple *pathos* de la persuasión reaccionaria enunciado por Hirschman: la «perversidad», la «futilidad» y el «riesgo»; toda reforma estructural o cambio institucional terminará de una u otra manera en alguno de esos indeseables lugares. Pero el *pathos* de la moralidad liberal, conservadora, o progresista, suele desvanecerse ante el *logos* de las evidencias del registro histórico.

¿Cuáles fueron, entonces, los factores perturbadores que contribuyeron a desintegrar el keynesianismo de posguerra cuya política económica había

40 Francis Fukuyama, *Identity*, cit., pp. 105 y ss.

41 Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction*, cit., pp. 29-30.

42 *Ibidem*, p. 29.

contenido por primera vez la desigualdad extrema haciendo de la democracia algo más que una simple palabra? Todo comenzó en el seno imperial. El enorme gasto fiscal de la guerra del Mundo Libre contra el comunismo, iniciada durante la transición del New Deal a la Doctrina Truman entre 1945 y 1947 y brutalmente visible durante la guerra de Vietnam (1955-1975), se combinaría con una triple crisis económica de rentabilidad, energética e inflacionaria. Ninguna de ellas debe ser considerada de forma aislada. Así, mientras la Gran Sociedad de Lyndon Johnson (1963-1969) perseguía la pacificación y luchaba contra la pobreza doméstica mediante políticas sociales, las masacres, el uso sistemático de la tortura y las bombas caían sobre Vietnam para aplastar definitivamente –como había dicho Kennan en 1949– «el imperialismo rojo»⁴³. El gasto militar de la masacre se ajustó con la crisis de los precios del petróleo en el simbólico año de 1973, creando un enorme déficit fiscal que se combinaría dramáticamente con la crisis de rentabilidad ya visible desde finales de la década de 1960⁴⁴. A su vez, la crisis inflacionaria se combatió desde el control de mando de la Reserva Federal con el *shock* de Volcker, elevando los tipos de interés nominal en julio de 1981 hasta el 19,8 por ciento, dejando a su paso unos niveles de desempleo similares a los de la Gran Depresión. Pero la decisión neoconservadora de atacar la inflación con la subida de los tipos de interés no solo provocó una destrucción de empleo, empresas y sindicatos, también benefició a los titulares de capital financiero y dejó a los países endeudados del Tercer Mundo bajo la hegemonía del dólar estadounidense. Puede que el camino fuera espinoso pero el objetivo era claro. Los animales rentistas lograron satisfacer su reprimida aversión contra el keynesianismo y fortalecieron su poder a través de la progresiva liberalización normativa que destruyó las restricciones que se habían impuesto a las actividades financieras desde los años del New Deal. Ahora, una vez más, y por usar un paralelismo con los «felices años veinte»: «los más ricos se enriquecían mucho más deprisa que los pobres dejaban de serlo»⁴⁵.

La crisis de la década de 1970 resquebrajó los controles gubernamentales sobre el capital y puso fin al sistema de Bretton Woods. Cuando Johnson abandonó la Casa Blanca, el nuevo presidente Richard Nixon (1969-1974) incorporó un selecto repertorio de funcionarios «armados con las teorías de Milton

43 Perry Anderson, *Imperium et Consilium*, cit., pp. 44, 85-86.

44 Para un análisis histórico-económico y comparativo del auge y la crisis del capitalismo desde la segunda posguerra mundial, alejado de los clichés deterministas que algunos sectores intelectuales creen haber leído en Marx, véase Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence. The Advanced Capitalist Economies from long Boom to long Downturn, 1945-2005*, Verso, Londres, Nueva York, 2006.

45 Véase el ya clásico pero irremplazable ensayo de John K. Galbraith, *El crac del 29*, Barcelona, Ariel, 1976, p. 32.

Friedman y con estrechos lazos con Wall Street»⁴⁶. Su objetivo era impedir a toda costa que los gobiernos se vieran sobrepasados por las «demandas populares». La democracia ya no era, si es que alguna vez lo había sido, la afortunada fórmula atribuida a Abraham Lincoln, el «gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo»; ahora, el gobierno del capital financiero era el que dictaba las reglas en el nuevo orden nacional e internacional. ¿Significa esto que la era de los Estados nacionales había finalizado otorgando todo el poder a las multinacionales y a los bancos centrales? En absoluto. Históricamente, el dinero existe y engorda, y se «vuelve rentable» a través de la inevitable relación entre la soberanía del Estado y los arreglos del mercado financiero cuyas actividades contractuales deben ser respaldadas por una «autoridad pública coercitiva»⁴⁷. No obstante, a partir de aquel momento los Estados debían dejar atrás los «sistemas de bienestar» y, sobre todo, evolucionar hacia «regímenes destinados a facilitar y mantener expedito el libre flujo de capitales en todo el globo»⁴⁸. El camino de servidumbre neoliberal emprendido con vehemencia por la administración Reagan, que analizaremos más adelante, había quedado despejado. Pero la retórica reaccionaria no pertenece en exclusiva al campo de la política conservadora. Disfrazados de liberalismo multicultural y reivindicaciones de género, los sucesores demócratas de los republicanos Nixon y Reagan iban a llevar mucho más lejos la contrarrevolución neoliberal. De hecho, sería la administración de Bill Clinton (1993-2001) la que estableció un espacio jurídico virtualmente ilimitado para la codicia y la especulación sin precedentes en la historia de las finanzas cuando el 11 de noviembre de 1999 sancionó la *Gramm-Leach Bliley Act*. A partir de entonces la privatización de la esfera pública y la reducción impositiva a las grandes fortunas, ya agravada desde Reagan –con independencia, como diría John Stuart Mill, de si sus rentas crecían mientras sus propietarios dormían⁴⁹–, fue la alternativa a la socialdemocracia del apostolado neoconservador.

Por su parte, en Gran Bretaña, la orilla neoliberal atlantista, la crisis de finales de la década de 1960 y sobre todo la siguiente, proporcionó «el primer y decisivo test de la confrontación entre las soluciones radical-democrática y capitalista financiera»⁵⁰. Pero la crisis británica que estableció el espacio político para la entrada del neoliberalismo, fue en ciertos aspectos diferente a la

46 Leo Panitch, «El nuevo estado imperial», *New Left Review*, 3, 2000, pp. 5-18, cita p. 10.

47 Wolfgang Streeck, «¿El cuarto poder?», *New Left Review*, 110, 2018, pp. 151-161, cita pp. 154-155.

48 Leo Panitch, «El nuevo estado imperial», cit., p. 10.

49 Véase en John Stuart Mill (1848/2004), *Principles of Political Economy, with Some of their Applications to Social Philosophy*, Hackett Publishing Company, Inc. Indianapolis/Cambridge, pp. 219-220.

50 Leo Panitch, «El nuevo estado imperial», cit., p. 11

estadounidense. A diferencia del *Imperium* norteamericano, involucrado en guerras calientes como la de Vietnam en el contexto de la Guerra Fría, los gobiernos laboristas de la década de 1960 mantuvieron una relación relativamente distante con esta dinámica belicista, evitando de paso los traumas domésticos de una guerra del todo impopular. Es cierto que los vestigios coloniales del Imperio británico todavía creaban ciertas tensiones en la metrópoli y, en ocasiones, la *Union Jack* era blandida en conflictos sangrientos en antiguas colonias como en la guerra de Biafra (1967-1970) en Nigeria, que se había independizado del dominio colonial británico en octubre de 1960⁵¹. De hecho, el Partido Laborista continuó siendo el «ayudante de campo de Washington», justo cuando se intensificaba la guerra en el sureste asiático, al mismo tiempo que persistía en sus propias operaciones coloniales en Asia y otros emplazamientos⁵². En cualquier caso, la descolonización era un hecho imparable y Gran Bretaña no podía mantenerse al margen de la historia, aunque el neocolonialismo, especialmente el comercial, iba a ser con frecuencia más lucrativo y destructivo que las antiguas formas de dominio directo. Sin embargo, como ha escrito David Harvey en su *Breve historia del neoliberalismo*, la señal más importante de la «presencia imperial británica», y la que más conflictos de clase generó, fue la relevante continuidad de la City de Londres como centro de gravedad de las finanzas internacionales, especialmente cuando se escucharon los primeros ecos de las turbulencias de la crisis a finales de la década de 1960⁵³. Es cierto que la defensa del corazón financiero del Imperio británico no fue una cuestión de *tories* ni se había originado en aquella década. Durante los años treinta fue nada menos que J.M. Keynes –a pesar de su vehemente y racional «eutanasia del rentista»– quien siguió considerando la City no solo imprescindible para estimular la economía global, sino también para afirmar el «liderazgo de Gran Bretaña como gran potencia junto a Estados Unidos, la cual contaba además con una moneda internacional independiente»⁵⁴.

Así, a mediados de 1960, con las primeras señales de crisis internacional y ante el hundimiento de la libra esterlina, el primer gobierno laborista de Harold Wilson (1964-1970) no dudó en apaciguar a la City protegiendo la moneda a través de un préstamo internacional y una «contracción deflacionaria», al mismo tiempo que intentaba terminar con la «militancia sindical en el país», lo cual preparó el terreno para la crisis política «característica de los seis

51 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007, p. 65.

52 Véase Perry Anderson, «¿Ukania perpetua?», *New Left Review*, 125, 2020, pp. 41-115, cita p. 44.

53 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 65.

54 Perry Anderson, «¿Ukania perpetua?», cit., p. 77.

años siguientes»: el principio y hundimiento de la huelga de los marineros, el estallido de revueltas estudiantiles, «la rebelión católica en el Ulster, el surgimiento del neonacionalismo en Escocia y la aparición de los primeros indicios de racismo popular en Inglaterra»⁵⁵. Durante la siguiente década, plenamente inmersos en la crisis de acumulación y competitividad del capital, se pusieron de relieve mucho más las contradicciones inevitables entre los intereses de los sectores industriales y los del capital financiero, salvaguardados estos últimos por la fortaleza financiera de la City y su lucha por la supremacía de los mercados globales. Así pues, dado que el objetivo de las políticas monetarias era mantener una libra fuerte manipulando los tipos de interés en beneficio de los animales rentistas, las exportaciones industriales se debilitaron y la balanza de pagos entró en crisis⁵⁶. En 1974, las huelgas de trabajadores de la construcción y de la minería se ajustaron con una inflación del 26 por ciento y un desempleo que afectó a más de un millón de trabajadores, acabando en un virtual «estado de emergencia» que derrocó al gobierno conservador de Edward Heath (1970-1974). Tras un interludio de dos años del segundo Wilson, la nueva administración de James Callaghan (1976-1979) –cuyo ministro de Hacienda, Danis Healey, declaraba enérgicamente que iba a «exprimir a los ricos hasta que sus huesos crujieran»–, desencadenó la furia de los mercados financieros que atacaron sin piedad la libra esterlina⁵⁷. Además, los términos en los que el nuevo gobierno laborista pretendía llevar a cabo la pacificación social eran del todo inalcanzables en un contexto de incremento del déficit fiscal y crisis estructural. El ejecutivo tuvo que solicitar un préstamo con onerosas cláusulas al Fondo Monetario Internacional, lo que precipitó otra oleada de huelgas durante el «invierno del descontento de 1978-1979»⁵⁸.

De este modo, las autoridades laboristas se situaron ante el crudo dilema de someterse a las inflexibles condiciones de austeridad presupuestaria decretadas por el FMI, o bien «declararse en quiebra» sacrificando la «integridad de la libra esterlina», lo que se traduciría políticamente en un golpe mortal a los intereses financieros de la City. Se optó por la vía de la consolidación fiscal, implementando «recortes presupuestarios draconianos» en los gastos destinados a políticas sociales y desmantelando los «controles británicos sobre la entrada y salida de capitales». Era el momento propicio para atacar al Estado de Bienestar de posguerra que «nunca fue del agrado de todos». Los nivelado-

55 *Ibidem*, p. 44

56 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 64-65.

57 Véase Leo Panitch, «El nuevo estado imperial», cit., p. 10; y David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 63.

58 Véase Perry Anderson, «¿Ukania perpetua?», cit. p. 48.

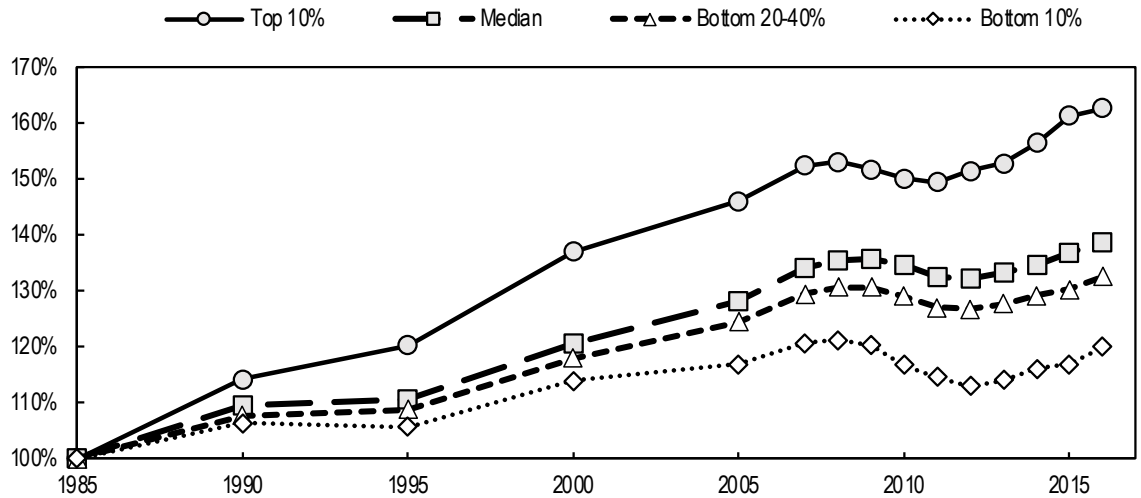
res de opinión pública, entre los que destacaba la autorizada voz del *Financial Times* y fundaciones como el venerable Institute of Economic Affairs (creado en 1955) o el Adam Smith Institute (1977) y el Centre for Policy Studies (1974), terminaron subordinados a los intereses financieros y tradicionalmente antikeynesianos de la City, propagando mensajes que describían el individualismo, los derechos sociales y la libertad en términos antagónicos a la rígida burocracia del poder sindical y del aparato estatal. Incluso los movimientos contraculturales del 68, sobre los que volveré más adelante, que atacaron sin piedad a los «privilegios de clase» y a las estrictas convenciones sociales y burocráticas, de forma tácita y con frecuencia involuntaria, despejaron el camino político hacia la neoliberalización. Todos estos factores se combinaron de tal modo y llegaron a tal extremo que cuando Margaret Thatcher llegó al número 10 de Downing Street en mayo de 1979 pudo jactarse, y no le faltaban argumentos, de que «ella tan sólo estaba aplicando la política laborista»⁵⁹.

I.4. Consecuencialismo

Las consecuencias de la indómita revolución neoliberal fueron globales, aunque al principio tuvieran un carácter local. Si la era keynesiana de posguerra había controlado políticamente la naturaleza del capitalismo, es decir, la acumulación y concentración virtualmente ilimitada de capital, distribuyendo el crecimiento económico entre amplias capas sociales a través del Estado de Bienestar y de la política fiscal, la contrarrevolución neoliberal de la década de 1980 derribó (desreguló en el vocabulario político de perfil izquierdista) todos los límites keynesianos o, más preciso, creó toda una vasta masa normativa para que la balanza entre el capital y el trabajo se inclinara insensiblemente en favor del primero. Desde aquella década, los efectos combinados de la desindustrialización, la deslocalización y subcontratación a terceros (*outsourcing*), el declive progresivo del poder sindical, el asombroso incremento de la financiarización, la devaluación salarial y el aumento de los precios sin precedentes de los bienes y servicios básicos como la vivienda, así como la comercialización y privatización de los sistemas sanitarios y educativos, culminaron con la crisis financiera de 2008 y la imposición de políticas de contención del gasto público. Como consecuencia, el terco incremento de las desigualdades de poder económico, de riqueza patrimonial o de ingresos, y el descenso general de las condiciones de vida del gran público, actuaron a favor del retroceso de las instituciones democráticas.

⁵⁹ Véase, respectivamente, David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 66-67; Leo Panitch, «El nuevo estado imperial, cit., p. 11.

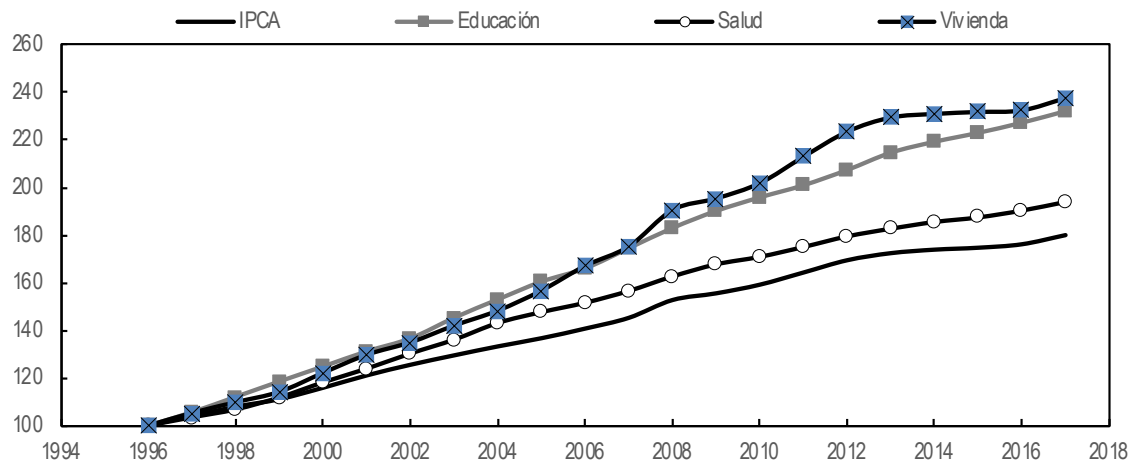
FIGURA 1: *La redistribución de ingresos hacia el top 10 (1985-2015)*



Promedio no ponderado de 17 países de los que se disponen datos a largo plazo: Canadá, Alemania, Dinamarca, Finlandia, Francia, Reino Unido, Grecia, Israel, Italia, Japón, Luxemburgo, México, Países Bajos, Noruega, Nueva Zelanda, Suecia y Estados Unidos. Fuente: OECD (2019).

FIGURA 2: *La Democracia de Mercado*

Los precios de bienes y servicios esenciales (y constitucionales) sufrieron un incremento superior a la inflación general (1996-2018).



IPCA (Índices de Precios de Consumo Armonizados). El promedio de la OCDE incluye los siguientes países: República Checa, Dinamarca, Estonia, Finlandia, Francia, Alemania, Grecia, Hungría, Islandia, Irlanda, Italia, Letonia, Luxemburgo, Países Bajos, Noruega, Polonia, Portugal, República Eslovaca, Eslovenia, España, Suecia, Suiza, Turquía, Reino Unido. Fuente: OECD (2019).

El caso más ilustrativo y sorprendente fue el de Suecia, inspiración nórdica de la justicia social y espejo de la democracia europea; en este país escandinavo a pesar de que la tasa de renta disponible no dejó de crecer desde la década de 1980, su distribución terminó concentrada de forma abrumadora en el 0,1

por ciento de la estructura social, cuyos selectos miembros después de exacciones tributarias disponían de una renta «treinta y ocho veces superior a la del asalariado medio». De hecho, los niveles de concentración de riqueza y de desigualdad alcanzados en la Suecia de las primeras décadas de este siglo mantenían un patrón similar al de Brasil, Estados Unidos o Sudáfrica⁶⁰. En el Reino Unido, cuarenta años de thatcherismo o, aún peor, de blairismo habían dejado un saldo de 14 millones de pobres (ONU, 2019). En España, cuarta economía de la eurozona, según los estándares convencionales, un año antes de la pandemia, la pobreza y la exclusión social afectaban al 26,1 por ciento de su población. Tras algo más de diez años transcurridos desde la Gran Recesión de 2008, Naciones Unidas informaba que el 21 por ciento de la población europea, es decir, algo más de 92 millones de personas, vivía en la pobreza (unos 20 millones de niños sufrían esta lamentable situación) (ONU, 2020). Fuera de las democracias posindustriales, el vuelco neoliberal, cuyo epicentro histórico se situó en el Chile pinochetista (1973), se produjo en el contexto del fin de las experiencias desarrollistas durante la década de 1970 y el inicio de la pesada carga de la deuda en todo el Sur global. Allí, las instituciones supranacionales de Bretton Woods, es decir, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional junto al Departamento del Tesoro de Estados Unidos, introdujeron las pautas oportunas para tutelar al Tercer Mundo.

La tendencia política general, con sus variaciones regionales y entre países, al parecer no era otra que la de nivelar la desigualdad de las clases sociales más desfavorecidas y de hundir en el pozo de la deuda a las clases medias de cualquier parte del mundo. En India, la democracia más populosa del planeta y una promesa de desarrollo emergente, en torno a la mitad de su población sufría «retrasos en el crecimiento físico y mental durante la niñez», un problema que probablemente arrastrarían toda la vida. Pero también en el Reino Unido la «impronta de clase» era ya «visible a la edad de veintidós meses». Durante los primeros años del siglo actual, el PIB *per cápita* de la economía estadounidense medido en dólares internacionales era solo cuatro veces superior al de China. El del continente africano únicamente 1,9 veces mayor que los niveles que tenía en 1970. América Latina no mantuvo un ritmo de crecimiento constante y sólido como «para empezar a converger con Europa y América del Norte». En cualquier caso, el modelo de desarrollo dominan-

60 Véase Göran Therborn, «El ocaso de la socialdemocracia sueca», *New Left Review*, 113, 2018, pp. 7-29, cita pp. 11-13. La desigualdad, al contrario de lo que comúnmente se difunde por los medios, se ha disparado en Suecia con más fuerza que en el resto de los países de Europa occidental. «Quizá el factor más importante haya sido el cambio de orientación de los dirigentes del SAP –partido Socialdemócrata sueco– que han abandonado cualquier preocupación significativa por la desigualdad y la justicia social».

te provocó un resultado sorprendentemente opuesto: en vez de incentivar a América Latina a «europeizarse», incentivó a los países miembros de la OCDE a «bananizarse»⁶¹. La desigualdad, en cualquiera de sus infames formas, era ya un espectro global, a la vez que la pobreza era censurada como un fracaso personal. Pero esto no era todo.

La pérdida de estabilidad en los mercados laborales, acompañada del descenso o estancamiento salarial, factores más acusados con cada crisis económica y con el recrudescimiento normativo en nombre de la «flexibilidad», fueron minando gradualmente las promesas materiales de la democracia de la segunda posguerra. Y es que, como escribió Lyotard, el «contrato temporal» no es solo una cuestión económica, sustituye, además, a las «instituciones permanentes en la esfera profesional, emocional, sexual, cultural, internacional y familiar, así como también en los asuntos políticos»⁶². Empleos mal pagados, emprendedores neoestajanovistas y contratos frecuentemente eventuales, constituyeron el nuevo código genético de los mercados de trabajo de las sociedades posindustriales. El heterogéneo sector servicios podía absorber al escribir esto entre el 70 y el 80 por ciento de la mano de obra global de los países de renta elevada, pero también sucedía en Irán, Turquía, México, Brasil, Sudáfrica o Nigeria. La economía posindustrial que afrontaba los problemas del siglo XXI ya no era la economía fordista keynesiana, como tampoco era la que presagió Daniel Bell en 1973: «en vez de una economía de investigadores, instructores de tenis y cocineros con estrellas Michelin, el nuestro es un mundo mayoritariamente de peluquerías, servicio doméstico, vendedores de fruta y encargados de estanterías en Walmart». El número de trabajadores explotados y abandonados a su suerte no ha dejado de crecer en los mercados laborales occidentales. Entre el gobierno de François Mitterrand (1981-1995) y el socialista de François Hollande (2012-2017), el trabajo precario en Francia ascendió del 21 al 34 por ciento. Durante el mandato neoliberal de Emmanuel Macron, la desregulación del mercado laboral, la flexibilidad y una férrea disciplina fiscal permitieron ampliar las expectativas de un nuevo darwinismo social. En el hegemon europeo, Alemania, donde se fue extendiendo el malestar social y político desde las últimas décadas, el empleo precario creció del 25 por ciento en la década de 1980 al 39 en 2013. En algún momento de la larga era Merkel (2005-2021) los salarios reales del 21

61 Véanse, respectivamente, Göran Therborn, «Dinámicas de la desigualdad», *New Left Review*, 103, 2017, pp. 69-89, citas pp. 70,76-77; José Gabriel Palma, «América Latina en su 'Momento Gramsciano'. Las limitaciones de una salida tipo 'nueva socialdemocracia europea' a este impasse», *El Trimestre Económico*, 87 (348), 2020, pp. 985-1031.

62 Jean-François Lyotard, *The Postmodern Condition*, Manchester, Manchester University Press, 1984, cit. en David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 8.

por ciento de la población activa habían descendido, o estaban estancados, y la misma proporción vivía al borde de la pobreza. En Italia, el empleo desregulado y precario ascendió desde el 29 por ciento en 1985 al 40 en 2013. Después del miasmático berlusconismo, un banquero y expresidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi, dispuso a los cuadros de la gerencia empresarial para disciplinar aún más a los mercados laborales italianos. Desde hace años, las formas más infames de contratación se han extendido en la tierra de Gramsci: «subcontratación de tareas, trabajo regular de guardia, trabajo intermitente e incluso formas de trabajo gratuito». En Japón, Corea del Sur y en todos los países de la OCDE se hacía patente la misma tendencia. En la Europa neoliberal del siglo XXI, unas 55.000 agencias suministraban a la *gig economy* centenares de miles de trabajadores cuyos salarios no superaban unos miserables 3,5 euros por hora. Como en la película dramáticamente realista de Ken Loach *It's a Free World* (2007), cuando finalizaban la tarea para la que habían sido contratados eran expulsados de nuevo a la jungla humana. Al otro lado del Atlántico, en la economía estadounidense, el desempleo era corregido rápida y severamente gracias a que en torno al 30 por ciento de su población activa no disfrutaba de ingresos ni ocupación estables. El trabajo ya no era el «nombre del Mesías del tiempo nuevo», por usar la optimista expresión del filósofo alemán Josef Dietzgen (1828-1888). La incertidumbre y la precariedad resumían de forma angustiosa la vida de la gente corriente⁶³. Es difícil concebir una combinación más explosiva. Sin duda, a su debido tiempo, esta dinámica destructiva de la sociedad civil tendría sus respuestas.

De hecho, todos los factores apuntados actuaron como caldo de cultivo del auge de una política revanchista cargada de resentimiento contra el *establishment* económico y político. La democracia parecía haber quedado suspendida en el vacío. Un vacío que comenzó a cubrirse con posiciones ideológicas que decían defender los intereses antagónicos del *statu quo* arraigado en los partidos tradicionales. Por su parte, estos no tardaron en responder ante la «amenaza letal» que suponía para las democracias liberales la emergencia del extremismo político. El concepto empleado en las reyertas políticas y entre los medios de opinión pública no fue otro que el de «populismo», en el que fueron estrujadas o estiradas con una lógica *procusteana* todas las «tendencias

63 Véanse al respecto, Aaron Benanav, «La automatización y el futuro del trabajo II», *New Left Review*, 120, 2020, pp. 125-158, cita p. 135; «La automatización y el futuro del trabajo I», *New Left Review*, 119, 2019, pp. 7-44; Pietro Basso, «Italie. Premier semestre de l'ère Draghi: optimisme de régime et massacre social en cours», *Al'encontre*, 13 de junio de 2021; Josep Fontana, *Capitalismo y democracia, 1756-1848. Cómo empezó este engaño*, Crítica, Barcelona, 2019; Germán Carrillo García, *Interpretar el mundo. Ensayos sobre la crisis de las sociedades contemporáneas*, Calblanque ed., Cartagena, 2022.

y organizaciones de izquierda y de derecha que rechazaban la lógica TINA (There Is No Alternative) de la política responsable bajo las condiciones de la globalización neoliberal»⁶⁴. De este modo, la etiqueta «populista», imprecisa como pocas otras, terminaba colgada de forma irremisible en el cuello de todos aquellos que osaban «criticar el *diktat* de las oligarquías económico-financieras». Como afirmó D'Eramo con la debida causticidad, «mientras vacían la democracia de todo contenido, acusan de pulsiones autoritarias a cualquiera que se oponga a este vaciamiento»⁶⁵. «Populismo» se había convertido en un término peligroso, tal como ocurrió en el pasado cuando los espíritus conservadores (y liberales) mostraron serias suspicacias frente al sufragio universal y, por tanto, a la participación de las masas en la política pública. Como proclamaba el doctor Stockmann de la novela *An Enemy of the People* (1882) de Henrik Ibsen: «la mayoría tiene el poder, desgraciadamente [...] pero ¡la mayoría no tiene razón! ¡Los que tienen razón son unos pocos individuos aislados como yo! ¡La minoría [el *statu quo* económico y político, podríamos actualizar nosotros] siempre tiene razón!»⁶⁶. «Ningún gobierno por una democracia o una aristocracia numerosa ha sabido elevarse sobre la mediocridad» —escribió en *On Liberty* (1859) el gran John Stuart Mill—, únicamente cuando el «soberano Muchos» se ha dejado llevar por los «consejos e influencia de Uno o Varios mejor dotados e instruidos», entonces el gobierno ha podido ser, «como en los mejores tiempos», provechoso⁶⁷. Pero nuestro mundo no pertenecía a la era victoriana, como tampoco al turbulento período de entreguerras,

64 Wolfgang Streeck, «El retorno de lo reprimido», *New Left Review*, 104, 2017, pp.7-21, cita pp. 16, 13.

65 Sobre las ambigüedades y avatares del término «populismo» a lo largo de su historia, véase el extenso y elocuente ensayo de Marco D'Eramo, «El populismo y la nueva oligarquía», *New Left Review*, 82, 2013, pp. 7-40. Naturalmente, como escriben Cas Mudde y Cristóbal Rovira, aunque las críticas contra el *establishment* por parte de los partidos populistas, con frecuencia no carecen de serios fundamentos, el «populismo» tiene también una cara oculta en su interpretación «monista» de la comunidad y en su noción de «voluntad general» del pueblo, que «podría dar pie al respaldo de tendencias autoritarias». Véase en su obra *Populism. A Very Short Introduction*, Oxford University Press, 2017, pp.17-18. Sin duda, este «lado oscuro» de la democracia estaba ya implícito en el pensamiento del mismo John Stuart Mill, o en una fuente más remota como la del padre de la politología moderna, Niccolò Machiavelli, cuando afirmó que, el «Principado se convierte fácilmente en *Tiranía*; desde la *Aristocracia* es fácil la transición a la *Oligarquía*; la *Democracia* se convierte sin dificultad en *Anarquía*». Véase Neil Davidson, *Transformar el mundo*, cit., p. 44.

66 Véase Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction*, cit., pp. 22-23.

67 John Stuart Mill, *On Liberty*, Batoche Books, Kitchener, Ontario, 2001, p. 62. Probablemente, el precursor del voto como un acto relativamente inocuo y, al mismo tiempo, como una forma de apaciguar al cuerpo social y ajustarlo a la normatividad del *statu quo* fue Léon Gambetta, padre de la Tercera República francesa. El 9 de octubre de 1877, implorando especialmente a los sectores conservadores para que apoyaran el sufragio universal, afirmó: «¿Cómo pudieron dejar de ver que con el sufragio universal —siempre que lo dejen funcionar libremente y respeten, una vez que haya hablado, su independencia y la autoridad de sus decisiones—, como pudieron dejar de advertir, pregunto, que tienen ustedes aquí un instrumento para terminar todos los conflictos pacíficamente, y para resolver todas las crisis?». Y concluía: «¿Cómo pudieron dejar de entender que, si el sufragio universal funciona en plenitud de su soberanía, la *revolución ya no es posible* porque la *revolución ya no puede intentarse* y que ya no debemos temer un *coup d'état* cuando Francia haya hablado?». Véase, Albert O. Hirschman, *Shifting Involvements*, cit., pp.113-115.

a pesar de los graves y evidentes síntomas de auténtica regresión social y política. Era otro drásticamente transformado en el que las tenaces restricciones a la soberanía popular podían representar un peligro para el gobierno de la democracia de mercado.

Lo cierto es que el «pueblo» que había surgido de los escombros neoliberales sentía que la palabra democracia y sus expectativas, sobre todo para aquellas generaciones que habían vivido años de prosperidad y seguridad económica, se habían roto en mil pedazos. Desde esa perspectiva, el malestar en las instituciones democráticas y los problemas de gobernabilidad en general no habían sido originados por la entrada, para muchos analistas inesperada, en la escena política de los partidos «populistas». Contrariamente a la opinión más difundida, estos no dejaban de ser un epifenómeno o, más preciso, una consecuencia de la terca erosión democrática provocada por la lógica política de medio siglo ininterrumpido de la «ideología más exitosa de la historia de la humanidad», el neoliberalismo⁶⁸. Los regímenes neoliberales, con sus respectivas variaciones nacionales, mantenían a raya las disidencias políticas que pretendían transgredir sus fronteras ideológicas. El keynesianismo, cualquier atisbo de planificación económica socialista, incluso la economía mixta, con su extraordinario éxito de posguerra, eran ideas que habían sido desacreditadas, cuando no apartadas para siempre a la papelera de la historia.

De hecho, cuando el «pueblo» hablaba en las urnas y sus representantes electos pretendían sustituir la democracia de mercado por una «democracia popular», las instituciones supranacionales respondían rápida e insensiblemente, imponiendo el correcto orden moral de mercado. La «guerra financiera totalitaria» que lanzó el triunvirato formado por el BCE, la Comisión Europea y el FMI, la *troika* no electa, contra Grecia, después de que el partido de coalición de izquierdas SYRIZA, liderado por Alexis Tsipras, ganara las elecciones en enero de 2015 y, finalmente, claudicara ante el extremismo de la cúpula financiera de la eurozona, es un ejemplo significativo del castigo a los disidentes políticos. Como argumentó Yanis Varoufakis, Ministro de Finanzas del primer Tsipras, y una de las figuras más destacadas del partido heleno y de la izquierda occidental: el objetivo principal «para los socialistas, incluso los marxistas, es frenar la caída del capitalismo europeo para conseguir un tiempo suficiente para formular una alternativa»⁶⁹. Ante la descorazona-

68 Perry Anderson, «Las ideas y la acción política en el cambio histórico», en Atilio Borón *et al.*, (comp.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas*, CLACSO, Buenos Aires, 2006, p. 389.

69 Véase, respectivamente, Michael Hudson, *Matar al huésped. Cómo la deuda y los parásitos financieros destruyen la economía global*, Capitán Swing, Madrid, 2018, pp. 387, 389-390, 637; Neil Davidson, «Is Social Revolution Still Possible in the Twenty-First Century?», *cit.*, pp. 109-110.

da derrota de la izquierda, esta parecía compensarla con la imposibilidad de una política de reemplazo de perfil socialista. Era evidente, en principio, que el mantra thatcheriano había alcanzado una hegemonía global, totalizadora, dejando las alternativas a los regímenes de antivalor neoliberales fuera de la capacidad imaginativa de cualquier posición política e intelectual. Sin embargo, ¿significa esto que, lisa y llanamente, los movimientos sociales y políticos de izquierdas se habían extinguido de la faz de la política contestaría? La respuesta no puede ser afirmativa; de hecho, habían sido extraordinariamente vibrantes aunque en cierto modo, y como un inevitable reflejo de la anatomía de la sociedad civil posmoderna, la fragmentación e incluso la colisión de intereses era su rasgo más marcado.

Un síntoma de esa incapacidad para imaginar una alternativa sistémica se volvió a poner de relieve cuando, en diciembre de 2019, el partido político Frente Amplio –partido chileno formado por diversas coaliciones políticas de izquierdas– ganó las elecciones, situando en el Palacio de la Moneda al primer presidente nacido después del Golpe de Estado neoliberal de 1973. Aunque parecían renacer las esperanzas para la izquierda latinoamericana, la brecha que separaba los propósitos del nuevo Ejecutivo (sin duda suficientemente racionales como por ejemplo barrer el tradicional bipartidismo político) de las urgencias sociales y económicas de las clases menos favorecidas, era sorprendente⁷⁰. A pesar de que existía cierto consenso en dejar atrás las políticas antisociales, la lógica política de la dinámica económica neoliberal no sufrió alteraciones sustanciales. Paradójicamente, la alternativa para la izquierda latinoamericana parecía residir en la socialdemocracia europea cuya política social había dejado en el pasado, al menos desde los años noventa, la agenda económica distributiva del Estado de Bienestar en favor del capital (financie-

70 Como en tantas ocasiones fue Hobsbawm el que observó con asombrosa anterioridad esta constante cuando afirmó que con demasiada frecuencia las aspiraciones de «transformación social» de la nueva clase media «constituían una protesta más que una aspiración». Podían autodefinirse como «anticapitalistas», aunque no tenían una «idea clara del capitalismo», y mucho menos de lo que proponían como alternativa a éste». Véanse al respecto los trabajos de Eric Hobsbawm, «La izquierda y la política de la identidad», *New Left Review*, 0 (2a época), 2000, pp.114-125 y *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*, Crítica, Barcelona, 2012, p. 422. Del caso chileno, analizado por José Gabriel Palma, se desprende una lógica política similar. Mientras las generaciones jóvenes de clase media, o aspirantes a serlo, reclaman derechos individuales que creen fundamentales como, por ejemplo, la extraña e inquietante explosión de diversidad sexual, la economía chilena no se ha despegado de una renta ricardiana pasiva, basada en regímenes extractivistas de cobre, litio y otros recursos naturales que son exportados a los mercados globales, fundamentalmente hacia China, sin valor agregado. Véase José Gabriel Palma, «América Latina en su 'Momento Gramsciano'», cit. En Finlandia, país del norte de Europa emblemático del Estado de Bienestar, la derrota de los gobiernos de centroizquierda durante los últimos años obedece fundamentalmente a una constante occidental, a saber, decretar reformas sociales ambiciosas pero no proporcionar los medios materiales y fiscales para financiarlas. Véase al respecto, Tatu Ahponen, «What Happened in Finland», *Tribune*, 5 abril de 2023. Disponible en: <https://tribunemag.co.uk/2023/04/what-happened-in-finland>

ro). Como dijo en una entrevista en el *Wall Street Journal* el 23 de febrero de 2012 uno de sus sepultureros y entonces presidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi: «el modelo social europeo está muerto»⁷¹.

Y es que, como observó perspicazmente Habermas, el *neoliberal turn* no solo conllevó un «vaciamiento de la sustancia democrática de los Estados», o un incrementalismo de la desigualdad social y la ruptura de los vínculos sociales; también se produjo un drástico «cambio en las mentalidades y modos de vida». En todas partes, señala el filósofo, se hicieron visibles al menos dos síntomas que nos separan radicalmente y para siempre del pasado; por un lado, estaban la búsqueda incesante y casi desesperada de la «recompensa económica de los modelos de comportamiento egocéntrico», la desafección de cuestiones políticas y la propagación de «orientaciones de vida libertarias» siguiendo el modelo de Silicon Valley; un comportamiento que afectaba especialmente a las clases sociales más educadas y flexibles; y, por otro, el ascenso del «trumpismo», abrazado por un espectro social que se sentía huérfano o marginado de la política. Su conclusión no podía ser más contundente y expresiva de la realidad de nuestro tiempo: «Si no me equivoco el efecto imponente de una comercialización creciente del mundo consiste en la retirada de la conciencia normativa de las esferas sociales que dependen de una disposición para cooperar y de un compromiso colectivo»⁷².

En otras palabras, es evidente que no estábamos solo ante un problema de tipo económico, no al menos en el sentido que lo entiende la disciplina académica así denominada. El *neoliberal turn* fue algo más que el dominio instrumental y hegemónico del reino de los mercados financieros como única alternativa plausible en la nueva era presuntamente posideológica surgida tras la Guerra Fría. El neoliberalismo conllevó la consumación del liberalismo, al menos tal como lo habían entendido los autores clásicos, e incluso en ciertos aspectos podía ser considerado como su antinomia política y económica. La literal absorción de la socialdemocracia y de gran parte de la izquierda a los postulados del nuevo credo no fue solo una cuestión de pragmatismo político ante un mundo en el que los émulos del capitalismo occidental parecían haber sucumbido tras la caída del contraejemplo soviético, fue también el resultado de una batalla ideológica.

71 Marco D'Eramo, *Dominio. La guerra invisible de los poderosos contra los súbditos*, Anagrama, Barcelona, 2022, p. 122.

72 Véase Jean-Marc Durand-Gasselín, «Sobre la política y la historia. Entrevista con Jürgen Habermas», *Ideas y valores*, vol. LXIX, n. 172, 2020, pp. 169-187.

II. GENEALOGIAS

II.1. La batalla de las ideas: la década de 1970

Las raíces históricas del cambio de paradigma político, tal como se ha dicho, se hallan en la turbulenta década de 1970, que en el ápice de la globalización de la década de 1990 pondría en circulación mundial los discípulos políticos del tándem Reagan-Thatcher. La crisis económica, no obstante, estaba lejos de ser el único instrumento para crear un nuevo «sentido común» hegemónico en torno al neoliberalismo. No solo era necesario que se dieran las condiciones óptimas en el terreno económico para que se produjera el cambio ideológico, había que difundir y poner en práctica las ideas y experiencias simbólicas que sostenían y legitimaban el giro neoconservador. Todo comenzó, como de costumbre, en el seno del Estado imperial. En *Dominio* (2022) Marco D'Eramo sigue cuidadosamente las huellas de la hegemonía neoliberal trazando una línea genealógica que lo lleva desde las llanuras del Medio Oeste al «fatal memorando» de Lewis F. Powell Jr., suscrito el 23 de agosto de 1971, y, de ahí, hasta «The Structure of the Social Change» –panfleto inspirado en el modelo de producción hayekiano extrapolado al mundo de las ideas–, escrito en 1976 para las fundaciones Koch por un joven de veinticinco años llamado Richard Fink. Si la triple crisis económica de la década de 1970 (de rentabilidad, energética e inflacionaria) fue decisiva para despejar la pista ideológica de entrada al neoliberalismo, fueron las *pasiones* desencadenadas en un magnate del Medio Oeste, John Merril Olin (1892-1982) –fabricante químico y armamentístico–, consternado por las revueltas sociales de la década de 1960 en los campus universitarios, la insurrección de los guetos negros y la calumniosa derrota de Vietnam, las que lo llevaron a depositar sus *intereses* filantrópicos en la producción de ideas con el fin de restablecer el correcto orden moral del mundo. «Las ideas son armas, las únicas armas con las que se puede luchar contra otras ideas», afirmó William E. Simon secretario del Departamento del Tesoro bajo el gobierno de Gerald Ford (1974-1977) y futuro presidente de la fundación Olin. Aunque esta se disolvió en 2005 por deseo de su benefactor, que señaló expresamente que el dinero debía gastarse en el plazo de una generación tras su muerte, puso todo su empeño en financiar la causa intelectual de liberalismo extremo.

El puesto de relevancia de la fundación Olin en la propagación global de las ideas neoliberales no es arbitraria. El primer receptor relevante del dinero espiritual de la fundación fue el «memorando confidencial» del citado Powell –«punto de inflexión historiográfico» de la contraofensiva reaccionaria–, destinado a los miembros de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos bajo

el esclarecedor título *Ataque al sistema estadounidense de libre empresa*. La novedad de este texto incendiario –calificado como una «caricatura invertida del *¿Qué hacer?* de Lenin»⁷³– residía en que no cargaba las tintas contra los «extremistas» y disidentes de izquierdas. De forma sorprendente, ahora la némesis del neoconservadurismo apuntaba hacia los sectores sociales «moderados». ¿Quiénes podían ser los portavoces de esas temibles voces de la moderación? Powell no albergaba dudas al respecto. Los peligros se hallaban entre los «elementos respetables de la sociedad» estadounidense, es decir, en «los campus y universidades, en los púlpitos, los medios de comunicación, las revistas intelectuales y literarias, las artes, las ciencias, los políticos». No eran las movilizaciones incidentales y llenas de rabia de la Nueva Izquierda las que corrompían la correcta moral de la sociedad; al contrario, eran los «liberales» respetables y la amenazadora «influencia de los reformistas» los que generaban una desconcertante preocupación entre los magnates del *Midwest*. ¿Era correcto el afilado diagnóstico de Powell? Sin duda las ideas subversivas de los campus universitarios y de los departamentos de humanidades y economía eran armas que había que conquistar y reeducar, pero la sólida tradición de disidencia política del movimiento obrero y sindical, así como el ascenso político de partidos de perfil socialista y comunista en Europa y Estados Unidos desde la década de 1960 suponía, en aquellos momentos, una clara amenaza para el capital. ¿Qué hacer, entonces, ante el peligro que representaban los enemigos del orden moral de la libre empresa?

«El empresariado –señalaba Powell en un giro que debería remover al izquierdismo autocomplaciente con el *neoliberalism turn*– debe aprender la lección que hizo suya hace ya mucho tiempo el movimiento obrero [...] esta lección consiste en que el poder político es necesario; que este poder debe cultivarse con asiduidad y que, cuando sea necesario, debe usarse con agresividad y determinación, sin titubeos ni reticencias»⁷⁴. Durante los diez años que trascurrieron desde la arenga corporativa de Powell, el número de empresas afiliadas a la Cámara de Comercio estadounidense se multiplicó de forma asombrosa, pasando de unas 60.000 a rozar el cuarto de millón. Junto con la National Association of Manufacturers –fundada en Ohio en 1895 y desplazada a Washington en 1972– acumularon una «poderosa fuerza reivindicativa para presionar al Congreso y para estimular actividades de investigación». En el último año citado se fundó la Business Roundtable, una asociación for-

73 Véase Josep Fontana, *El siglo de la revolución*, cit., especialmente las páginas dedicadas a la contrarrevolución conservadora, pp. 447-485.

74 Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., pp. 17-21.

mada por cuadros ejecutivos empeñados en la «búsqueda agresiva del poder político» con el fin de favorecer los intereses lucrativos de las empresas⁷⁵. La lista de fundaciones y *think tanks* se haría cada vez más extensa y sobre todo poderosa. Algunas eran veteranas, como la Hoover Institution (1919) –fundación republicana creada por un futuro presidente de Estados Unidos, Herbert Hoover (1929-1933), institución que todavía no había abrazado en aquel momento la política reaccionaria–, o la American Enterprise Institute, creada en Nueva York, en 1938, por un grupo de empresarios de centroderecha guiados por el fabricante de asbesto Lewis H. Brown (1894-1951). Otras fueron fundadas al calor de la insurgencia neoconservadora y la reconstitución del poder de clase capitalista de la década 1970, como la poderosa Heritage Foundation (1973), o el Cato Institute (1977), fundado este último por los hermanos Koch. Todas ellas iban a minar definitivamente las «políticas paternalistas del New Deal», tal como las había calificado Friedrich von Hayek en *The Constitution of Liberty* (1960). El principio normativo del Imperio de la Ley del Estado de Derecho debía prevalecer, si fuera necesario, sobre la soberanía popular. «La democracia –afirmaba Hayek citando *Road of Reaction* (1945) de Herman Finer– degenera en demagogia si se parte del supuesto según el cual lo justo en una democracia es lo que la mayoría decide como tal»⁷⁶. El objetivo, por tanto, era doble y debía de llevarse a cabo de forma simultánea. Por un lado, había que tomar el poder del Estado inclinándolo a favor del capital las instituciones democráticas y, por otro, conquistar la *intelligentsia* de los campus universitarios con el fin de crear un nuevo sentido común que favoreciera los intereses privados de los sectores privilegiados, o al menos de aquellos que rechazaban el socialismo y la planificación típicamente keynesiana. Para lograrlo, llegaron a la conclusión de que la política era algo que había que comprar en vez de practicar. ¿Por dónde, pues, comenzar la «guerra de guerrillas» neoconservadora?

El primer asalto se dirigió contra los sindicatos que fueron rápidamente condicionados por los Comités de Acción Política (CAP) y las asociaciones empresariales; la influencia de los primeros, especialmente con respecto a su tradicional financiación de políticos demócratas, se inclinó a favor de los segundos. Las empresas comenzaron a actuar –tal como Powell había señalado– aplazando temporalmente su espíritu competitivo en beneficio de la formación de un bloque hegemónico con la finalidad dual de minar las políticas progresistas y alterar la legislación para favorecer una democracia de

75 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., pp. 51-52.

76 Friedrich Hayek, *The Constitution of Liberty*, The University of Chicago Press, Chicago, 1960, pp. 266, 107.

mercado. En 1976 la maquinaria legislativa del Tribunal Supremo dispuso de toda una serie de sentencias con el objetivo de establecer el derecho de las corporaciones empresariales a «realizar contribuciones ilimitadas» a los CAP y a los partidos políticos. La «libertad de expresión» de la Primera Enmienda, a la que se acogían las compañías y los jueces utilizaban para beneficio de estas, podía, a partir de ahora, traducirse literalmente como la libertad de los hombres de negocios para financiar el control político de la democracia. Cuando todavía no era más que el gobernador del estado de California, Ronald Reagan junto a William Simon «se tomaron la molestia» de solicitar a los CAP que pusieran todo su empeño en financiar a los candidatos republicanos «simpatizantes de la derecha»⁷⁷.

Por su parte, el partido demócrata, todavía con amplias bases populares, no podía, sin embargo, permitirse el lujo de prescindir del apoyo financiero del alto capitalismo persiguiendo una línea ofensiva contra este en nombre de una democracia del *popolo minuto*. Por esta razón, mientras los demócratas se ahogaban en la ambivalencia al representar los derechos de las minorías y los excluidos y a la vez dependían del gran capital para su financiación, los republicanos apoyaban sin rodeos a las clases dominantes, resucitando adicionalmente el espíritu de la derecha cristiana que desde los años cuarenta había estado lanzando sus críticas contra el «robo de la libertad» perpetrado por el New Deal⁷⁸. La era del bipartidismo plutocrático que dominaría los parlamentos occidentales desde la década de 1990 había comenzado. Como reconoció el presidente del Consejo de Asesores Económicos de Bill Clinton y Nobel de economía, Joseph Stiglitz, sin duda en tono arrepentido: «nos las arreglamos para ir apretando el cinturón a los pobres a medida que aflojábamos el de los ricos»⁷⁹.

Pero, para entender la profundidad y el alcance de la contrarrevolución conservadora de la década de 1970, debemos ahora detener nuestra atención, siguiendo la taxonomía histórica de D'Eramo, en el citado manifiesto de Richard Fink «The Structure of the Social Change»⁸⁰. Los destinatarios eran los hermanos Koch, David y Charles, que habían levantado un vasto imperio petrolífero que transcurría por los estados de Texas, Alaska y Minnesota. Sin embargo, el espíritu empresarial y el enriquecimiento personal no satisfacían suficientemente sus ambiciones. Estas iban más allá del jugoso negocio de los petrodólares, y la política podía proporcionarles lo que el dinero no hacía o,

77 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 58.

78 *Ibidem*, p. 58 y Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., p. 303.

79 David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 60.

80 Este conciso texto fue entregado a Charles Koch en 1976 y publicado por primer vez, como no podría ser de otro modo, en la revista *Philanthropy*, vol. 10 (1), 1996.

más preciso, podían servirse de la política para hacer que su dinero creciera aún más; para lograrlo, dedicaron todo su esfuerzo en hacer que las ideas libertarias arraigaran en la política estadounidense. ¿En qué consistía la estrategia de Fink para cambiar la circulación del poder del sistema político, e incluso de las bases sociales, de tal modo que dicho cambio favoreciera los mundanos intereses de estos petroleros oriundos de Kansas?

Siguiendo el modelo de producción en tres fases de su admirado Friedrich Hayek, Fink invirtió el lugar reservado a la mercancía por la producción de ideas y con ello, sin saberlo, estaba reproduciendo la perspicaz relación que une a la religión con la cultura, descrita admirablemente por T.S. Eliot en *Notes towards the definition of culture* (1949)⁸¹. Así, en una primera fase, las materias primas del modelo hayekiano eran equiparables a la abstrusa teoría intelectual fabricada en las torres de marfil de las instituciones académicas; para ser «eficientes», escribía Fink, era preciso transformar las «materias primas» en productos de valor agregado destinados al consumidor, es decir, la teoría totalmente abstracta e impersonal debía ser transformada en una formulación más «práctica y manejable» para el gran público. Ahí, en ese segundo nivel, se encontraban los *think tanks* y las organizaciones empresariales neoconservadoras del Medio Oeste. Sin embargo, hacía falta algo más que una simple traducción de ideas complejas en asequibles para que un sistema de creencias fuera aceptado, en el sentido hegemónico, por la sociedad civil. Era preciso distribuir entre los consumidores el producto final hayekiano, es decir, había que impulsar «movimientos de base en la última etapa para adoptar las ideas de los *think tanks* y traducirlas en propuestas que los ciudadanos puedan entender y con las que puedan actuar»⁸². Dicho de otro modo, la democracia del consumidor de von Mises y la justicia de mercado de Hayek eran ideas demasiado secas, demasiado impenetrables, que requerían ser destiladas y mezcladas apelando a valores tradicionales tales como la religión, la familia o el nacionalismo, con el fin de penetrar y cubrir los niveles inferiores de la estructura social. Pero, para alcanzar estos objetivos, también era necesario contar con unas expectativas materiales frustradas. Con esa síntesis política, el éxito de la batalla de las ideas del nuevo conservadurismo estaba asegurado.

81 En la fórmula de T.S. Eliot, «todo gran sistema de creencias» se organiza siguiendo una jerarquía de diversos «niveles de complejidad conceptual», que contiene o debe contener «construcciones intelectuales sumamente sofisticadas» –asequibles para las élites educadas– en la cúspide, versiones más dilatadas y menos impenetrables en niveles intermedios y, por último, las «simplificaciones más crudas y elementales en un nivel popular». Todo esto identificado, además, por un léxico único y apuntalado por la conveniente cadena de «prácticas simbólicas». Véase Perry Anderson, «Las ideas y la acción política en el cambio histórico», cit., p. 381.

82 Véase Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., pp. 29-30.

De hecho, el bienestar de los años dorados de posguerra no se había distribuido generosamente, dejando a su paso un frustrado sueño americano, una desigualdad cada vez más elevada y una terca exclusión. Las condiciones de inestabilidad e incertidumbre económicas de la década de 1970 iniciadas en Estados Unidos y pronto extendidas por todo Occidente, crearon las condiciones subyacentes objetivas para que las fuerzas subjetivas de las ideas neoliberales fueran capaces de influir directamente sobre el conjunto de la sociedad. Como dijo en cierta ocasión el genio de Flaubert en alusión al secular conflicto filosófico sobre la primacía del espíritu o del materialismo en el curso de la interpretación de la historia: «ambas son dos impertinencias iguales»⁸³. Pero el libelo de Fink y el espíritu libertario de los Koch no estaban solos. Unos años antes, en 1973, el magnate de colorado Joe Coors, cuya fortuna procedía del negocio étlico de la fabricación de cervezas, apoyó la causa de la contrarrevolución patrocinando el reputado *think tank* Heritage Foundation. Desde su nacimiento, en el estómago insaciable de la conservadora Heritage afluyó el capital filantrópico de las «divisiones de acorazados del capitalismo estadounidense», entre las cuales estaban los ultrarricos Koch. Aunque en «The Structure of the Social Change» las tres fases propuestas para el asalto y triunfo de las ideas conservadoras se sucedían en un «sentido lógico», los magnates del Medio Oeste las acometieron de forma simultánea. Era una revolución, y los magnates lo sabían. El historiador Clayton Coppin que recibió el encargo de David Koch de escribir una «historia confidencial» de las operaciones políticas de su hermano Charles, escribió al referirse a este: «No le bastaba con ser el Engels o incluso el Marx de la revolución libertaria. Quería ser su Lenin»⁸⁴. En 1980 la Heritage preparó un voluminoso manifiesto de más de mil páginas destinado al Congreso y a la Casa Blanca durante los primeros años del gobierno de Reagan bajo el título *Mandate for Leadership*. En sus líneas podían leerse un par de millares de sugerencias políticas, entre las cuales no podían faltar las libertarias prescripciones para reducir impuestos y programas sociales, o incrementar hasta la estratosfera el gasto militar. Para ganar la batalla de la reconstitución de clase era preciso descabalar la «tiranía de la izquierda» y del «liberal-fascismo». En sucesivos documentos, la Heritage recomendó la privatización de la Seguridad Social, e incluso la cancelación de «fondos especiales para la educación de discapacitados»⁸⁵.

Políticamente, la estrategia esbozada por Fink constituía un instrumental ideológico poderosísimo para que un sistema de creencias asumiera el rango

83 Citado en Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction*, cit., p. 185.

84 Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., p. 271.

85 *Ibidem*, pp. 30-40

de hegemonía. Así, los *reaganomics* y particularmente las teorías económicas que defendían los recortes de impuestos a las clases más altas –el *trickle down* de Ayn Rand y la influyente «curva» de Arthur Laffer⁸⁶– tenían que descender a la lengua común, adquirir legitimidad entre amplias capas sociales, especialmente las más desfavorecidas y, al mismo tiempo, obtener rango de ley. Legitimidad y legalidad eran dos caras de la misma moneda. Mientras Reagan apelaba al «sentido común» de su electorado en 1980 a través de discursos simplistas leídos en el *teleprompter*, afirmando que las cargas impositivas no hacían más que limitar el derecho de «los individuos a conservar y gastar el dinero que ganan», un año después, siendo ya presidente, firmaba desde el Rancho del Cielo el proyecto de ley Kemp-Roth (1981). ¿Cuál fue el resultado? La demolición de la herencia política del New Deal.

Durante los ocho años que este actor de «limitada inteligencia» estuvo alojado en la Casa Blanca, las tasas impositivas del intervalo superior, es decir, las correspondientes a las grandes fortunas, descendieron del 70 al 28 por ciento⁸⁷, las clases medias fueron sometidas a las restricciones de la deflación por deudas y la deuda exterior estadounidense podía superar al conjunto de los países latinoamericanos; los marcadores del PIB situaron al sector financiero en el podio ganador, desplazando a una segunda posición al *Rust Belt* e iniciando el amargo y decadente camino de la desindustrialización, la deslocalización y el desempleo estructural. ¿Se trataba de una cuestión meramente económica? En absoluto. En *The Day of Reckoning. The Consequences of American Economic Policy* (1988), Benjamin M. Friedman expresó, con admirable claridad y un razonable desencanto, las consecuencias sociales de la decadencia económica y moral de la política estadounidense. Desde la década de 1980, afirmaba el economista, se ha producido una voladura total del «principio moral» que había unido a cada «generación de estadounidenses desde la fundación de la república», a saber, que «los hombres y mujeres deben trabajar y comer, ganar y gastar, tanto en lo privado como en lo colectivo, para que sus

86 Escasos años después de que Ronald Reagan abandonara la Casa Blanca, John Kenneth Galbraith escribió que la reducción de impuestos durante la década de 1980 se debía en buena medida a la invención de Arthur Laffer, asesor del consejo de política económica de la administración Reagan. La idea de la «curva de Laffer» era simple: «con la reducción de impuestos, el total de la renta pública no disminuiría sino que aumentaría». Trazada la curva originalmente sobre una servilleta de un restaurante de Washington, Laffer explicó que «aumentando los tipos impositivos, el total de los recursos públicos primero aumentaría y luego caería». Por lo tanto, una vez que la presión fiscal estadounidense había superado el «punto óptimo», la reducción impositiva incrementaría los recursos públicos. Naturalmente esta idea, concluyó Galbraith, estaba, como está, muy «alejada de la realidad»; sin embargo, a pesar de adolecer de un aplastante simplismo, hizo que el enriquecimiento fuera aprobado socialmente y las dolorosas tasas impositivas progresivas (desde la perspectiva de los sectores privilegiados) fueran suavizadas. Véase la clarividente obra *La cultura de la satisfacción*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1992, pp. 111-113. La primera edición en inglés del mismo año.

87 Josep Fontana, *El siglo de la revolución*, cit., pp. 453-454.

hijos y los hijos de sus hijos hereden un mundo mejor». Esa tradición moral se había roto en mil pedazos, ahora la política residía en «vivir no solo en el presente, sino para el presente». De este modo, acumulando deuda y vendiendo nuestros activos, estamos viviendo en una fiesta con cargo a las generaciones futuras, cuyos niveles de vida serán cada vez más bajos⁸⁸.

Sin la menor duda, en la construcción de este nuevo orden neoliberal, la influencia de los *think tanks* ultraconservadores había sido decisiva. En 1985, la fundación Heritage se podía jactar de que el gobierno de Reagan había asumido como propias entre el 60 y el 65 por ciento de sus «recomendaciones»⁸⁹. En la década de 1990, tal como veremos, el «consenso de centro» político, presuntamente posideológico, no solo continuó por este autodestructivo camino, lo amplió hasta niveles que podían superar, e incluso haber sorprendido en algunos casos, las ideas *The Road to Serfdom* (1944) de Hayek.

¿Y la vibrante oposición de la guerra de los campus? Pronto iba a ser apaciguada. Como observaron con notable anterioridad Bourdieu y Hobsbawm, las instituciones académicas, antaño los Templos del Saber, se iban a transformar con demasiada obstinación y escasas objeciones en «los principales lugares de fabricación y definición de la dominación social»⁹⁰. De hecho, las universidades terminaron dominadas por las escuelas de negocios, el marketing y la lógica de la gestión empresarial que hipertrofiaban la burocracia a costa de la investigación y la enseñanza, especialmente cuando a partir de los años noventa la miasmática Tercera Vía penetrara definitivamente en la política occidental. Todas las ideas que antaño animaban la fe en el socialismo pasaron a formar parte de los márgenes de la política pública. El consumismo masivo y la desindustrialización hicieron de la clase obrera –sujeto histórico del marxismo– un delgado recuerdo del pasado, al menos en Occidente. Después de 1970, pero sobre todo cuando el Imperio soviético se desvaneció para siempre en 1991, cualquier política reformista al estilo de la socialdemocracia escandinava o liberal keynesiana, era concebida por los nuevos regímenes neoliberales como demandas potencialmente revolucionarias. Bernstein y Keynes habían pasado a mejor vida. La esfera pública se transformó en una señal de despotismo estatal, del autoritarismo y de la incompetencia. La justicia social se convirtió en un término proscrito o en un simple tropo del nuevo vocabulario político; ahora, era la justicia de mercado hayekiana la que dominaba el horizonte político.

88 Benjamin M. Friedman, *The Day of Reckoning. The Consequences of American Economic Policy*, Random House, Nueva York, 1988, p. 4.

89 Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., p. 34.

90 Eric Hobsbawm, «Pierre Bourdieu. Sociología crítica e historia social», *New Left Review*, 101, 2016, pp. 41-52, cita p. 50.

La ofensiva de los movimientos sociales contraculturales sesentayochistas no fue inocua, sin duda, y en cierto modo ponía de relieve su animadversión a las políticas de posguerra o, más concretamente, a formas de dominación y exclusión atávicas. Aunque los horizontes de la batalla eran difusos y frecuentemente contradictorios, casi todos convergieron en impugnar el patriarcado y la misoginia, el racismo institucional y las jerarquías sociales⁹¹. El resultado de la subversión cultural, sin embargo, no fue equilibrado y, paradójicamente, se inclinó a favor del capital, transformando de paso de forma drástica el modo de vida de las sociedades occidentales. Ahora que la «guerra de los sexos», o la batalla de género, difundida por la opinión pública y la «propaganda gubernamental» de la mayor parte de los países del capitalismo avanzado han ensombrecido la dinámica destructiva de los «conflictos distributivos», quizá convendría volver a leer lo que realmente significó para la derecha mundial y para el capital la incorporación de la mujer en el mercado laboral durante la década de 1970. Si bien para las clases medias o altas esto significaba una emancipación personal o una victoria sobre la dominación masculina, para la clases sociales desfavorecidas las cosas eran más terrenales; en general, el trabajo femenino representaba un complemento económico ante los decrecientes salarios masculinos y el gradual ascenso del precio de bienes y servicios básicos. De hecho, a medida que la participación femenina en el mercado laboral iba creciendo, la afiliación sindical y las huelgas lo hicieron en proporción inversa y el desempleo se volvía estructural. Como consecuencia, el capital se benefició en dos sentidos; por un lado, la presión laboral sobre los salarios, en un momento en el que la acumulación de beneficios económicos había entrado en crisis, se redujo drásticamente. Por otro, el empresariado se favoreció enormemente del reclutamiento de la mujer como aliada en el combate por la desregulación del mercado laboral ya que ambos tenían sólidas razones para defender mercados de trabajo «flexibles». Si el capital buscaba la «flexibilidad» como medio para establecer entornos laborales precarios y con ello acumular beneficios, ellas no podían deshacerse felizmente del mundo doméstico y la crianza de los hijos⁹².

91 Véase Göran Therborn, «¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia», *New Left Review*, 85, 2014, pp. 5-17.

92 «Un extraño ejemplo es la Unión Europea y la mayoría de sus Estados miembros, que planean introducir cuotas para las mujeres en los consejos directivos de las grandes empresas públicas con el apoyo de todas las fuerzas políticas, incluyendo a las de la izquierda, y con un entusiasta aplauso de los medios de comunicación. Esto sucede en un momento en que las 'reformas' de la política social han llevado al hundimiento del mercado laboral, dando lugar al rápido crecimiento de un sector de bajos salarios formado mayoritariamente por mujeres, con la maternidad en solitario convirtiéndose por doquier en la causa más frecuente de pobreza». Véase en Wolfgang Streeck, *¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos de un sistema en decadencia*, Traficantes de Sueños, Madrid, 2017, pp. 254-256.

Por último, la legitimidad institucional y académica del neoliberalismo iba a quedar sellada el mismo año en el que los estudiantes ocupaban la Sorbona de París con proclamas culturales contra la sociedad de consumo y un sistema político osificado. En 1968 el Banco Central de Suecia incorporó a la lista de premios Nobel uno más, el del capítulo económico. ¿Cuál podía ser el objetivo tácito de este nuevo galardón económico? Retrospectivamente, significó la deslegitimación global de las políticas socialdemócratas y, particularmente, las del país nórdico que contaba con la democracia europea más sólida desde la década de 1930, bastión de la justicia social y de la igualdad económica y política continental. Una vez que Washington y Londres habían sido conquistados y aculturados por las ideas neoliberales, arruinando de paso al Tercer Mundo con las instituciones neoliberalizadas de Bretton Woods, era preciso asaltar el corazón de la socialdemocracia escandinava. Como en la mayor parte de países de Occidente, Suecia fue adoptando paulatinamente desde la década de 1980 las nuevas ideas ultraconservadoras. A partir de entonces, la «mercantilización y el control de la inflación se convirtieron en las nuevas prioridades de la política socialdemócrata». Para poner en práctica las enseñanzas de Friedrich Hayek y Milton Friedman (ambos Nobel de Economía en 1974 y 1976 respectivamente), se liberalizaron en 1985 los mercados de crédito y de capital del país. Desde aquel año, la política de la democracia fue progresivamente quedando bajo la potestad posideológica del Banco Central sueco, separada de ese modo de las irracionales pasiones del electorado. Aunque en Europa había que ser menos drásticos que durante la imposición neoliberal en Chile, no por ello había que evitar desmantelar el edificio keynesiano y socialdemócrata de posguerra. Y las objeciones fueron mínimas. Cuando el ministro de Finanzas de entonces Kjell-Olof Feldt presentó la propuesta de perfil neoliberal al honorable Primer Ministro Olof Palme, este le contestó concisamente: «Haced lo que queráis. De todas formas, yo no entiendo nada»⁹³. Así fue como los bancos centrales se erigieron en un «cuarto poder», según la sagaz observación de Joseph Vogl, eclipsando a los poderes ejecutivo, judicial y legislativo, e integrando la compleja maquinaria financiera y de mercado fuera del control democrático⁹⁴, asegurando el éxito de la batalla neoliberal y dejando el camino ideológico despejado para la penetración de la política del «consenso de centro».

93 Véase Göran Therborn, «El ocaso de la socialdemocracia sueca», cit., p. 10. Esta vía para la legitimación del neoliberalismo extremo fue impugnada, por ejemplo, por Gunnar Myrdal que solicitó que fuera cancelado este «premio Nobel para la economía». Véase Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., pp. 42-43.

94 Wolfgang Streeck, «¿El cuarto poder?», cit., p. 156.

II.2. «Consenso de centro»

El ambiente político de la siguiente década, la del derrumbamiento soviético, el triunfalismo de la globalización y la expansión prácticamente ecuménica de la democracia liberal, no era propicio para el disenso. El pesimismo entre la izquierda era abrumador y los espíritus rentistas habían roto finalmente las bridas keynesianas. Parecía que el antiguo antagonismo ideológico entre la derecha y la izquierda, originado en la Revolución francesa, había desaparecido para siempre y por el bien común de la sintaxis política. *En torno a lo político* (2007), la filósofa y politóloga Chantal Mouffe argumentó cáusticamente contra el «campo progresista» que había aceptado sin grandes dificultades esta «visión optimista», casi panglosiana, de la globalización, pasando a ser ahora los abogados de una forma democrática basada en el «consenso». Expresiones, deliberadamente ambiguas, tales como «democracia cosmopolita», «gobernanza», «sociedad civil global», entre otras, comenzaron a formar parte de la nueva gramática «antipolítica» que decía haber superado la «dimensión antagónica constitutiva» del campo de fuerzas político. Las luchas partisanas habían quedado relegadas al pasado y el consenso podía ahora lograrse a través del diálogo. Pero cabe preguntarse si acaso no era en el campo de la política democrática donde históricamente se habían medido las fuerzas, tensiones e identificaciones colectivas tan relevantes en las sociedades contemporáneas. Aún más, ¿no había quedado suficientemente demostrado, al menos desde Freud, que «incluso las sociedades que se han vuelto más individualistas» necesitan, de una u otra manera, aferrarse a «identificaciones colectivas»? ¿No había dicho el gran Hobbes que la principal afición del ser humano es la competencia por el honor y la dignidad? La actividad de la política democrática no reside en «superar las identificaciones antagónicas de la sociedad», concluía Mouffe, sino en movilizarlas de tal modo que impulsen la confrontación democrática. De hecho, ¿qué sucedía cuando las taxonomías sociales antagónicas de la política quedaban implícitamente superadas? A este respecto, Mouffe no alberga dudas. El antagonismo democrático era reemplazado por nuevas o arcaicas formas de confrontación que podían variar entre identificaciones «esencialistas» o «valores morales no negociables». Dicho más tajantemente, si las «fronteras políticas» se volvían difusas y crecía el «desafecto hacia los partidos políticos», las identidades colectivas podrían adherirse a formas de «identificación nacionalistas, religiosas o étnicas». Por ello, «los teóricos que quieren eliminar las pasiones de la política y sostienen que la política democrática debería entenderse sólo en términos de razón, moderación y consenso –concluye

incisivamente— están mostrando su falta de comprensión de la dinámica de lo político»⁹⁵.

Quizá, nada ejemplifica mejor sus argumentos que el consenso apologético en torno al neoliberalismo establecido en el terreno político por parte de la Tercera Vía pregonada por Anthony Giddens y llevada al extremo por el blairismo y sus acólitos continentales. Esta nueva era política paralizó en algunos casos y en otros selló los espacios políticos destinados al debate sobre el discurso de clase, aun cuando la polarización social no dejaba de acrecentarse. «La tercera vía de Blair y el *neue Mitte* de Schröder, ambos inspirados por la «estrategia de ‘triangulación’ de Clinton», aceptaron condescendientes el «terreno de juego establecido por sus predecesores neoliberales». Incapacitados o, más preciso, contrarios a pensar en otras alternativas a la «presente disposición hegemónica» defendieron una vía política que decía situarse más allá de los bloques históricos de derecha e izquierda; «categorías» estas que, desde su posición virtualmente posideológica o anti-ideológica, eran exhibidas ahora como «obsoletas». El propósito subyacente, sin embargo, no fue otro que la formación de un «consenso de centro»⁹⁶. La imagen despreocupada de la política que exhibió Tony Blair ante la audiencia de la BBC2 el 30 de marzo de 2000 reproducía de forma precisa el nuevo sentido común divulgado exitosamente por la Tercera Vía: «en realidad nunca estuve en política», afirmó, «nunca maduré como político. Ni siquiera ahora me siento un político». Palabras que años después suscribiría su compañero de gabinete Charlie Falconer, llevándolas al terreno de la *praxis*: «despolitizar la toma de decisiones clave es un elemento vital para acercar el poder a la gente»⁹⁷. Ahora bien, ¿en qué consistía dicho ejercicio de «despolitización»? y, en todo caso, ¿qué intereses ideológicos subyacían tras esta presunta superación de las tradicionales líneas divisorias entre la derecha y la izquierda?

La respuesta a la primera cuestión es simple pero contundente y sus repercusiones iban a profundizar aún más la brecha que separaba a la soberanía popular de los instrumentos y las instituciones democráticas: la política debía quedar en manos de expertos cuya profesionalidad los distanciara del cortoplacismo de los políticos y de sus conflictos de intereses electoralistas. Por su parte, la respuesta a la segunda se encuentra en un influyente artículo publicado en el año 1997 en la revista *Foreign Affairs* por Alan S. Blinder, vice-

95 Véase Chantal Mouffe, *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, pp. 9-10, 37.

96 Véase Chantal Mouffe, *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*, Gedisa Editorial, Barcelona, 2000, p. 23.

97 Peter Mair, *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*, Alianza, Madrid, 2015, pp. 23-24.

presidente de la Reserva Federal durante el primer mandato de Bill Clinton (1993-1997). En «Is government too political?» –título retórico que era toda una declaración de intenciones–, Blinder afirmaba que era preciso desarrollar un modelo técnico de gestión política al estilo de los bancos centrales y de la Reserva Federal, de manera que las decisiones sobre las políticas sociales, la sanidad, entre otros sectores clave, no dependieran de la política convencional dominada por el ciclo electoral, sino por «expertos objetivos no partidistas»⁹⁸. Un año después de Blinder, el gurú mundial de la Tercera Vía, el citado Giddens, publicaba *The Third Way. The Renewal of Social Democracy* (1998). Aquí, en síntesis, defendía ese modelo político «despolitizado», salpicado ahora de una retórica simplista con expresiones tales como «política de vida» o «Estado sin enemigos»; un modelo cuyo objetivo no era otro que el de reconquistar el terreno perdido durante la era socialdemócrata por el bien de las democracias liberales. Pero, ¿hacia dónde se dirigía la democracia bajo el gobierno ejecutivo de los bancos centrales y de los expertos libres de la servidumbre electoral y de las pasiones políticas?

Por un lado, en Europa pronto fue evidente que se estaba girando hacia una «americanización» de la política. A partir de ahora, las elecciones iban a quedar reducidas a una simple deliberación entre «líderes y no entre políticas o programas» y, en conjunto, el electorado se iba a comportar progresiva e insensiblemente «más como un consumidor y menos como un participante activo»⁹⁹. La «democracia del consumidor» de von Mises ganaba la partida, y se confirmaban de paso los augurios de John Stuart Mill o Alexis de Tocqueville acerca del terrible conformismo que la democracia podía despertar entre las masas. Por otro lado, fue sobre todo en el lucrativo terreno económico donde la supuesta posideología de la Tercera Vía aparecía crudamente como lo que realmente era, es decir, como una ideología esencialista de mercado: «La nueva economía mixta –escribió Giddens– busca [...] una sinergia entre el sector público y privado, utilizando el dinamismo del mercado, pero con el interés público en mente. Implica un equilibrio entre la regulación y la desregulación, tanto a nivel transnacional como nacional y local; y un equilibrio entre lo económico y lo no económico en la vida de la sociedad». Aunque el Estado de Bienestar no debía dejarse a su suerte, era preciso, sin embargo, priorizar una sociedad de «tomadores de riesgo responsables»¹⁰⁰.

98 *Ibidem*, p. 24.

99 Richard S. Katz y Peter Mair, «El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos», *Zona Abierta* 108/109, 2004, pp. 9-42, cita p. 13.

100 Anthony Giddens, *The third way. The Renewal of Social Democracy*, Polity Press in association with Blackwell Publishers Ltd, 1998, citado en Chantal Mouffe, *En torno a lo político*, cit. pp. 64-65.

No estábamos aquí únicamente ante los tópicos neoliberales de la privatización y la comercialización de la esfera pública, tácitamente aparecía una de las premisas neoliberales de Hayek: la sociedad de «tomadores de riesgo responsables» de Giddens no era más que un cándido eufemismo de la distinción hayekiana entre *cosmos* y *taxis*. En el primer volumen de *Law, Legislation and Liberty* bajo el título *Rules and Order* (1973), Hayek afirmó que el *cosmos* era el resultado espontáneo o «natural» y, por tanto, «coherente» de una sociedad en cuyo entramado los «agentes individuales perseguían sus propios fines», regulados únicamente por una normatividad de «procedimiento común». *Taxis*, por el contrario, consistía en el desarrollo de una función social deliberada, planificada y dirigida en «nombre de una imaginaria justicia social»; una organización cuya finalidad era, en última instancia, la materialización de «sustanciales metas colectivas comunes»¹⁰¹. Dicho más prosaicamente, el primero era el arquetipo que se ajustaba a la economía de mercado neoliberal, mientras el segundo correspondía con las políticas socialdemócratas y keynesianas de posguerra.

La Tercera Vía aparecía así desnuda frente al espejo neoliberal; y cuando los años noventa marcados por la más descarada codicia dieron paso a la crisis financiera y fiscal de 2008, todos sus andrajosos ropajes ideológicos se hicieron añicos. Sin embargo, ¿se rompió el «consenso de centro» y su *dévouement* neoconservador? Económicamente, a pesar del asombroso fracaso de las políticas de perfil neoliberal angloamericanas, el consenso en torno a la ortodoxia economicista no se modificó en lo más mínimo. La «arrogante autocomplacencia» que surgió con la denominada «gran moderación» que teóricamente ponía fin al ciclo de perturbaciones macroeconómicas, gracias a las acertadas «reformas» fabianas del neoliberalismo y a las sabias decisiones de los banqueros centrales, parecía no tener límites¹⁰². Políticamente, la democracia no solo continuaba en el presidio de los intereses financieros, sino que sus grilletes fueron reforzados. En Europa, si el Tratado de Maastricht (1993) ya planteaba la austeridad fiscal como un criterio irrevocable, el artículo 123 del Tratado de Lisboa (diciembre de 2009) impedía a los Estados soberanos realizar préstamos de forma directa. Pero, mantener a los «gobiernos sin un vehículo para su propia creación de dinero» no solo constituía una clara restricción económica perceptible en el desempleo estructural o en la deflación por deudas a la que fueron sometidas las clases medias occidentales, suponía,

101 Véase en Perry Anderson, *Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas*, Akal, Madrid, 2020, pp. 38-39.

102 John Grahl, «Una nueva ciencia económica», *New Left Review*, 104, 2017, pp. 148-156, cita p. 148.

además, una lucha por imponer a toda costa la privatización y la austeridad monetaria como alternativas neoliberales a la «socialdemocracia clásica»¹⁰³. Como escribió Habermas, el Tratado de Lisboa reforzaba el «abismo existente entre las elites políticas y los ciudadanos», por tanto era preciso que el pueblo hablara; sin un referendo «el futuro de la Unión Europea se resolvería conforme a la línea neoliberal ortodoxa»¹⁰⁴. Su pronóstico fue correcto.

Entre tanto, al otro lado del Atlántico la administración Trump, aupada en el poder por varias décadas de bipartidismo plutocrático, seguía contando con suficiente artillería ideológica para combatir el «fascismo de extrema izquierda» (tal como el magnate denominaba a cualquier idea sensiblemente socialista), suministrada por la Heritage que proclamaba con orgullo que el gabinete republicano había adoptado al menos doscientas ocho de sus «recomendaciones políticas» neoliberales¹⁰⁵. Como afirmó Robert Brenner en un artículo titulado elocuentemente «saqueo pantagruélico», el «*establishment* político bipartidista» estadounidense ha llegado «consciente o inconscientemente» a la dramática conclusión de que la única manera en que pueden salvaguardar la «reproducción de las corporaciones no financieras y financieras, de sus altos directivos y accionistas, así como de los dirigentes de los principales partidos estrechamente conectados con ellas, es intervenir políticamente en los mercados de activos y en el conjunto de la economía con el fin de respaldar la redistribución de la riqueza hacia arriba por medios directamente políticos»¹⁰⁶. Era evidente que tales evoluciones habían trazado una línea destructiva de la política de la democracia y de sus instituciones cuya consumación conllevó una decadencia del estado general de la esfera pública, la sociedad y la cultura.

Pero el «consenso de centro» había traspasado las fronteras geográficas e ideológicas del Norte global. Durante los años que antecedieron a la Gran Recesión, el neoliberalismo imperial y los cuadros políticos de la Tercera Vía europea podían mirarse en el espejo latinoamericano e identificarse con el brasileño Gustavo Franco, Domingo Cavallo en Argentina, Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Fujimori en Perú, o Abdalá Bucaram en el centro del mundo. Si los primeros representaban los intereses del arsenal financiero, «una clase de parásitos» que ostenta un extraordinario poder, «no solo para despojar periódicamente a los capitalistas industriales», sino también para cruzarse de

103 Michael Hudson, *Matar al huésped*, cit., pp. 405-406.

104 Jürgen Habermas, *¡Ay, Europa!*, Madrid, Trotta, 2009, citado en Perry Anderson, *El Nuevo Viejo Mundo*, Akal, Madrid, 2012, p. 520.

105 Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., p. 32.

106 Véase «Saqueo pantagruélico», *New Left Review*, 123, 2020, pp. 7-27.

la forma más «peligrosa» en la «producción real», los segundos compartían un absoluto «desprecio por la industria manufacturera», por cualquier forma de política proteccionista y por las injerencias estatales, a no ser que éstas actuaran en beneficio propio¹⁰⁷. «En Brasil la financiarización, la especulación inmobiliaria y una obsesión por los artículos de lujo y en India la absorción empresarial de marcas globales y el alineamiento psíquico con Washington, eran características distintivas de esa capa social». En sendos países y, por supuesto, en China, se puso en marcha desde la década de 1990 el «mismo tipo de importación y absorción de procesos productivos, pautas de consumo e innovaciones tecnológicas» estadounidenses que habían sido característicos del fordismo en Europa y Japón¹⁰⁸. El bloque transnacional neoliberal, a pesar de las variaciones nacionales y las expresiones culturales, no parecía estar amenazado. Además, cualquier peligrosa desviación de sus fundamentos, por más irracionales o precarios que fuesen, hallaba la misma recusación que Marx observara en los economistas victorianos acerca de las instituciones feudales, a saber: «no hay más que dos clases de instituciones, las artificiales y las naturales. Las instituciones del feudalismo son instituciones artificiales; las de la burguesía, naturales»¹⁰⁹.

El nuevo orden neoliberal del mundo se había investido de ese mismo carácter intemporal que la burguesía atribuyó a sus instituciones cuando abandonó el lenguaje revolucionario, despreciando cualquier alternativa a la correcta moralidad de mercado como meras utopías que en el mejor de los casos se precipitarían en la futilidad y en el peor en la distopía. ¿Sería, por tanto, plausible y riguroso seguir denominando a este nuevo universo político, transfigurado drásticamente desde 1980, con la etiqueta «liberal»?

III. ANACRONISMOS

III.1. Entre la poética liberal y el neoliberalismo

Es cierto que el *realismo* político casi siempre se ha desarrollado de espaldas al *popolo minuto* y que la brecha que separa los propósitos de la *poética* liberal de su realización social ha sido demasiado profunda y contradictoria. Sin embargo, toda asimilación retórica del liberalismo clásico político y sobre todo

107 Véase, respectivamente, José Gabriel Palma, «América Latina en su 'Momento Gramsciano'», cit.; «Desindustrialización, desindustrialización 'prematura' y 'síndrome holandés'», *El Trimestre Económico*, 86 (344), 2019, pp. 901-966; Karl Marx, *Capital*, Volumen III, Marx & Engels Collected Works, vol. 37, Lawrence & Wishart Electric Book, London, 2010, pp. 541-542.

108 Véase Perry Anderson, *La palabra H.*, cit., pp. 170-171.

109 Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, Siglo XXI ed., México, 1847/1987, p. 77.

económico con el neoliberalismo no puede ser más que forzada y con frecuencia injusta. ¿No supone, de cualquier modo, un anacronismo y una tergiversación ahistórica invocar a los pensadores de la Ilustración para apoyar las medidas antisociales de los regímenes neoliberales, ignorando, además, la enorme distancia que separa sus modelos teóricos de nuestra realidad? ¿Puede el racionalismo evolucionista de Hayek, que rechazaba cualquier forma de constructivismo y reducía toda la realidad humana a una racionalidad mística de mercado, ser asimilado sin objeciones a la tradición liberal? Si bien hay continuidades, las rupturas dentro del seno de la tradición liberal deben entenderse en función de una tensión dual entre las convicciones ideológicas hegemónicas del momento y la coyuntura histórica.

III.1.1. La anfibológica libertad de mercado

En primer lugar, los teóricos del liberalismo clásico no concibieron la «libertad de mercado» como lo harían después los abogados de la doctrina neoliberal. En su acepción original, los mercados debían ser liberados de la pesada carga de la explotación ejercida por los rentistas: «propietarios de tierras, de recursos naturales, de derechos de monopolio y de fortunas dinerarias que les proporcionaban ingresos sin un trabajo correspondiente». Por tanto, *ab initio*, el programa reformista liberal consistía en abolir los privilegios aristocráticos heredados del *ancien régime* con el fin de hacer que la «tierra, la banca y los monopolios fueran funciones reguladas públicamente»¹¹⁰. Como afirmó Adam Smith en las lecciones impartidas en la Universidad de Glasgow en 1760: «siempre ha habido que dismantelar el poder de los nobles antes de que se estableciera un sistema de libertades, y de hecho siempre debe ser así, ya que los nobles son los mayores adversarios y opresores de la libertad que quepa imaginar»¹¹¹. Por su parte, las teorías clásicas de los precios y del valor proporcionaron los instrumentos analíticos más sólidos hasta el momento para precisar y medir correctamente los «ingresos no derivados del trabajo», es decir, aquellos que procedían del parasitismo rentista¹¹². Por tanto, lejos de defender una utópica libertad de mercado a través de la «mano invisible» sin la intervención activa de las autoridades públicas, Adam Smith admitía la «existencia de un Estado fuerte capaz de crear y reproducir las condiciones para la existencia del mercado». Así pues, el Estado debía de actuar eficazmente como instrumento de gobierno, como dispositivo institucional capaz

110 Michael Hudson, *Matar al huésped*, cit., pp. 61-63.

111 Véase Adam Smith, *Lectures on Jurisprudence*, ed. Ronald L. Meek, David D. Raphael y Peter G. Stein, Oxford, Oxford University Press, (1762-63, 1766), 1978, p. 264.

112 Michael Hudson, *Matar al huésped*, cit., pp. 61-63.

de regular el funcionamiento del mercado y contrarrestar activamente aquellas consecuencias sociales o políticas no deseadas¹¹³.

La inversión que hace el neoliberalismo de estos criterios es abrumadoramente opuesta a la concepción clásica. Por un lado, sirviéndose de la política y a través de un marco jurídico ajustado al nuevo espíritu del capitalismo, todo el esfuerzo político y teórico neoconservador no ha sido otro que el de difuminar la gruesa línea trazada por el liberalismo clásico entre los ingresos obtenidos del trabajo y aquellos otros que provienen de actividades meramente lucrativas y especulativas. Por otro lado, el debate en torno a la oposición irreconciliable entre Estado y mercado, defendida ambiguamente por los autores neoclásicos y llevada al extremo por sus creyentes políticos, no pertenece a la era del liberalismo clásico, como tampoco puede asociarse al marxismo o al socialismo. Reside en el esfuerzo teórico y político desde el vuelco neoliberal en la década de 1970 de transferir una «degeneración patológica del principio de *laissez-faire* a la realidad económica» a través de la retirada sistemática de los Estados de su funcionalidad reguladora y del «control de las actividades de empresas lucrativas»¹¹⁴. En la práctica política, sin embargo, la desregulación de los mercados financieros y el virtual repliegue del Estado en favor del mercado, especialmente a partir de la administración Clinton en la década de 1990 y sus retoños atlantistas de la Tercera Vía, conllevó, en realidad, la sanción de una vastísima masa normativa que, por un lado, pretendía romper con la regulación del pasado keynesiano y, por otro, sellar el destino de los Estados con las grandes corporaciones transcontinentales. Un ejemplo ilustrativo del primer caso fue la abrogación clintoniana en noviembre de 1999 de la ley *Glass-Steagall*, sancionada en junio de 1933 por la administración Roosevelt (1933-1945) con la finalidad de mantener a raya las operaciones piráticas de la banca de inversión de los fondos de ahorro de la ciudadanía común. Y, sin duda, la infinidad de tratados comerciales surgidos sobre todo al calor de la Organización Mundial del Comercio (1995), constituyen una prueba insoslayable de las nuevas afinidades electivas de las autoridades públicas en defensa del capital transnacional.

Sin embargo, ¿existe alguna prueba empírica e histórica que demuestre que la liberalización comercial y la incondicional apertura de las economías estatales, defendida tan enérgicamente por el neoliberalismo, haya favorecido el desarrollo de las naciones? La respuesta es menos categórica y más matizada

113 Véase en el notable libro de Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing. Lineages of the Twenty-First Century*, Verso, Londres y Nueva York, 2007, pp. 42-44.

114 Véase Eric Hobsbawm, *Cómo cambiar el mundo*, cit., p.20.

que la de sus defensores. De hecho, como ha demostrado Anwar Shaikh, allí donde han surgido países con economías florecientes, la planificación política corregía la discrecionalidad del mercado y solo se defendía el libre comercio cuando éste ofrecía «ventajas comparativas». Argumentos que pueden ser verificados «no solo en los últimos tiempos, sino incluso en el pasado», cuando las economías avanzadas del capitalismo se hallaban inmersas ascendiendo por la «escalera del éxito»¹¹⁵. Así, el dominio absoluto de las grandes potencias hegemónicas de los siglos XIX y XX, es decir, Gran Bretaña y Estados Unidos de Norteamérica, no dependió únicamente del imperialismo, el colonialismo, el saqueo y la aniquilación de poblaciones indígenas. En ambos casos, la industrialización y el comercio selectivo, así como abundantes subsidios gubernamentales destinados a las empresas nacionales fueron factores decisivos en el desarrollo y la expansión de sus economías. «Solo cuando América haya obtenido de la protección todo lo que ésta puede ofrecer –afirmó el presidente estadounidense Ulysses Grant (1868-1876)–, entonces favorecerá el libre comercio»¹¹⁶.

En la tradición liberal clásica, ciertamente, podemos hallar un rastro inabarcable de argumentos morales a favor del intercambio comercial. El comercio, escribió Montesquieu en *De l'esprit des loix* (1748) «pule y suaviza las costumbres bárbaras». Años después, Thomas Paine lo expresaría como aquél: «el comercio es un sistema pacífico que opera extendiendo la cordialidad entre los hombres». James Steuart en *Inquiry into the Principles of Political Economy* (1767), afirmó que la introducción de la industria y el comercio, establecidos en un principio por la «ambición de los príncipes», terminaría encarnando un pueblo que «opulento, audaz y animado» recurriría, si era necesario, al poder para sacudirse la autoridad regia. «Una economía moderna, por tanto, es la brida más efectiva que jamás se ha inventado contra la locura del despotismo». De este modo, los atávicos vicios de la naturaleza humana, las irrefrenables y destructivas pulsiones íntimas, las guerras entre las naciones y la arbitrariedad de los *coups d'autorité* podían, si no ser suprimidos, al menos atemperarse a través del intercambio comercial y el desarrollo industrial. Sin duda había discrepancias teóricas y sobre todo empíricas con respecto al optimismo liberador del comercio entre las naciones a la luz del registro histórico. En su filípica de la acumulación primitiva del capital, Marx había empleado la

115 Anwar Shaikh (ed.), *Globalization and the Myths of Free Trade History, theory, and empirical evidence*, USA y Canadá, Routledge, 2007, pp. 50-68.

116 Véase Anwar Shaikh, «La globalización y el mito del libre comercio», New School University. Artículo escrito para la Conferencia sobre la globalización y los mitos del libre comercio, New School University, Nueva York, pronunciada el 5 de abril de 2003.

expresión satírica *doux commerce* para repasar algunos de los acontecimientos más «violentos de la historia de la expansión comercial europea»¹¹⁷. Por otro lado, en *The National System of Political Economy* (1841) el economista alemán Friedrich List, padre teórico de la industria incipiente, escribió que la «grandeza de Gran Bretaña» no se debía a un comercio sin restricciones pautadas políticamente. La «producción industrial» británica –afirmaba List– nunca podría haber tenido éxito en el marco de la «libre competencia con las manufacturas extranjeras». Por esa razón, la *realtpolitik* configuró un «sistema de restricciones, privilegios y estímulos» con el fin de trasladar a su «tierra natal la riqueza, los talentos y el espíritu empresarial de los extranjeros»¹¹⁸. De igual modo, el extraordinario éxito económico entre los países centrales del capitalismo durante los *trente glorieuses* (1945-1973), comenzando con el New Deal rooseveltiano de los años treinta, no se cimentó en la liberalización radical del comercio sino en el control gubernamental y jurídico de los sectores económicos y sociales estratégicos. Los mismos argumentos pueden ser asignados al milagro económico de los «tigres asiáticos» a cuya cabeza se situó China después de los programas de modernización de Deng Xiaoping a finales de la década de 1970. Por esa razón, Deng no podía ser equiparado con Reagan, ambos como «grandes fans del gurú neoliberal Milton Friedman», tal como afirmaban ciertos sectores de la izquierda intelectual; como tampoco la lógica política del Partido Comunista Chino se había dejado llevar por las disposiciones del «Consenso de Washington», tal como señalaban en el «extremo ideológico opuesto» los insignes miembros del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, los bonos del Tesoro estadounidense y británico «respaldados por los medios de opinión como el *Financial Times* y *The Economist*». Ahora bien, aunque Beijing no había practicado un incondicional culto político al mercado, tampoco el neoliberalismo fue allí una influencia ideológica de baja intensidad. La década de 1980 caracterizada por una cierta autosuficiencia del mercado doméstico, una revitalización del mundo rural y un crecimiento industrial, es decir, por un modelo híbrido entre Smith y List, daría paso a la de 1990 cuando por el delta del Yangzi accedió la mayor avalancha de capital extranjero en la historia del país asiático, aproximándolo

117 Véanse los soberbios y hasta el momento insuperables trabajos de Albert O. Hirschman, «¿Civilizadora, destructora o débil? Interpretaciones rivales de la sociedad de mercado», *Papeles de Economía Española*, 15, 1983, pp. 408-422, y *Las pasiones y los intereses. Argumentos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, Capitán Swing, Madrid, 2014, pp. 102-107 y 83-84.

118 Friedrich List, *The National System of Political Economy*, Sampson Lloyd, London, Longmans, Green, and Company, p. 111. La primera edición en alemán es de 1841. La cita en Ha-Joon Chang, *Kicking Away the Ladder Development Strategy in Historical Perspective*, Anthem Press, London, 2002, pp. 3-4.

algo más a Friedman que a Keynes¹¹⁹. En resumen, hasta la penetración global de los mercados financieros durante la última década citada –sostenidos por un *parti pris* neoliberal de las instituciones supranacionales y los Estados– los guiones de la alta política continuaban escribiéndose en los términos de Adam Smith y mucho más de John Maynard Keynes, mientras Ludwig von Mises, Milton Friedman o Friedrich von Hayek permanecían en los márgenes de la política.

III.1.2. Los rostros de Leviathan

En segundo lugar, contrariamente a la *reductio ab absurdum* neoliberal de los mercados «autorregulados» y por tanto del Estado mínimo que su apostolado creía haber leído en las páginas del liberalismo clásico, la formación social capitalista no podría concebirse sin la participación activa del Estado. Esto se debe a que las autoridades públicas, con su campo de jurisdicción, contienen los conflictos entre capitales y al mismo tiempo conservan –al menos desde el fin del tratado de paz keynesiano de posguerra– el dominio casi absoluto de aquellos sobre el trabajo. Hasta el más ferviente opositor a la planificación económica y al socialismo de la década de 1920, von Mises, no tenía la menor objeción en proponer un gobierno autoritario, si ello era preciso, para contrarrestar las aspiraciones políticas del movimiento obrero. De hecho, la línea genealógica que Michel Foucault trazó entre el ordoliberalismo alemán de la Escuela de Friburgo –inspirándose en el extraordinario éxito de planificación política de la economía de posguerra del Estado alemán– y el nacimiento del neoliberalismo, sigue siendo correcta. El ordoliberalismo se fundamentaba en la complicada «dialéctica de la fuerza y debilidad del Estado en un orden liberal». Es decir, *Leviathan* debía de actuar enérgicamente para limitar las demandas políticas democráticas y ser suficientemente «débil» como para depositar la gobernanza de la economía en el mercado autorregulado, cuya «mano invisible» estaría vigilada celosamente por las autoridades políticas y todo el entramado institucional del Estado. Por tanto, el neoliberalismo, como ha escrito convincentemente Streeck, supone una versión actualizada del ordoliberalismo alemán puesto que en ambos casos se mantiene un común y relevante denominador: «el aislamiento de una economía de mercado políticamente instituida» frente a las presiones democráticas del gran público¹²⁰.

119 Véase, respectivamente, Giovanni Arrighi, *Adam Smith in Beijing*, cit., pp. 353-355; David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit.; Germán Carrillo García, *Interpretar el mundo*, cit., pp. 205-220.

120 Véase Wolfgang Streeck, «Heller, Schmitt and the Euro», *European Law Journal*, Vol. 21 (3), mayo 2015, pp. 361-370, citas pp. 364-365.

Las razones aludidas, naturalmente, no implican una contradicción con la genealogía que hemos trazado del neoliberalismo angloestadounidense. De hecho, el puente ideológico entre Hayek, el «liberalismo autoritario» del periodo de entreguerras de Carl Schmitt, el ordoliberalismo alemán de posguerra y el neoliberalismo norteamericano, quedaría esbozado al finalizar la década de 1930 por el economista austriaco, y finalmente sellado durante la posguerra ante los temores que despertó el «enemigo común» de todos ellos, John Maynard Keynes. En un artículo «profético» titulado «The Economic Conditions of Inter-State Federalism» (1939), Hayek planteó la necesidad de «transcender la soberanía nacional en un marco supranacional». De este modo se otorgaría una «ventaja natural» para el libre desenvolvimiento económico alejando las facciones políticas y los intereses locales de las «pasiones populares»¹²¹. Pero esta sublimación del poder supranacional, llegado su momento en torno a la década de 1980, no podía prescindir, de ningún modo, de la firme autoridad del Estado: ambos niveles debían ejercer su potestad con el fin de defender la acumulación y la reproducción del capital contra cualquier rival. Así fue, precisamente, como se produjo el ascenso de los regímenes neoliberales. No conllevó una retirada de las instituciones públicas, tan al gusto de la ambigua retórica neoconservadora y de ciertos sectores de izquierdas neoliberalizados; al contrario, fue el producto de la expansión y el fortalecimiento de las «redes de vínculos institucionales» que mantenían el «poder imperial de las finanzas estadounidenses» con el resto de los Estados de la mayor parte del mundo.

A pesar de que buena parte de la literatura académica, especialmente después del «tratado de paz parsoniano» entre la sociología y la economía, afirmaba que el Estado y el mercado no debían ser considerados como antagonistas irreconciliables, en general, tendían a realizar análisis superficiales concluyendo que la «expansión financiera» y la «desregulación» económica se debían sobre todo al debilitamiento del aparato estatal y a la limitación de sus competencias¹²². Ciertamente, como afirmó Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*, el «gran adversario», el «enemigo común» que unió para siempre al ordoliberalismo alemán con el neoliberalismo estadounidense no fue otro que Keynes y todos los «objetos de repulsión» de la doctrina keynesiana, fundamentalmente, la planificación política de la económica y la interven-

121 Véanse Perry Anderson, *Spectrum*, cit., p. 81; y Wolfgang Streeck, «Heller, Schmitt and the Euro», cit., pp. 367-368.

122 Leo Panitch y Martijn Konings, «Myths of Neoliberal Deregulation», *New Left Review*, 57, 2009, pp. 67-83.

ción del Estado¹²³. Sin embargo, la afirmación de Reagan de que el «gobierno no es la solución, sino el problema» no conllevó en ningún caso el debilitamiento y mucho menos la abolición de la capacidad del Estado para ejercer el poder sobre sus campos de jurisdicción; al contrario, la prolongación de la potestad de *Leviathan* en todo el mundo, *pari passu*, superó las expectativas keynesianas, transformando progresivamente el espacio colectivo de la ciudadanía política en un mercado de clientes de gestión empresarial y parálisis burocrática de estilo hayekiano.

De hecho, la ambigüedad neoliberal con respecto al Estado mínimo quedaba despojada de su retórica cuando estallaban las crisis económicas. Las intervenciones del Estado no eran nuevas, por supuesto, ni se limitaban a «prestamista de último recurso». A lo largo de la historia del capitalismo los Estados soberanos han mantenido un matrimonio en ocasiones forzoso pero inevitable con los mercados financieros. «Y no hay como una crisis para clarificar las cosas», afirmó Leo Panitch. Por simple enumeración diacrónica, la crisis de la deuda de la década de 1980 que afectó a casi todo el Tercer Mundo, el «rescate de los *Savings and Loan*», el cataclismo del mercado de valores en 1987, la abrupta crisis en el México de 1994, la crisis asiática de 1998 que pronto se contagiaría a través de los mercados globales al resto del mundo, la Gran Recesión diez años después que parecía evocar los turbulentos años treinta, o la crisis pandémica de Covid-19, en todas ellas se puso de manifiesto lo «duro que resultaría para los capitalistas» si este mundo estuviera «poblado» por Estados mínimos, o «sin ningún tipo de Estados». Las crisis hacían que los ejecutivos financieros del Mundo Libre y del Libre Mercado se postraran rápida e incondicionalmente ante la democracia del Estado soberano para cobrar de la ciudadanía política los excesos de sus orgías económicas, incluso lo hacían con más aquiescencia que la que habían mostrado los burócratas soviéticos ante las directrices del Gosplan¹²⁴.

Pero la base sobre la que se edificó la «hegemonía neoliberal» puede hallarse también en otros aspectos más mundanos en los que las autoridades públicas participaron activamente, reconfigurando a las sociedades del capitalismo contemporáneo hasta dejarlas irreconocibles con respecto al pasado fordista. La extraordinaria expansión del consumismo, desde el «terror del consumo» de 1968 a las compulsiones irracionales del *Black Friday* –que hubieran dejado atónito al polifacético y activista socialista de la era victoriana William

123 Véase Michel Foucault, *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France (1978-1979)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007, pp. 97-98.

124 Leo Panitch, «El nuevo Estado Imperial», cit., pp. 5-6.

Morris, confirmando de paso la constante antropológica de William Blake: «nunca sabemos lo que es bastante antes de saber lo que es demasiado»¹²⁵-, se combinó complacientemente con el asombroso incremento de la especulación como centro de gravedad de la política económica en mercados financieros a nivel global, penetrando en los «poros del tejido social» con la comercialización masiva de la esfera pública. A pesar de que el gasto estatal permanecía elevado en los países del capitalismo avanzado (incluso el destinado a los estabilizadores sociales), se volvía cada vez más «híbrido y diluido» debido a las estrechas relaciones entre las autoridades estatales y el capital privado (el anhelo de Giddens hecho realidad). Relaciones que se ampliaban a «todo tipo de servicios» públicos, especialmente a aquellos que desde la era de posguerra habían sido, dependiendo del país, considerados «campos inviolables de la autoridad pública o la provisión colectiva»¹²⁶.

Esta mercantilización de los bienes y servicios públicos no podía, como no puede, vincularse de ningún modo con el pensamiento liberal clásico. La finalidad de la económica política, escribió Adam Smith en *La riqueza de las naciones* (1776), consiste en «proporcionar al Estado» la suficiente capacidad recaudatoria para «mantener los servicios públicos» y, al mismo tiempo, proveer al «pueblo de una abundante renta o subsistencia, o hablando con más propiedad, habilitar a sus individuos y ponerlos en condiciones de lograrla por sí mismos»¹²⁷. Es probable que gran parte de los que reclaman la autoridad de Smith para justificar sus argumentos o legitimar sus prácticas políticas no hayan leído jamás su «gran libro», escribió John K. Galbraith en *La cultura de la satisfacción* (1992). Contra el patrón dominante neoliberal, el maestro del liberalismo clásico «aceptaba plenamente un papel útil y necesario del Estado». Como «supremo pragmático», rechazaba rotundamente el favor «mercantilista del Estado» a la alta clase comerciante, que siempre tenía como consecuencia prebendas monopolistas y arancelarias; abogaba por el libre comercio, pero, y es aquí donde reside su célebre «mano invisible», orientado hacia «resultados socialmente beneficiosos»; se oponía frontalmente a las «sociedades anónimas» –las corporaciones contemporáneas–, y, sin duda, no rechazaba la provisión de

125 William Morris escribió en 1885, adelantándose a las sociedades de consumo y despilfarro de masas de nuestro siglo, «¿Es posible que no les deje perplejos, como a mí, pensar en la masa de cosas que ningún hombre en su sano juicio podría desear, pero que nuestro trabajo inútil produce y vende?, cosas que «no son riqueza, sino desperdicio». Véase en William Morris, «Trabajo útil vs. trabajo inútil», *Reis*, 64, 1885/1994, pp. 181-198. Véase también Albert O. Hirschman, *Shifting Involvements*, cit., p.19.

126 Perry Anderson, «Las ideas y la acción política en el cambio histórico», cit., p. 390.

127 Adam Smith, *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*, Oxford University Press, 1776/1976, p. 428.

servicios públicos que todo «país civilizado» debía defender para la prosperidad común de la sociedad civil¹²⁸.

¿Puede, no obstante, el consumismo masivo de satisfacciones de una sociedad alienada explicar y, sobre todo, mantener con suficiente realismo y convicción la hegemonía neoliberal y la reproducción del capital? La hegemonía necesita del consentimiento y aquiescencia de la mayoría, del ejercicio de cierta dominación cultural pero también, como afirmó Gramsci, de coerción. Explicando la escalada autoritaria del nuevo orden global, William I. Robinson ha escrito incisivamente: el sistema mundial se ha vuelto «cada vez más represivo y autoritario» y los Estados nacionales han ido desarrollando una cultura de la militarización y del control social con el fin de salvaguardar los intereses elitarios del sistema mundial¹²⁹. Si «Smith visitase hoy Estados Unidos» –afirmaba Galbraith en 1992– le preocuparía profundamente el descenso de los «centros urbanos a una barbarie primitiva», le desconcertaría el «poder militar fuerte y parcialmente autónomo» fusionado con la industria y el Estado en nombre de una absurda e irracional «liberalización»¹³⁰.

El endeudamiento global de individuos y Estados así como el peso muerto de las finanzas forjaron el resto del suelo hegemónico; en este proceso, como hemos dicho, las autoridades públicas no fueron actores pasivos. En el primer año de la pandemia, la suma total de la deuda acumulada por hogares, empresas y gobiernos en las economías de los países centrales del capitalismo podía alcanzar un sorprendente 383 por ciento del PIB. Aunque el endeudamiento de las economías emergentes era menor que el de los países del capitalismo avanzado, alcanzando una relación deuda/PIB del 168 por ciento, sus condiciones históricas junto al nuevo imperialismo oligopolístico ejercido sobre empresas y trabajadores del Sur global, mantenía a la periferia en un «estatus económico colonial y semicolonial». La actual enorme deuda de los países del núcleo del capitalismo solo podía ser comparada con los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Aun así, en aquel momento, el endeudamiento promedio de Francia, Reino Unido,

128 En John Kenneth Galbraith, *La cultura de la satisfacción*, cit., pp. 105-109.

129 Véanse los trabajos de William I. Robinson, «Accumulation Crisis and Global Police State», *Critical Sociology*, 45(6), 2019, pp. 845-858, y *The Global Police State*, Pluto Press, Londres, 2020. Véase también José M. García Martínez, «Systemic metamorphosis in the 21st century». *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 2 (3), 2023, pp. 121-128. Por citar una fuente remota, nada menos que el *Leviathan* de Thomas Hobbes: «donde no hay propiedad, no hay injusticia; y donde no se ha erigido un poder coercitivo, es decir, donde no existe un Estado, no hay propiedad». Véase Thomas Hobbes, *Leviathan or the Matter, Forme, & Power of a Common-wealth Ecclesiasticall and Civill*, The Floating Press, 1651/2009, pp. 205-206.

130 John Kenneth Galbraith, *La cultura de la satisfacción*, cit., pp. 109.

Alemania, Italia, España, Estados Unidos, Canadá, Corea del Sur, Japón y Australia era de un 116 por ciento del PIB; a mediados de la década de 1960, descendió significativamente a un 23,5 por ciento. Pero todo cambió con la crisis de la década de 1970.

Desde entonces, la financiarización no solo compensó relativa y temporalmente la decadencia de la industrialización occidental; también reforzó la desindustrialización, desreguló los mercados laborales, elevó los precios de los bienes y servicios básicos, contrajo el régimen salarial y las tasas de ahorro de las clases medias y, como resultado, redujo a individuos y a Estados a variables dependientes de la abrumadora expansión de la deuda. Entre el año de la caída del Muro de Berlín y 2013, la cantidad de dinero fiduciario intercambiado en los mercados de divisas pasó de 620.000 millones a la astronómica cantidad de 5,344 billones de dólares. La dimensión del «desfase entre las transacciones correspondientes a operaciones comerciales o de inversión y las relativas a un ámbito puramente financiero» fue de una magnitud sin precedentes en la historia: las segundas fueron hasta 70 veces superiores a las primeras al inicio del periodo y 100 veces al finalizar. *Leviathan* y el capital ficticio, fueran cuales fueran las brechas e inflexiones históricas entre ellos, habían quedado vinculados entre sí por la lógica parasitaria y la desposesión política y material de la sociedad civil¹³¹.

III.2. Los enemigos de la democracia

Pero, aunque la desconfianza hacía la tectónica democrática de las masas ha sido una constante reaccionaria –conozco demasiado bien la historia, afirmó Jacob Burckhardt en 1845, para «esperar nada del despotismo de las masas salvo una futura tiranía que significará el final de la historia»¹³²–, el «sector financiero» no siempre resultó ser un oponente acérrimo de la voluntad popular; tercera ruptura que podemos señalar entre la poética liberal y sus presuntos vástagos neoclásicos. Naturalmente, esta relación no solo dependía de las connotaciones ideológicas de los actores protagonistas, es decir, banqueros,

131 Véase el artículo de François Chesnais, «L'originalité absolue de la crise sanitaire et économique mondiale du Covid19», *Al'encontre*, 27 de octubre de 2020, y el ensayo de Cédric Durand, *El capital ficticio. Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro*, Ned Ediciones, Barcelona, 2018, pp. 80, 166.

132 Véase Albert O. Hirschman, *The Rhetoric of Reaction*, cit., p. 21. Las suspicacias sobre la política de la democracia de masas sobrevolaban también el espíritu del liberalismo progresista de John Stuart Mill que en *On Liberty* afirmó: «La voluntad del pueblo significa, en realidad, la voluntad de la porción más numerosa y activa del pueblo, de la mayoría, o de aquellos que consiguieron hacerse aceptar como tal mayoría. Por consiguiente, el pueblo puede desear oprimir a una parte de sí mismo, y contra él son tan útiles las precauciones como contra cualquier otro abuso del poder [...] La tiranía de la mayoría se incluye ya dentro de las especulaciones políticas como uno de esos males contra los que la sociedad debe mantenerse en guardia». Véase John Stuart Mill, *On Liberty*, cit., pp. 8-9.

industriales y partidos políticos, antes bien era el resultado de la evolución de la anatomía de la sociedad civil.

De hecho, la lucha por «gravar y controlar los intereses *rentistas* fue una de las fuerzas que impulsaron las revoluciones de 1848», vinculando a los sectores populares con el «programa financiero-industrial», cuya finalidad era romper los restos de los grilletes feudales¹³³. Las revueltas e insurrecciones de 1848 tenían sus bases sociales en un artesanado preindustrial, propietario de sus medios de producción, un grado considerable de alfabetización y «geográficamente móvil». Consistía en una formación representada, paradójicamente, por una mezcla de «arraigo social» (que incorporaba una combinación de cierta aptitud cultural y un «sentido de alta política») y «movilidad territorial» (que implicaba la posibilidad de sentir de forma directa lo que era «vivir en el extranjero» y una cierta «solidaridad entre los pueblos»). Tal composición social fue decisiva en la transición de las pugnas «nacionales a las internacionales en las barricadas de 1848-1849». Este era el humus cultural y político de la Primera Internacional (1864).

Pero a finales de aquel siglo, la imparable proletarización de las masas instaladas férreamente en minas y fábricas de provincias, alejadas de los centros metropolitanos o alojadas en sus miserables periferias, carentes de los medios de producción y de unos niveles de cultura mínimos, no solo habían perdido la tradición de lucha del «antiguo artesanado», ahora se transformaron en una estructura social menos favorable para oponerse a las «doctrinas del Estado». Como consecuencia el imperialismo y los prolegómenos de la Primera Guerra Mundial fueron abrazados con una mezcla de «pasividad y entusiasmo populares». Cuando se inició la conflagración de 1914 «los partidos socialistas de Europa occidental –a excepción del italiano–, traicionando sus más solemnes promesas, se lanzaron a la matanza mutua de sus respectivos pueblos». El origen histórico de este alejamiento consciente de la democracia hacia la carnicería colectiva no se encuentra únicamente en las infames decisiones de los dirigentes de estos partidos, «sino en la estructura social de los jóvenes proletariados de la época»¹³⁴. Solo después de la destrucción mutua, la democracia de masas se fue incorporando en la práctica política occidental; el capital industrial dominaba casi absolutamente sobre el financiero, y ambos estaban domesticados por el político. De ese modo, y de acuerdo con Habermas, por «primera vez en su historia el capitalismo» no reprimió la «realización de la prome-

133 Michael Hudson, *Matar al huésped*, cit., p. 388.

134 Perry Anderson, «Internacionalismo: un breviario», cit. pp. 9-13.

sa republicana de considerar a todos los ciudadanos iguales ante la ley; la hizo posible»¹³⁵.

En cualquier caso, durante los cuarenta años que transcurrieron entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el ascenso del neoliberalismo en la década de 1980, se admitía de forma general que la compatibilidad entre capitalismo y democracia no podía prescindir de un control político. «Mientras que Keynes y en cierta medida Kalecki y Polanyi parecían triunfar, Hayek se retiró a un exilio temporal en Chicago»¹³⁶. Sin embargo, el vuelco neoconservador hizo que la política de la democracia fuera subvertida por la lógica de la «acumulación, el beneficio, la eficiencia, la competitividad, la austeridad», la comercialización y la «mercantilización» de la esfera pública. Los derechos sociales o la redistribución de los beneficios del crecimiento económico, aunque con frecuencia formaban parte de la retórica política, fueron progresiva pero impasiblemente abandonados¹³⁷.

De este modo, mientras la democracia como forma de gobierno se iba extendiendo globalmente, las opciones que ofrecía eran cada vez más limitadas. La voluntad popular parecía haber quedado restringida al acto inocuo de elección de líderes políticos rendidos de forma incondicional a los intereses del capital global. Como argumentó Colin Crouch en *Posdemocracia* (2004), a pesar de que continuaban celebrándose regularmente elecciones democráticas y aunque los gobiernos se alternaban en el ejercicio del poder, «el debate electoral público» había quedado limitado a un «espectáculo» estrechamente «controlado y gestionado por equipos rivales de profesionales expertos en técnicas de persuasión», cuyos temas eran siempre selectivos y casi siempre arbitrarios. Entre tanto, concluye Crouch, la ciudadanía política se había vuelto pasiva, inactiva e incluso apática y la *realpolitik* se desarrollaba entre «bambalinas» a través de una estrecha relación de la política y la economía o, más preciso, del gobierno elegido y unas «élites» que abrumadoramente «representan los intereses de las empresas»¹³⁸.

Como consecuencia, las alternativas a este trayecto marcado por la deriva neoliberal eran consideradas cada vez más como demandas potencialmente

135 Jürgen Habermas, «El Estado-nación europeo y las presiones de globalización», *New Left Review*, 1, (2ª época), 2000, pp. 121-134, cita p. 122.

136 Wolfgang Streeck, «La crisis del capitalismo democrático», *New Left Review*, 71, 2011, pp. 5-26.

137 Claus Offe, «Dos teorías y media. Posdemocracia en la era de los mercados financieros globales», *Pasajes: Revista de Pensamiento Contemporáneo*, 43, 2014, pp. 154-162.

138 Colin Crouch, *Posdemocracia*, Santilla Ediciones Generales, Madrid, 2004, pp. 10-12.

revolucionarias¹³⁹, cuarto y último aspecto que nos separa no tanto del mundo de Adam Smith, Friedrich List o John Stuart Mill, sino abismalmente del universo político de la segunda posguerra. Desviarse sospechosamente de la correcta moral del «consenso de centro» podía conllevar un destierro hacia los ambiguos territorios del «populismo» o, peor aún, hacia los anacrónicos del «fascismo» y del «comunismo». En cualquier caso, todos eran términos intercambiables y se usaban como armas arrojadas en el campo de batalla político y mediático del *establishment*. Si el atrevimiento ideológico consistía en la nacionalización de empresas públicas (privatizadas durante la escalada neoliberal), en el control de mando político de los bancos centrales, la restitución de tasas impositivas progresivas, o en un giro de la austeridad autoinfligida a un prudencial gasto público, entonces la etiqueta era «populismo de izquierdas» o, crudamente, «comunismo». Si, por el contrario, las furias del nacionalismo y los lazos de sangre y patria debilitaban al Estado constitucional y sublimaban el escepticismo con respecto a la política posnacional, los flujos migratorios, el multiculturalismo o el cosmopolitismo de la globalización, dichas corrientes ideológicas eran designadas como «neofascistas» o de «extrema derecha». Mientras los primeros anhelaban una rectificación de la economía con instrumental poskeynesiano y un cambio político incremental hacia la «voluntad general» de Rousseau, sus émulos percibían en la alteridad del inmigrante una amenaza letal para la comunidad homogénea *à la* Carl Schmitt.

El «giro a la izquierda» en América Latina, desde la Venezuela de Hugo Chávez (1998) hasta el retorno de Lula da Silva en 2022, o el programa político de Jeremy Corbyn durante las elecciones de 2019 en Reino Unido, así como la figura del «último senador socialista» de Estados Unidos, Bernie Sanders, constituyen un notable ejemplo de los primeros. La flagrante ola global de partidos políticos que dicen rechazar la política convencional, desplegando al mismo tiempo el *pathos* del supremacismo cultural, desde la democracia más grande del mundo, India, envuelta en una superioridad racial hindú equivalente a aquella de la que se había liberado en 1947¹⁴⁰, hasta los gobiernos autoritarios consolidados dentro y fuera de la *Mitteleuropa*, o en el corazón

139 La tesis es del genio, prematuramente fallecido, Neil Davidson, «Crisis Neoliberalism and Regimes of Permanent Exception», *Critical Sociology*, 43(4-5), 2017, pp. 615-634.

140 Véase Pankaj Mishra, *Fanáticos insulsos. Liberales, raza e imperio*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2020, pp. 9-10.

imperial con la llegada de Donald Trump, son un ejemplo de los segundos¹⁴¹. Sin embargo, ambos contendientes del espacio político dejado por el declive de los partidos tradicionales compartían un común y desolador territorio social, aunque divergieran sustancialmente en el instrumental político y retórico empleado.

La crisis estructural del edificio keynesiano de la década de 1970, irresuelta y agravada por los regímenes neoliberales, desató las furias sociales de una ciudadanía política que sintió por primera vez desde las guerras industriales de principios de siglo los efectos perturbadores del desempleo, la desindustrialización y la progresiva comercialización de los estabilizadores sociales. La impotencia política comenzó a catalizar el resentimiento social a través del clásico sesgo psicológico del «chivo expiatorio». El inmigrante era aho-

141 Otros ejemplos no menos significativos de la política neoconservadora o de extrema derecha en la retaguardia, aguardando su turno, o ya en el poder: España, el incremento de la pobreza, la desigualdad y la inseguridad en cualquiera de sus formas, allanó el camino para el resurgimiento de la derecha radical, virtualmente latente entre los sectores afines al aznarismo. El partido ultraderechista VOX, a través de una retórica especializada en el retorno al pasado, especialmente al franquista, pretendía dar respuesta a los perdedores, o a los que se consideraban víctimas, de la globalización neoliberal. Grecia: la depresión que lanzó al abismo al país y que duplicó su tasa de pobreza entre 2009 y 2012 (esto es, cuatro de cada diez griegos), provocó un fortalecimiento electoral del partido de extrema derecha Amanecer Dorado. Fundado en 1985 por fanáticos que decían anhelar el nefasto periodo de la Dictadura de los Coroneles (1967-1974), adquirió una representación insospechada durante las elecciones de 2014, situándose como tercera fuerza política en el parlamento heleno hasta que en 2020 fue declarado una organización criminal por el Tribunal de Apelaciones de Atenas, dejando a sus bases escindidas en partidos afines a la ultraderecha. Hungría: la errónea decisión adoptada en noviembre de 2008 por Jean-Claude Trichet al frente del BCE de rechazar la provisión de «liquidez a las economías del este de Europa», provocó, en parte, que este país de la Mitteleuropa tuviera que «solicitar un humillante crédito de emergencia al FMI», generando una reacción nacionalista que contribuyó, dos años después, a la victoria aplastante del partido de vocación ultraderechista Fidesz, Unión Cívica Húngara. Francia: la desindustrialización, la precariedad laboral y su correlato, el sorprendente crecimiento de barrios periféricos habitados por jóvenes sin futuro (de los que se ha hecho eco su cine contemporáneo con gran realismo), actuaron como factores electorales en el auge del partido político Frente Nacional (a partir de 2018 pasó a denominarse Agrupación Nacional. Italia: tras el largo invierno del berlusconismo y la férrea mano política antisocial de Mario Draghi, el partido ultraconservador Hermanos de Italia junto a otras facciones políticas de centroderecha, con eslóganes abiertamente fascistas como «Dios, patria y familia», accedieron sin grandes obstáculos al poder en las elecciones generales de septiembre de 2022, alojando en el Palazzo Chigi a la primera Ministra, Giorgia Meloni. Suecia: cuna de la socialdemocracia escandinava y espejo de la equidad europea, con las «tasas de desigualdad de renta y de género más bajas del mundo» en 1980, al escribir estas líneas ostentaba el patrón de distribución de riqueza «más desigual de Europa occidental». Las coaliciones en el poder político lideradas por el partido socialdemócrata sueco (SAP), que se han sucedido en el poder desde 1991, actuaron como «corredores de relevos en la promoción de la desigualdad y la especulación», la privatización y mercantilización de la esfera pública. Como resultado, el partido de extrema derecha Demócratas de Suecia ascendió meteóricamente durante las elecciones generales celebradas el 11 de septiembre de 2022, rozando el poder y apoyando a diversas coaliciones de derechas que auparon, finalmente, con mayoría en el *Riksdag*, al gobierno conservador de Ulf Kristersson. El ascenso imparable de partidos de extrema derecha, chovinistas y xenófobos en Austria, Polonia, el Partido por la Independencia de Reino Unido, así como el listado anteriormente citado y otros omitidos, no parece un accidente de la historia; su origen arqueológico debería buscarse, con más frecuencia de lo usual, entre los restos de ruinas sociales que ha dejado a su paso el terremoto neoliberal. Véase al respecto, Germán Carrillo García, *Interpretar el mundo*, cit., pp. 199-200; Cédric Durand, «En la sala de mandos de la crisis», *New Left Review*, 116/117, pp. 221-234; Göran Therborn, «El ocaso de la socialdemocracia sueca», cit., pp. 9-11; y Enrique Fernández-Vilas, «El 'Populist Zeitgeist': Un Acercamiento a Cas Mudde y la Derecha Radical Populista», *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 2 (3), pp. 107-120.

ra el enemigo último y culpable de la terrible decadencia a la que estaban asistiendo las democracias occidentales. «La hostilidad hacia los inmigrantes, escribió Robert O. Paxton en su *Anatomía del fascismo* (2019), fue productiva para los movimientos de extrema derecha en Europa occidental. Fue la fuerza principal que alimentó el Frente Nacional Británico. Los que tuvieron más éxito –el Front National de Jean-Marie Le Pen en Francia y el *Freiheitspartei* de Jörg Haider en Austria– se consagraron casi enteramente a explotar el miedo a la inmigración, a combatir el multiculturalismo y una supuesta tendencia delincuente de los inmigrantes y a proponer la expulsión de los extranjeros pobres»¹⁴². Este darwinismo social fue agravado progresivamente durante las primeras décadas del siglo XXI. Una serie de acontecimientos que afectaron al núcleo del mundo occidental pero con repercusiones globales, como los atentados terroristas contra las Torres Gemelas y el Pentágono, la Gran Recesión de 2008 y la vergonzosa crisis de los refugiados de 2015, exacerbaron tendencias existentes y crearon nuevos problemas alimentando el resentimiento, la frustración y la anomia social¹⁴³. El vacío dejado por la crisis de representación de las democracias neoliberales y el debilitamiento de las instituciones democráticas permitió la normalización en la vida política de la extrema derecha que había permanecido hasta la década de 1980 en los márgenes institucionales del sistema.

Sin embargo, ¿suponía esta nueva y caótica situación política un regreso al turbulento periodo de entreguerras? La respuesta no puede ser afirmativa. Y no solo porque la historia no se repite; los argumentos a favor de comparar la política del siglo XXI con los años treinta del siglo pasado trazan un arco histórico anacrónico que, entre otras consecuencias, sirven para ocultar el infame rastro de escombros sociales que ha dejado a su paso el medio siglo de políticas de perfil neoliberal. «La lógica de colgarle a Trump la etiqueta de fascista está suficientemente clara» –afirma Dylan Riley– implica ingenua o intencionadamente «unirse detrás del programa de la actual dirección del Partido Demócrata: Pelosi, Schumer, los Clintons y Obamas y otros superintendentes del orden oligárquico, el mismo proyecto que entregó la Casa Blanca a Trump en 2016»¹⁴⁴.

Y es que, del mismo modo que no podemos trazar una línea recta entre la crítica del «liberalismo conformista» de Friedrich Nietzsche o del «socialismo

142 Véase el ensayo más lúcido, hasta el momento, sobre el fascismo en Robert O. Paxton, *Anatomía del fascismo*, Capitán Swing, Madrid, 2019, pp. 342-344. La primera edición en inglés es de 2004.

143 Véase Cas Mudde, *La ultraderecha hoy*, Paidós, Barcelona, 2021.

144 Véase Dylan Riley, «¿Qué es Trump?», *New Left Review*, 114, 2019, pp. 7-35.

reformista» de Georges Sorel y el fascismo de entreguerras sin caer en una falsa tesis de continuidad¹⁴⁵, no es plausible tender un puente ideológico entre Hitler o Mussolini y Le Pen, Viktor Orbán, Matteo Salvini, Giorgia Meloni, Jair Bolsonaro, o Donald Trump, sin precipitarnos en el anacronismo. Cuando en 1976 se le preguntó a Giorgio Amendola –combatiente en la Resistencia en Roma y miembro del Partido Comunista italiano– sobre el abuso del término «fascista», respondió: ahora «todo lo que está a la derecha se convierte en fascista». «Yo no me canso de decir en cada ocasión que conservador, reaccionario, autoritario o fascista son términos que corresponden a varias formaciones políticas, a distintas realidades. Así que no apruebo ciertas equiparaciones genéricas y superficiales [...] Hay que acostumbrar a las generaciones jóvenes al arte de la distinción»¹⁴⁶.

Sin embargo, el *pensé unique* del «consenso de centro» y el revisionismo académico neoconservador desde la década de 1980 enterraron el sabio anhelo de Amendola. Más aún: toda encarnación política, social o intelectual alternativa al neoliberalismo quedaría reducida tras 1989 a una palabra monolítica: «totalitarismo». «Robespierre, Rousseau y el Gran Terror eran prácticamente lo mismo que Lenin/Stalin, Marx y el gulag». 1789 tenía su alma gemela en 1917, y el nazismo y el régimen soviético fueron en lo esencial, cuando no en su integridad, «idénticos: ambos eran variantes del mismo totalitarismo, cuyas raíces filosóficas se remontaban al momento jacobino». Este nuevo *zeitgeist* encarnaba un extraño y ahistórico consenso que dejaba incólume el mantra thatcheriano sobre la imposibilidad de imaginar un mundo diferente al creado por el neoliberalismo. La idea que comenzó a dominar la política pública era que la libertad, siguiendo la influyente moralidad de Hannah Arendt, se había conseguido y preservado allí «donde nunca estalló una revolución» y que los derechos y libertades civiles se extendieron y consolidaron «donde la revolución fue derrotada»¹⁴⁷. *Pace* Arendt, allí donde la democracia representativa cristalizó como forma de gobierno fue casi siempre como consecuencia de la influencia de la clase obrera y de las luchas populares, una historia escrita frecuentemente en términos revolucionarios. De hecho, si el sistema capitalista ha llegado a dominar el mundo ha sido gracias a la violencia de las fuerzas tectónicas de las revoluciones burguesas y no por una evolución gradual o etapista y pacífica en «virtud de su coherencia con

145 Robert O. Paxton, *Anatomía del fascismo*, cit., p. 75.

146 Emilio Gentile, *Quién es fascista*, Alianza editorial, Madrid, 2019, pp. 122-123.

147 Para un brillante análisis que trasciende las pasiones maniqueas del revisionismo post 1989, véase la obra de Arno J. Mayer, *Las furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014, pp. 17-18.

la naturaleza humana», de lo que se puede deducir que una alternativa a la formación social capitalista no tendría que rehuir la opción revolucionaria. Además, tal como se ha argumentado, el vuelco neoliberal ha sido el resultado histórico de la revolución librada por la derecha mundial que ha situado, como dijo orgullosamente en 1998 Hans Tietmeyer –entonces gobernador del Bundesbank–, el «plebiscito permanente de los mercados globales» por encima del «plebiscito de las urnas»¹⁴⁸.

Con el fin de la historia, el secular y abrumador término «revolución» pasó a ser un arcaísmo insensiblemente antidemocrático, por lo que pronto debió de ser sustituido por «resiliencia», una actualización del culto laico a la resignación del creyente. Por su parte, expresiones teóricamente superficiales como «emprendimiento», «digitalización», u otras más refinadas como «capital humano», «capital cultural», *inter alia*, parecían reemplazar no solo al capital a secas, también a la «justicia social»; un sintagma al que Hayek se había referido como una «expresión vacía», elevando de este modo la «ontología empresarial» a categoría de sentido común universal, interiorizado o escasamente objetado por una parte de la izquierda que se había alejado de las causas subyacentes de los problemas de un mundo que antes deseaba cambiar. Pero no hay historia sin vestigios de ambigüedad y las alternativas al neoliberalismo han de ser cuidadosamente matizadas. Así, mientras que una parte de la izquierda ha situado de forma correcta en el registro histórico las políticas del New Deal de Roosevelt como inspiración del Estado de Bienestar estadounidense, e incluso ha sido presentado por David Harvey como una antítesis política del credo neoliberal¹⁴⁹, Roosevelt no dudó en afirmar en la ciudad de Roma en el año 1937 que no tenía nada en contra de los gobiernos dictatoriales «a menos que traspasen sus fronteras e intenten causar problemas a otros países»; aunque manifestaba «aversión por Hitler, admiraba a Mussolini» y tenía una «relación cordial con Pétain». Tampoco vaciló en imponer un embargo armamentístico sin antecedentes en la historia al gobierno democrático de la Segunda República española un mes después de la sublevación franquista, «un gesto que los nacionales nunca olvidaremos» –según manifestaría posteriormente el generalísimo–, «El presidente Roosevelt se comportó como un caballero». Los elogios de Roosevelt a la libertad y la pacificación doméstica del New Deal aparecen así empañados con tonos más grisáceos al ser comparados con su política exterior y con la dinámica hegemónica del Imperio

148 Véase, respectivamente, Neil Davidson, *Transformar el mundo*, cit., pp.18-19; Marco D'Eramo, *Dominio*, cit., pp. 136-137.

149 Véase David Harvey, *Breve historia del neoliberalismo*, cit., p. 201

estadounidense, encarnada en el «bloque político» y económico que brindó su apoyo al presidente; un bloque que estaba deseoso de obtener una «gran fortuna en Europa después de la guerra» y de «unificar al mundo» bajo los criterios de Washington¹⁵⁰. Parece que en la historia no hay *hýbris* sin *némesis*. Y es que los enemigos de la democracia tal vez no se encuentren única y exclusivamente en los volcánicos extremos, a veces también pueden hallarse sus vestigios en las tibias aguas políticas del centro.

150 «A las riendas de la nación durante la Segunda Guerra Mundial, Roosevelt no había llevado a la guerra a su país movido por una convicción antifascista general [...] sino por miedo a la expansión de Japón y de Alemania». Tres años después de ocupar la Casa Blanca, Roosevelt ya tenía el «apoyo de Chase Manhattan, Goldman Sachs, Manufacturers Trust and Dillon, Read; Standard Oil, General Electric, International Harvester, Zenith, IBM, ITT, Sears, United Fruit y Pan Am». Véase en Perry Anderson, *Imperium et Consilium*, cit., pp. 25-35.

REFERENCIAS

- Ahponen, T. (2023, April 5). What Happened in Finland. *Tribune*. Disponible en: <https://tribunemag.co.uk/2023/04/what-happened-in-finland>
- Ali, T. (2018). El turno de Yemen. *New Left Review*, 111, 75-86.
- Anderson, P. (2002). Internacionalismo: un breviarío. *New Left Review*, 14, 5-24.
- Anderson, P. (2006, April 24). Inside Man. *The Nation*.
- Anderson, P. (2006). Las ideas y la acción política en el cambio histórico. En A. Borón et al., (comp.), *La teoría marxista hoy. Problemas y perspectivas* (pp. 379-392). Buenos Aires: CLACSO.
- Anderson, P. (2012). *El Nuevo Viejo Mundo*. Madrid: Akal.
- Anderson, P. (2014). *Imperium et Consilium. La política exterior norteamericana y sus teóricos*. Madrid: Akal.
- Anderson, P. (2018). *La palabra H. Peripicias de la hegemonía*. Madrid: Akal.
- Anderson, P. (2020). ¿Ukania perpetua? *New Left Review*, 125, 41-115.
- Anderson, P. (2020). *Spectrum. De la derecha a la izquierda en el mundo de las ideas*. Madrid: Akal.
- Arrighi, G. (2007). *Adam Smith in Beijing. Lineages of the Twenty-First Century*. Londres y Nueva York: Verso.
- Basso, P. (2021, junio 13). Italie. Premier semestre de l'ère Draghi: optimisme de régime et massacre social en cours. *Al'encontre*.
- Benanav, A. (2019). La automatización y el futuro del trabajo I. *New Left Review*, 119, 7-44.
- Benanav, A. (2020). La automatización y el futuro del trabajo II. *New Left Review*, 120, 125-158.
- Bloch, M. (1982). *Introducción a la historia*, México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Brenner, R. (2006). *The Economics of Global Turbulence. The Advanced Capitalist Economies from long Boom to long Downturn, 1945-2005*. Londres, Nueva York: Verso.
- Brenner, R. (2020). Saqueo pantagruélico. *New Left Review*, 123, 7-27.
- Carrillo García, G. (2020). La Era de la Irracionalidad Política Global. *Revista Migración y Desarrollo*, 18(3), 57-113.
- Carrillo García, G. (2021). Crisis del Capitalismo Global o, Fin du Globe? *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 1(1), 125-199.
- Carrillo García, G. (2022). *Interpretar el mundo. Ensayos sobre la crisis de las sociedades contemporáneas*. Cartagena: Calblanque ed.
- Chang, Ha-J. (2002). *Kicking Away the Ladder Development Strategy in Historical Perspective*. London: Anthem Press.
- Chesnais, F. (2020, 27 octubre). L'originalité absolue de la crise sanitaire et économi-

que mondiale du Covid19. *Al'encontre*.

Crouch, C. (2004). *Posdemocracia*. Madrid: Santilla Ediciones Generales.

Davidson, N. (2013). *Transformar el mundo. Revoluciones burguesas y revolución social*. Barcelona: Pasado & Presente.

Davidson, N. (2015). Is Social Revolution Still Possible in the Twenty-First Century? *Journal of Contemporary Central and Eastern Europe*, 23(2-3), 105-150.

Davidson, N. (2017). Crisis Neoliberalism and Regimes of Permanent Exception. *Critical Sociology*, 43(4-5), 615-634.

Davis, M. (2015). La teoría perdida de Marx. La política del nacionalismo en 1848. *New Left Review*, 93, 55-78.

Davis, M. (2022, 9 marzo). Poutine, Biden, Xi... «Thanatos triumphant», *Al'encontre*.

D'Eramo, M. (2013). El populismo y la nueva oligarquía. *New Left Review*, 82, 7-40.

D'Eramo, M. (2022). *Dominio. La guerra invisible de los poderosos contra los súbditos*. Barcelona: Anagrama.

Durand, C. (2018). *El capital ficticio. Cómo las finanzas se apropian de nuestro futuro*. Barcelona: Ned Ediciones.

Durand, C. (2019). En la sala de mandos de la crisis. *New Left Review*, 116/117, 221-234.

Durand-Gasselín, J. M. (2020). Sobre la política y la historia. Entrevista con Jürgen Habermas. *Ideas y valores*, LXIX (172), 169-187.

Fernández-Vilas, E. (2023). El «Populist Zeitgeist»: Un Acercamiento a Cas Mudde y la Derecha Radical Populista. *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 2(3), 107-120.

Fontana, J. (2017). *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*. Barcelona: Crítica.

Fontana, J. (2019). *Capitalismo y democracia, 1756-1848. Cómo empezó este engaño*. Barcelona: Crítica.

Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France (1978-1979)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Friedman, B. M. (1988). *The Day of Reckoning. The Consequences of American Economic Policy*. Nueva York: Random House.

Fukuyama, F. (2006). *America at the Crossroads. Democracy, Power, and the Neoconservative Legacy*. Yale University Press.

Fukuyama, F. (2014). *Political Order And Political Decay: From the Industrial Revolution to the Globalisation of Democracy*. Londres: Profile Books.

Fukuyama, F. (2018). *Identity. The Demand for Dignity and the Politics of Resentment*. New York: Farrar, Straus and Giroux.

- Fukuyama, F. (2022, septiembre). Why Ukraine Will Win. *Journal of Democracy*. Disponible: <https://www.journalofdemocracy.org/why-ukraine-will-win/>
- Galbraith, J. K. (1976). *El crac del 29*. Barcelona: Ariel.
- Galbraith, J. K. (1992). *La cultura de la satisfacción*. Buenos Aires: Emecé Editores. La primera edición en inglés del mismo año.
- Galbraith, J. K. (2018). *El fin de la normalidad. La gran crisis y el futuro del crecimiento*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- García Martínez, J. M. (2023). Systemic metamorphosis in the 21st century. *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 2(3), 121-128.
- Gentile, E. (2019). *Quién es fascista*. Madrid: Alianza editorial.
- Giddens, A. (1998). *The third way. The Renewal of Social Democracy*. Polity Press in association with Blackwell Publishers Ltd.
- Grahl, J. (2017). Una nueva ciencia económica. *New Left Review*, 104, 148-156.
- Gramsci, A. (1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Habermas, J. (2000). El Estado-nación europeo y las presiones de globalización. *New Left Review*, 1, 121-134.
- Habermas, J. (2009). *¡Ay, Europa!* Madrid: Trotta.
- Habermas, J. (2016). *En la espiral de la tecnocracia*. Madrid: Editorial Trotta.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Hayek, F. A. (1960). *The Constitution of Liberty*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Hirschman, A. O. (1982). *Shifting Involvements. Private Interest and Public Action*. Princeton University Press.
- Hirschman, A. O. (1983). ¿Civilizadora, destructora o débil? Interpretaciones rivales de la sociedad de mercado. *Papeles de Economía Española*, 15, 408-422.
- Hirschman, A. O. (1991). *The Rhetoric of Reaction. Perversity, Futility, Jeopardy*. Cambridge, Massachusetts and London: Harvard University Press, Belknap Press.
- Hirschman, A. O. (2014). *Las pasiones y los intereses. Argumentos en favor del capitalismo previos a su triunfo*. Madrid: Capitán Swing.
- Hobbes, T. (1651/2009). *Leviathan or the Matter, Forme, & Power of a Commonwealth Ecclesiasticall and Civill*. The Floating Press.
- Hobsbawm, E. (1994/2001). *Historia del siglo XX, 1914-1991*. Barcelona: Crítica.
- Hobsbawm, E. (2000). La izquierda y la política de la identidad. *New Left Review*, 0, 114-125.
- Hobsbawm, E. (2012). *Cómo cambiar el mundo. Marx y el marxismo 1840-2011*. Barcelona: Crítica.

- Hobsbawm, E. (2016). Pierre Bourdieu. Sociología crítica e historia social. *New Left Review*, 101, 41-52.
- Hudson, M. (2018). *Matar al huésped. Cómo la deuda y los parásitos financieros destruyen la economía global*. Madrid: Capitán Swing.
- Huntington, S. (1994). *La tercera ola: la democratización a finales del siglo XX*. Barcelona: Paidós.
- International Institute for Democracy and Electoral Assistance (IDEA). (2019). *The global State of Democracy 2019. Addressing the Ills, Reviving the Promise*. Stockholm: International IDEA, Strömsborg.
- Katz, R. S. & Mair, P. (2004). El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos. *Zona Abierta*, 108/109, 9-42.
- Kennan, G. F. (1997, 5 febrero). A Fateful Error. *The New York Times*.
- Leed, E. J. (1978). Class and Disillusionment in World War I. *Journal of Modern History*, 50 (4), 680-699.
- Liotard, J. F. (1984). *The Postmodern Condition*. Manchester: Manchester University Press.
- Mair, P. (2015). *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental*. Madrid: Alianza.
- Mandelbaum, M. (2010). *The Frugal Superpower. America's Global Leadership in a Cash-Strapped Era*. New York: Public Affairs.
- Marx, K. (1847/1987). *Miseria de la filosofía*. México: Siglo XXI ed.
- Marx, K. (2010). *Capital*. Volumen III, Marx & Engels Collected Works, vol. 37, Lawrence & Wishart Electric Book.
- Mayer, A. J. (2014). *Las furias. Violencia y terror en las revoluciones francesa y rusa*. Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Mill, J. S. (1848/2004). *Principles of Political Economy, with Some of their Applications to Social Philosophy*. Indianapolis/Cambridge: Hackett Publishing Company, Inc.
- Mill, J. S. (2001). *On Liberty*. Kitchener, Ontario: Batoche Books.
- Mishra, P. (2017). La política en la era del resentimiento. El oscuro legado de la Ilustración. En S. Alba Rico (et al.). *El Gran Retroceso. Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia* (pp. 211-230). Barcelona: Seix Barral.
- Mishra, P. (2020). *Fanáticos insulsos. Liberales, raza e imperio*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Morris, W. (1885/1994). Trabajo útil vs. trabajo inútil. *Reis*, 64, 181-198.
- Mouffe, Ch. (2000). *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Mouffe, Ch. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Mudde, C. (2021). *La ultraderecha hoy*. Barcelona: Paidós.
- Mudde C. & Rovira C. (2017). *Populism: A Very Short Introduction*. New York: Oxford University Press.
- North, L. (2021). The Historical and Contemporary Causes of 'Survival Migration'. From Central America's Northern Triangle. *Revista de Estudios Globales. Análisis Histórico y Cambio Social*, 1 (1), 43-70.
- Offe, C. (2014). Dos teorías y media. Posdemocracia en la era de los mercados financieros globales. *Pasajes: Revista de Pensamiento Contemporáneo*, 43, 154-162.
- Organización de las Naciones Unidas. (2018). *Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos relativo a su misión a los Estados Unidos de América*. A/HRC/38/33/Add., 1 mayo.
- Organización de las Naciones Unidas. (2019). *Report of the Special Rapporteur on extreme poverty and human rights on his visit to the United Kingdom of Great Britain and Northern Ireland*. A/HRC/41/39/Add.1, 23 abril.
- Organización de las Naciones Unidas. (2020). *Informe del Relator Especial sobre la extrema pobreza y los derechos humanos acerca de su visita a España*. A/HRC/44/40/Add.2, 21 abril.
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos. (2019). *Under Pressure: The Squeezed Middle Class*. París: OECD Publishing. <https://doi.org/10.1787/689afed1-en>.
- Palma, J. G. (2019). Desindustrialización, desindustrialización 'prematura' y 'síndrome holandés'. *El Trimestre Económico*, 86 (344), 901-966.
- Palma, J. G. (2020). América Latina en su 'Momento Gramsciano'. Las limitaciones de una salida tipo 'nueva socialdemocracia europea' a este impasse. *El Trimestre Económico*, 87 (348), 985-1031.
- Panitch, L. (2000). El nuevo estado imperial. *New Left Review*, 3, 5-18.
- Panitch, L. y Konings, M. (2009). Myths of Neoliberal Deregulation. *New Left Review*, 57, 67-83.
- Paxton, R. O. (2019). *Anatomía del fascismo*. Madrid: Capitán Swing. La primera edición en inglés es de 2004.
- Riley, D. (2019). ¿Qué es Trump? *New Left Review*, 114, 7-35.
- Robinson, W. I. (2019). Accumulation Crisis and Global Police State. *Critical Sociology*, 45(6), 845-858.
- Robinson, W. I. (2020). *The Global Police State*. Londres: Pluto Press.
- Therborn, G. (2014). ¿Nuevas masas críticas? Las bases sociales de la resistencia. *New Left Review*, 85, 5-17.
- Therborn, G. (2017). Dinámicas de la desigualdad. *New Left Review*, 103, 69-89.
- Therborn, G. (2018). El ocaso de la socialdemocracia sueca. *New Left Review*, 113, 7-29.

- Therborn, G. (2022). The World and the Left. *New Left Review*, 137, 23-73.
- Shaikh, A. (2003, 5 abril). La globalización y el mito del libre comercio. *New School University*. Artículo escrito para la Conferencia sobre la globalización y los mitos del libre comercio. Nueva York: New School University.
- Shaikh, A. (ed.) (2007). *Globalization and the Myths of Free Trade History, theory, and empirical evidence*. USA y Canadá: Routledge.
- Sasch, J. D. (2023, February 13). What Ukraine Needs to Learn from Afghanistan. *New World Economy*. Disponible en: <https://www.jeffsachs.org/>
- Smith, A. (1776/1976). *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Oxford University Press.
- Smith, A. (1978). *Lectures on Jurisprudence*. Oxford: ed. Ronald L. Meek, David D. Raphael y Peter G. Stein, Oxford University Press (1762-63, 1766).
- Schmitt, C. (2007). The age of neutralizations and depoliticizations (1929), en *The concept of the political*, Chicago y Londres: The University of Chicago Press.
- Streeck, W. (2011). La crisis del capitalismo democrático. *New Left Review*, 71, 5-26.
- Streeck, W. (2015). Heller, Schmitt and the Euro. *European Law Journal*, 21 (3), 361-370.
- Streeck, W. (2016). *Comprando tiempo. La crisis pospuesta del capitalismo democrático*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Streeck, W. (2017). El retorno de lo reprimido. *New Left Review*, 104, 7-21.
- Streeck, W. (2017). ¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos de un sistema en decadencia. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Streeck, W. (2018). ¿El cuarto poder? *New Left Review*, 110, 151-161.
- Streeck, W. (2022, 5 noviembre). Cada vez más próximos, cada vez más cerca de la catástrofe. *El Salto*. Disponible en <https://www.elsaltodiario.com/carta-desde-europa/guerra-ucrania-cada-vez-cerca-catastrofe>.
- Watkins, S. (2022). Cinco guerras en una. La batalla por Ucrania. *New Left Review*, 137, 7-24.
- Wright, C. (1976). Mr. 'X' and Containment. *Slavic Review*, 35(1), 1-31.
- Zevin, A. (2021). ¿Un Proudhon para posmodernos? *New Left Review*, 127, 61-86.